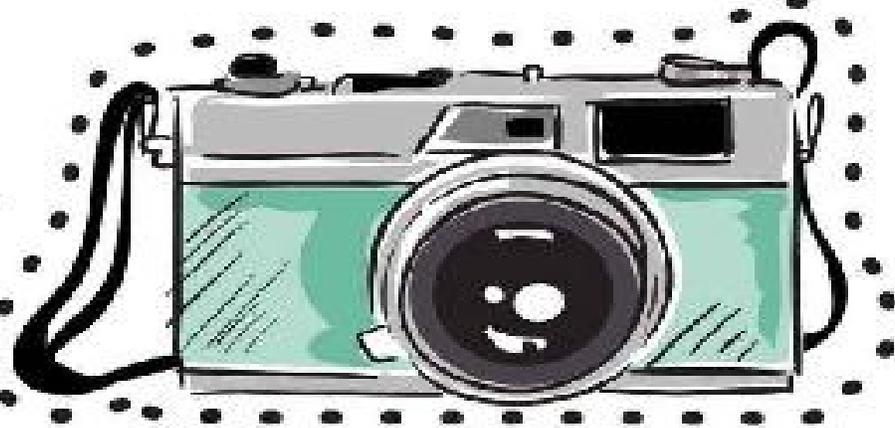


Ariadna Baker

Sonríe



♥ te ves ♥

más guapo

Sonríe

♥ te ves ♥

más guapo

Sonríe, te ves más guapo.

Ariadna Baker.

©Septiembre, 2020.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1

—Sonríe, te ves más guapo—le dije a Fabio en tono apenas audible sabiendo que me lo iba a tener que currar todavía un poco más...

Y lo de un poco era un decir, porque en las dos semanas que yo llevaba en el grado de fotografía todavía no le había visto esbozar ni una leve sonrisa.

—Tú flipas si crees que lo vas a lograr, Lourdes. Eres una ilusa. —Ya me estaba Gema cargando.

—Y tú una mujer de poca fe, te he dicho que lo voy a lograr y lo voy a lograr, ¿qué te juegas?

—Pues una noche de copas en el bar de Adán, que ese sí que está bueno.

—Ya, ya, he oído que lo llamas “el paraíso”, por motivos obvios.

—Claro, te juego también lo que quieras a que dentro de nada yo seré su Eva.

Le di un coscorrón, pero pensando que bendito el momento en el que los caminos de aquella petardilla y el mío se habían cruzado.

En los pocos días que llevaba en Madrid, mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Y hablando de grados, si algo me sentaba rematadamente mal de la capital de España, era los pocos que marcaba el termómetro.

Vale que corría el mes de octubre y que no estoy hablando de un frío polar, pero es que, para una canaria como yo, unos grados de menos se convierten en una especie de tragedia que solo puede ser combatida con kilos y kilos de ropa. Qué se le va a hacer y además ese otoño se presentó especialmente gélido.

—Toma tu sobre camisa, tu jersey, tu abrigo, tus guantes, tus...—Gema no paraba de hacer bromas sobre que yo llevaba más capas de ropa que una cebolla.

—Muy graciosa, tú como eres de Ávila y allí estáis acostumbrados a convivir con los pingüinos, pues eso... ríete de mí, pero ya llegarán los míos.

—¿Y cuáles son los tuyos si es que puede saberse?

—Julio y agosto, esos son los míos, con ese calorcito tan rico.

—Pero para entonces lo tengo claro, me apalanco en casa de cierta amiga canaria que acabo de conocer y me paso un verano de escándalo.

—Tú no tienes cara, ¿verdad?

—Anda, si estás deseando tenerme de huésped todo el verano. ¿Tú sabes lo bien que nos lo vamos a pasar juntas en las islas? Las vamos a quemar...

—Cuidadito con lo que dices que ahora la gente está muy sensible con el tema de los pirómanos, no nos vayan a meter presas por tu culpa.

—Mira, Lourditas, que yo el mechero lo llevo para echarme un piti de vez en cuando, pero hasta ahí.

Mientras hablaba con Gema no podía evitar hacer eso que tanto me gustaba, perderme en las facciones de Fabio.

Para no variar, él me pilló mirándole y yo tuve que disimular. Lo hizo con ese gesto afable y cariñoso que tanto me atraía, pero más que serio. Y la pregunta del millón volvía una y otra vez a mi mente, ¿qué le sucedería para que la amargura se hubiera adueñado de él?

Fabio era uno de los mejores, por no decir el mejor en su sector. Su escuela de fotografía gozaba de una merecida fama nacional e incluso diría también que internacional, pues algunos de mis compañeros de curso habían llegado desde otros países atraídos por el halo de su fama.

Su elevado nivel de profesionalidad estaba fuera de toda discusión. Pero en lo tocante a su vida personal, esa debía ser harina de otro costal...

Por Dios que yo no es que me tuviera por una Chiquita de la Calzada de la vida, pero me había

prometido a mí misma arrancarle una sonrisa más pronto que tarde y yo siempre cumplía mis promesas.

Ese pensamiento me llevó a recordar las últimas palabras que me dijo mi madre antes de embarcar rumbo a Madrid.

—Lourdes, prométeme que vas a esforzarte en sacar el curso. Por favor, no dejes que lo sucedido este año trunque también tus sueños.

—Te lo prometo, mamá—le respondí con total decisión, pues a mis veintidós añitos estaba segura de que me iba a comer el mundo.

Cierto, me comería el mundo. Entre otras personas, se lo debía a mi madre. Pero también a mi padre, que era el que estaba más afectado desde que mi hermano Oliver nos dejó.

Todavía era inevitable que la piel se me pusiera de gallina cada vez que pensaba en mi muñeco rubio de ojos verdes, el niño de mis ojos, mi hermano pequeño... Ojalá él también nos hubiera dejado para ir a estudiar fuera como yo, a Londres, como él quería.

Pero no, Oliver nos había dejado para ir a un lugar en el que yo estaba segura de que nos esperaba, pues me negaba a creer que jamás volvería a verlo.

Todo fue demasiado rápido. La primera vez que en aquella fría consulta del especialista escuchamos el nombre del tumor que había invadido su cuerpo, mi madre y yo nos quedamos en shock.

Como el valiente que era, fue Oliver el que nos animó a la salida de la consulta. Dieciocho añitos tenía y el más triste de los pronósticos; solo unos meses de vida por delante.

Unos meses de vida que nos supieron a muy poco y a los que él les sacó el máximo partido hasta el último momento... unos meses en los que yo me fui aficionando a la fotografía gracias a él, pues todo mi afán era mantener vivo su recuerdo a través de imágenes.

Súper emotivo fue el tributo que le rendí en casa días antes de su partida. Para ello trabajé con ahínco y conseguí recrear un reportaje con fotos a tamaño real que coloqué estratégicamente por todo su dormitorio. Sencillamente flipó, pues eran las instantáneas que resumían los mejores

momentos de nuestra vida familiar.

Ahora, unos meses después de su marcha, tenía que reconocer que los mejores recuerdos de mi hermano yo los había grabado en el disco duro de mi memoria; pero parte de su legado lo constituía el amor que me había transmitido por una profesión en la que yo quería despuntar.

Rotos de dolor, mis padres se habían proyectado totalmente en mí tras su fallecimiento. Esa fue una de las razones por la que me animaron a matricularme en la escuela de Fabio, pues después de documentarnos al respecto, llegamos a la conclusión de que no había mejor lugar para que yo me formara.

—Pero eso debe costar un huevo de pato—les comenté.

—Nunca hemos escatimado en la formación de nuestros hijos, y habla bien, Lourdes, que eso sí que es gratis—me contestó mi madre.

Tanto mi padre, que también se llamaba Oliver, como mi madre, Nadia, eran de lo más correctos. Sin embargo, yo era un poco díscola y tenía la lengua un tanto suelta, un defectillo de nacimiento que a mi hermano siempre le hizo mucha gracia.

—Oliver, es que yo no puedo ser como tú, que eres más cumplido que un luto—le solía decir.

—Y tú más bruta que un arado, Lourdes... Lo mismo es que eres adoptada, te dejarían debajo de una vaca para que te alimentaras y papá y mamá te recogieron—me respondía él preparándose para recibir el preceptivo capón que yo le daba en momentos así.

Por bruta no me tenía, pero sí por un poco deslenguada, como vengo diciendo. En cualquier caso, hubiera dado un brazo porque el pequeñajo, con el que me llevaba tres años, me hubiera llamado así o como le hubiera venido en gana durante toda la vida.

Lo echaba tanto de menos que a veces me pellizcaba para sentir dolor físico y olvidarme momentáneamente del otro, del dolor en el corazón que me producía que ya no estuviera con nosotros.

Desde que nos faltaba, tampoco es que mi madre se hubiera convertido precisamente en la alegría de la huerta, pero como ya he apuntado, el que lo llevaba verdaderamente mal era mi

padre, que se había sumido en un peligroso bucle depresivo del que no encontrábamos la forma de sacarlo.

El psicólogo nos decía que era cuestión de tiempo, que él solito tenía que pasar el duelo e ir volviendo de modo paulatino a su realidad, pero mi madre y yo teníamos más miedo que siete viejas de que su carácter hubiera cambiado de manera irremediable para siempre.

No obstante, y pese a que la papeleta en casa no fuera precisamente de lo más halagüeña, yo tenía una nueva y prometedora vida por delante. En principio, no volvería a casa hasta la Navidad, como en el anuncio de El Almendro.

En Madrid vivía en un piso de estudiantes con Gema y con Patricio, que también era compañero de la escuela. Gay y pijo, yo solía bromear diciéndole que él estaba a otro nivel y que tenía ese nombre tan glamouroso porque los demás éramos unos plebeyos a su lado.

La realidad era que estaba encantada con los compañeros de piso que me habían caído en suerte. Los tres juntos formábamos un equipo espectacular y allí se respiraba un ambiente de compañerismo que me llenaba el alma.

Desgraciadamente, en los últimos meses en Canarias yo había vivido más penas que alegrías y necesitaba como el comer cambiar de aires. Y Gema y Patricio representaban para mí una bocanada de aire fresco que me daba la vida.

Contenta por un lado y contenta por el otro, pues en la escuela de fotografía estaba aprendiendo a marchas forzadas. Claro que Fabio y el equipo del que se rodeaba eran la crème de la crème y eso debía notarse en algo.

—Es que si no se notara sería para colgarlos de un pino, porque mis padres me van a tener que rehipotecar hasta a mí a este paso para pagar el dichoso grado—decía Gema cuando salía a la luz el tema.

—¿Y por qué no te venden mejor? Es una vía más rápida y menos farragosa de obtener ingresos por un lado y de perderte de vista por otro—le contestaba Fabio a quien siempre le gustaba decir la última palabra.

—Porque no la iba a comprar nadie, tonto—añadía yo y ella nos miraba con ganas de

fusilarnos.

Gema era de lo más gracioso. El asunto es que tenía un tic nervioso que a nosotros nos parecía que era la bomba y que no consistía en otra cosa más que en saltar insistentemente cuando la sacábamos de sus casillas o cuando algo le inquietaba.

—“*Mírala, mírala, ya se ha mosqueado...*”—le cantaba Patricio en esas ocasiones y yo es que me tiraba al suelo con los dos, porque mi amiga parecía la cabrita Coco de Nieve de Heidi dando saltitos.

Explicado así, parece que lo nuestro más que un piso fuera un monte bucólico con sus animalitos y todo, pero no; el nuestro era un piso de estudiantes en toda regla en el que ya se vislumbraban incluso las primeras fiestas.

No en vano, en el curso estábamos estrechando cada vez más lazos entre los estudiantes a excepción de Irene, una especie de diva a quien le encantaba intentar captar la atención de Fabio, quien pasaba de ella olímpicamente.

Por fortuna para mí, Fabio no le hacía ni pajolero caso a ninguna otra. Claro que esa era la manera de ver el vaso medio lleno; que tampoco me lo hiciera a mí era la realidad y ya ese estaba un poco más vacío. En cualquier caso, yo sabía que solo era cuestión de tiempo...

Lo mismo puedo sonar pedante y tampoco es que yo tuviera una experiencia bárbara en hombres, que tan solo había tenido algunos novietes que pasaron por mi vida sin pena ni gloria. Sin embargo, lo de Fabio eran palabras mayores y yo sentía que, en los pocos días que hacía que nos conocíamos, me estaba enamorando de él.

Sí, sí, enamorando; suena fuerte, pero es la realidad. Lo supe desde el mismo instante en el que nuestras miradas se cruzaron y yo recibí un fuerte saetazo. En honor a la verdad, miré hacia todos los lados y de Cupido no vi ni rastro, pero yo sabía que eso solo podía ser cosa de ese personajete...

Y ahora tenía un objetivo claro; lo primero era ver sonreír a mi profe, que de conquistarlo ya me encargaría más tarde...

Capítulo 2

—Pues yo te digo que a mí me recuerda al Profesor de “La Casa de Papel” —me comentaba Patricio mientras almorzábamos en el Burger en referencia a Fabio.

—No jodas, que ese es más serio que un cuarto de especias. —Me rasqué la cabeza mientras me planteaba el paralelismo.

—Claro, claro, muy serio, como que este va repartiendo alegría a chorros, no te fastidia la tontuela esta...

—A ver, que vale que es serio, no te digo que no... Pero tiene un morbazo que lo flipas y está bueno que te cagas...

—La que la vas a cagar eres tú como te quedas colgada del profe. —Gema acababa de llegar con las bandejas de la comida.

—Claro, como que tú con Adán lo tienes ya todo hecho.

—No, pero al menos es de mi edad, ¿tú cuánto te llevas con él? ¿Dos siglos?

—Dos mierdas pinchadas en un palo con perdón por la comida. Creo que tiene unos treinta y seis, no es ningún carcamal...

—Ahí tiene toda la razón Lourditas, el tío es un portento, yo me lo empotraría varias veces por día, fijate...

Miré a Patricio con ganas de matarlo y el modo en que se encogió de hombros del estilo de “¿qué he dicho?” hizo que me terminara por reír.

—Bueno, bueno, os veo a los dos peleando en el barro por él, duelo de leonas...—A Gema se le encendieron los ojos.

—Callad, callad, que hablando del Rey de Roma, por la puerta asoma...

Miramos las dos en la dirección que nos señaló Patricio y allá que llegó Fabio.

—Ains, ya se me han quitado las ganas de comer, parece que las mariposas más que revolotear en mi estómago se hayan liado a patada limpia con él.

—Sí, sí que estás pilladita. —Gema hizo como que me tomaba la temperatura para ver si tenía fiebre.

—No, no tengo fiebre, lista, aunque quisiera yo saber lo que te entra a ti cuando ves a Adán.

—Entrarme, entrarme todavía no me ha entrado nada y quiera Dios que eso cambie pronto. Pero si te refieres a lo que siento es furor uterino en toda regla, guapa.

—Eso, eso, y la encoñada soy yo.

—¿Vosotras os dais cuenta de que estáis nombrando la soga en casa del ahorcado todo el día? Porque os recuerdo que yo llevo meses a pan y agua—se quejó Patricio quien empezó a hacer un sospechoso movimiento con la pajita de su refresco mientras miraba a Fabio.

—¿Soy yo sola quien lo ve o tú tienes la mente un poco sucia? —le pregunté parándole la dichosa manita, que me estaba poniendo de lo más nerviosa.

En ese instante Fabio nos miró y, ambos, como dos cabezas huecas, le dirigimos dos miradas cargaditas de contenido. Anda que si los ojos hablaran...

—Dos carajotes es lo que sois, vaya estampa—se mofó Gema quien mordisqueaba su hamburguesa con ansia.

—Vamos, que a ti no se te nota que cuando saludas a Adán vas más caliente que el palo de un churrero...—Yo tampoco podía callarme ni debajo del agua.

—Pues desde luego que menos que a vosotros, que parecéis dos babosas...

—Bueno, con la diferencia de que lo mío es amor y lo de este es puro vicio—bromeé.

—Claro, como Patricio es gay, lo mío es vicio, vete un poquito a freír unas pocas de puñetas, guapa...

Calentarle el pico a Patricio era un placer al que me costaba tela marinera renunciar. De todos modos, si algo no se me pasaba por el coco era que Fabio pudiera corresponderle. No, él tenía que ser hetero y fijarse en mí, no había otro camino.

Cada bocado que di tuvo que sortear las mariposas de mi estómago para poder entrar en mi estómago.

Aquel lugar era punto de encuentro de los estudiantes de la escuela por la cercanía a la misma. Sin embargo, no imaginaba que Fabio también lo frecuentara.

Varios de nuestros compañeros llegaron y se sentaron en la mesa contigua a la que ocupábamos nosotros, entablando conversación con Gema y con Patricio. Yo me mantuve un tanto al margen, distraída observando a Fabio desde la distancia.

De repente sentí la absoluta necesidad de echarle combustible a mi cerebro en forma de azúcar. Me apeteció un helado y a mí me pasaba como a Homer Simpson, que cuando quería algo lo quería para ya.

Me dirigí hacia el mostrador y escogí uno con doble de dulce de leche. Aunque para dulce el que encontré tras de mí cuando me di la vuelta; un rico dulce llamado Fabio.

—¿Podrías decirme en alto lo que murmurabas antes en clase mientras me mirabas? —me preguntó y me quedé petrificada.

Hasta ese momento no había cruzado ni una frase con él, más allá de la presentación en clase y de alguna intervención en la misma, siempre en la línea alumna-profesor.

—Dije, yo... dije...—Sentí como si de repente toda esa decisión de la que hacía gala se desmoronara delante de mí.

—Termina, por favor...—La parsimonia y la cadencia de su voz me resultaban de lo más sugerente, pero aquel hombre me acababa de poner entre la espada y la pared.

—Dije “sonríe, te ves más guapo” —solté temblorosa.

—No entiendo...

“No entiendo”, yo sí que no entendía lo que pretendía al acercarse a mí. Por Dios que yo hubiera transgredido los límites y me lo hubiera comido allí mismo con doble de dulce de leche, en sustitución del helado.

—Bueno, es simplemente, solo que...

—¿Siempre hay que arrancarte las palabras o estás haciendo una excepción? —Se permitió preguntarme.

—Y tú, ¿siempre hay que arrancarte una sonrisa o alguna vez te saldrá sola?

Desconcertado y descolocado, así fue como lo dejé. Tuve la certeza de que Fabio no estaba acostumbrado a que los alumnos le demostrasen tener una lengua tan afilada como la mía y se quedó fuera de juego. Me había costado arrancar, pero ahora iba cuesta abajo y sin frenos y estaba dispuesta a rellenarle un cuestionario personal si eso era lo que deseaba.

—Veo que sabes mirar más allá de lo que tienes delante de tus narices y eso es bueno—me espetó.

—Supongo que te refieres a que es bueno para la profesión... —Quise indagar en sus palabras.

—Naturalmente, no suelo hablar con mis alumnos en otros términos que no sean profesionales...

—Ya y yo...—Me callé a tiempo, antes de soltarle un “y yo me chupo el dedo” que hubiera sido de lo más inconveniente.

Que me aspen si no me había dado la sensación de que Fabio deseaba continuar conmigo aquella conversación. Otra cosa era que su rol de profesor no le permitiera cruzar ciertas líneas que pudieran ser demasiado delicadas.

—No has terminado de decir tu frase—repuso.

—Y tú todavía no me has dicho por qué te has acercado a mí...

—¿Yo? He venido por un helado... y por una respuesta.

—Pues puedes hacer tu petición, del helado, me refiero. —Le señalé hacia el mostrador donde la chica ya le preguntaba qué quería tomar.

—¿Y esa respuesta?

—¿Y la tuya? —No quise dejar pasar la oportunidad de preguntarle, quién sabía si volvería a tener una oportunidad similar.

—Esa debe reposar todavía un poco más...

“¿Reposar?” ni que su respuesta fuera un perezoso de esos que mi padre solía enseñarnos a Oliver y a mí cuando éramos niños en los documentales de la dos.

Me senté y a mis amigos no se les había ido por alto lo sucedido. Comenzaron a preguntarme y les dije que ya les contaría en casa, que no quería darle más bombo al asunto.

—No, no, pero hasta un bombo te dejabas hacer tú por ese si llegara al caso. —Me guiñó el ojo Gema mientras hablaba por los bajinis para que el resto de los compañeros no se empapara de nuestra conversación.

—Calla y come, bicho...

Sí que estaba yo progresando en el dichoso curso, porque mientras Fabio permaneció allí sentado le hice varias fotografías mentales, anotando cada uno de sus ángulos y llegando a la conclusión de que no tenía ninguno mejor que otro, todos eran perfectos...

Me llamó la atención que, siendo como era una persona de lo más popular, comiera solo. Varios de los profesores continuaban en la escuela por la tarde y era muy probable que también almorzaran por la zona.

Un libro y su móvil le sirvieron de únicos acompañantes mientras degustaba un helado idéntico al mío. A duras penas pude reprimir el deseo de observarle. Su rostro parecía imperturbable, pero, no obstante, ¿qué le habría llevado hasta aquel lugar y hacia mí, llegando a hacerme aquella pregunta?

De vuelta a casa, Gema y Patricio se quedaron un tanto ojipláticos cuando les conté nuestra breve conversación.

—A mí, cuando paso del culo de alguien, me importa un bledo lo que diga por los bajinis. Ese quiere algo y tú eres una guarra con un montón de suerte que lo mismo te llevas hasta el gato al agua. —Me sonrió Patricio.

—“¿Quién vive en la piña debajo del mar?” —Cada vez que quería reírme de él le cantaba la cancioncita de Bob Esponja, que para algo se llamaba Patricio.

—Tú ríete, pero yo creo que tiene razón...—Gema estaba de acuerdo con él.

—Dios os escuche, pero yo no veo cómo acercarme a él, debe ser un tipo de lo más complicado. Pero es que me gusta tanto...—suspiré.

—Hija, no ves, no ves... Pues anda que no tienes dos poderosas razones en esa delantera para acercarte, si las tuviera yo, anda que no les iba a sacar partido ni nada. —Patricio era más lanzado que un cohete.

—¿Y qué si las tengo? Si te parece las saco allí en medio de la clase y que las fotografíe...

—Pues mira, lo mismo con eso le sacas la dichosa sonrisita...—Gema aprobó la moción.

—Pues nada, preparad las cámaras que mañana hacemos un reportaje porno en clase, almendrucos—ironicé.

—No seas paleta, de fotografía porno claro que no, pero de esos reportajes *boudoir* que tanto se llevan ahora, no pueden ser más eróticos... —Mí compañero se regocijaba en la visión.

—Sí, sí, mañana se lo digo, que en su casa o en la mía, que me voy a poner medio en bolas

para que saque lo que quiera de mí... ¿Me queréis dejar en paz?

—Ay, hija, yo sí que sacaría algo de él si pudiera, no te voy a decir qué exactamente porque resultaría un poco escatológico y no es mi estilo. —Patricio lanzó un suspiro que provocó las risas de Gema.

—No hace falta, que me hago cargo y a este paso voy a echar la pota aquí mismo...

Pasé el resto de la tarde un poco taciturna. Llevaba días deseando poder hablar a solas con Fabio y no había encontrado la excusa. Y de repente, con la oportunidad delante, no había sacado nada en claro.

Algo me decía que él no era así y que la vida lo había sacudido con cierta violencia, ¿qué secreto escondería su melancólica mirada?

Mis amigos volvieron a la carga, comparándolo con el Profesor de la famosa serie y yo erre que erre en que este era mucho más atractivo.

—Sí, pero me da a mí que este tiene una cabeza con un potencial parecido al otro. —Patricio era muy peliculero.

—Pero ¿tú de qué cabeza estás hablando exactamente? Que se te ve el plumero—le pregunté.

—Tú provócame, que luego toda la culpa es mía. —Cogió un cojín y se tapó sus partes nobles.

—Patricio, más escenitas como la de la otra noche no, por favor...

Él sentía debilidad por Brad Pitt y habíamos tenido un incidente relacionado con cierto empinamiento dos noches atrás que hizo que el bol de palomitas que estábamos compartiendo acabara desparramado en el suelo.

—Claro, como vosotras lo tenéis muy fácil, pero a ver quién es el guapo que le dice a la anaconda que se tiene que ir a dormir cuando sale con ganas de juerga...

Capítulo 3

—Pero ¿se puede saber qué demonios ha pasado aquí?

Gema se estaba poniendo nerviosa y empezó a temer que le diera el dichoso tic de los saltitos, pues ya parecía que tenía un muelle debajo de los pies.

—¿No os habéis enterado? A Fabio le entregan un premio de fotografía de lo más prestigioso y ha decidido llevar con él a un alumno a recogerlo, como representante de su escuela—nos comentó un compañero.

—¡A mí, a mí! —chilló Patricio y Gema dio el primer saltito sin poder contener los nervios.

—Chica, ¿te ha dado un espasmo? —le preguntó Irene, que era de lo más cruel.

—Deja a mi amiga, por favor, que ella no se ha metido contigo. —Le respondí con contundencia.

—¿Eres su novia? Porque has salido en su defensa de una manera un poco sospechosa—me preguntó.

—Mira tú y yo no nos conocemos mucho, pero no nos podemos ver, esa es la realidad. Así que aire, cada una por su camino.

—No te preocupes que en breve me iré de viaje. Como Irene que me llamo que Fabio me va a llevar a mí, que lo sepas.

—¿Y a ti por qué, niña? —le preguntó Patricio con una mezcla total de desprecio y celos.

—A mí porque soy la alumna que más despunta de la clase, aparte de que por motivos obvios soy también la de mejor planta. Y eso viste mucho...

Irene se sentó en su mesa y yo noté que las uñas me arañaban las palmas de las manos, de lo apretados que tenía los puños.

—Maldita engreída, y lo peor de todo es que encima tiene razón...

—¿Razón? A ver desembucha, que huele a autoestima baja y eso lo arreglo yo en un momentito...

—Es que la niña esta ha sido modelo, por lo que he podido escuchar...

—Claro, no ves tú que estamos hablando de Kate Moss...—Patricio trataba de darme ánimos mientras la seguía mirando de reojo.

—Ya, que no es una *top model*, pero que sí ha hecho sus pinitos en la profesión y eso es porque buen cuerpo tiene.

—Vale, vale, que no digo yo que tenga la cara de una alpargata, que es mona y tiene cuerpo, pero que también tiene una prepotencia y una mala leche que tiran para atrás y sin embargo tú...

—Sin embargo, yo, ¿qué? Sigue, sigue que me está gustando—le animé.

—Pues que no tienes absolutamente nada que envidiarle, lo único es que esa lleva encima tres manos de chapa y pintura, mientras que tú vas de lo más natural. Si yo fuera hetero, te elegiría a ti sin pensarlo.

—Gracias, es que eres un amor...

Teníamos la primera clase con Fabio y yo estaba deseando verlo aparecer. Aquella noche incluso había soñado con él y con nuestro fugaz encuentro en el Burger, por lo que había tenido un dulce despertar. No obstante, me sentía nerviosa por volver a encarar unos ojos que pese a ello quería escudriñar.

—Chicos, como ya sabéis la crítica ha estado de mi parte estos días y me han otorgado un importante premio de fotografía que debo recoger la semana que viene en Bruselas.

Espontáneamente los alumnos comenzamos a aplaudir y él, aunque agradecido, nos pidió que paráramos.

—Muchas gracias, de veras. Por cierto, creo que ya sabéis, porque las noticias vuelan, que es

mi intención que uno de vosotros me acompañe como representante de las nuevas generaciones de la profesión.

—¡¡Ole, ole!! —le salió a Patricio del alma y Fabio lo miró con gesto reprobatorio.

—Un poquito de por favor, chicos, esto es una escuela y no una feria.

Aunque el comentario en sí no tuviera mayor importancia, lo cierto es que denotaba que aquel hombre no estaba bien. A buen seguro que, de estarlo, hubiera aceptado con mejor talante los vítores de mi compañero e incluso dejado que los demás nos uniéramos a él.

—Perdón, perdón...

—Pues nada, que os decía que seguro que ese compañero vendrá cargado de sensaciones positivas que os podrá transmitir. No hemos tenido aún ocasión de conocernos demasiado, pero no me cabe duda de que pensaréis que soy un enamorado de la fotografía y no os equivocáis.

—Mira, él enamorado de la fotografía y tú enamorado de él—me dijo en bajo Gema.

—Y tú una taruga que no sabe mantener la boca cerrada, calla ya, mujer.

Sentía la necesidad de querer saber más de Fabio y cualquier ocasión me parecía ideal para hacerlo...

—Yo soy de los que opinan que mi mejor fotografía está por llegar, que probablemente será la que haga mañana. Me nutro de la fotografía, que para mí es una filosofía de vida. Disparar a todo aquello que os interesa en el momento preciso es como formar parte de una compañía de arte, pedíos más a vosotros mismos, chicos... Haced esa fotografía que ningún otro es capaz de hacer. Coged vuestra máquina e id mucho más allá...

No eran ya sus palabras, sino la forma en la que las decía. Fabio comenzó a hablar de una pasión, la que sentía por la fotografía, que parecía no existir en el resto de las parcelas de su vida. No era ya que siempre estuviera serio, que lo estaba, era que parecía contener las emociones.

—Me recuerda a mi padre—le comenté a Patricio cuando de nuevo comenzamos a ovacionarlo.

—¿Tu padre está así de bueno? Porque si es así me vas a arañar, pero me voy a convertir en tu madrastra y punto en boca.

Me doblé en dos con su ocurrencia, hasta tuve que sujetarme el vientre. Mi madre era de lo más coqueta y tenía un vestidor chulísimo repleto de ropa y complementos. De repente me imaginé a Patricio en él, dando bandazos con sus zapatos de tacón...

—No, chalado, no me refería a eso...

—Yo qué sé, a mí no me taladres, me dices que el dios griego este se parece a tu padre y mi imaginación vuela.

—Me refiero a que está triste, le pasa algo—murmuré.

Fabio volvió a pedir un poco de silencio...

—Algunos de vosotros ya me habéis abordado antes de entrar para preguntarme por el criterio que nos llevará a elegir a ese alumno que me acompañe a Bruselas.

—¡¡Eso, eso, llévame a mí!! —exclamó Patricio y de nuevo Fabio lo miró contrariado.

—Te vamos a poner un tapón en la boca como no te calles—me quejé.

Fabio continuó hablando con esa tranquilidad tan suya a la que ya nos estábamos acostumbrando.

—Chicos, lo primero que me apetece que sepáis es que en esta escuela nos gusta premiar el esfuerzo... Dicho esto, debo añadir que, en esta ocasión, dado que el curso acaba de comenzar, no disponemos de recursos para valorar los méritos de cada uno de vosotros, por lo que, aun a riesgo de que pueda parecer injusto, vamos a proceder al sorteo que nos llevará a determinar la identidad de mi acompañante.

—La china no participa, que esa se ha quedado dormida...

Gema se refería a una de nuestras compañeras, de esa nacionalidad, a la que siempre veía

dormida, según ella, por lo muy entornados que tenía los ojos.

—Mira que eres bruta, si la chavala es un encanto.

—Un encanto, pero está empanada. ¿Te juegas algo a que le doy un susto de muerte y ni se inmuta?

—Estate quietecita, anda, que pareces una cría. A todo esto, mi amiga se estaba conteniendo, pero se notaba que tenía unas ganas extraordinarias de seguir dando saltitos a consecuencia de los nervios.

Sin más, Fabio procedió a meter diversos papeles blancos y tan solo uno negro en una bolsa. Todos sacaríamos uno sin mirar y lo mantendríamos oculto hasta que él diera la orden. Entonces abriríamos la mano...

Yo no sabía si al mío se le vería el color, porque fui de las primeras en sacarlo de la bolsa y, entre que las manos me sudaban por los nervios y que no paraba de apretarlo, lo mismo lo desintegraba.

—Dame tu papel—le escuché decir a Patricio.

—Moví el bigote porque no sabía a qué estaba jugando y enseguida comprobé que los nervios le habían podido; el papel negro lo tenía él.

—No seas bobo, ve tú—le dije mientras lo miraba con todo el cariño del mundo, pues el suyo me pareció un gesto precioso.

—No seas tonta, ¿qué posibilidades tengo yo de ligar con él? Ese tiene una pinta de hetero que echa para atrás, ve tú Lourdes, vive...

“Vive”, esa palabra sí que me llegó. Y no ya porque mi amigo me la dijera con todo el sentimiento, sino porque fue una de las últimas que me dijo Oliver al despedirse de mí.

—Vale, pero te debo una y bien gorda—le respondí.

—Ya me la cobraré, no te creas que esto se va a quedar así. —Me sonrió y nos

intercambiamos el papel.

—Vale...

—¡Qué asco, esto está chorreando! —murmuró al cogerlo.

—Tú lo has querido, ahora no me vengas con remilgos—le contesté pensando que el negro, por una vez, me parecía el más alegre de los colores.

Igual que si estuviera ensayando para los premios Óscar, pegué un respingo y un chillido tremendo al abrir la mano, como si no supiera lo que esta contenía.

—Hay algunas cabronas con suerte—le escuché decir a Irene y la miré con mi sonrisa más socarrona por toda respuesta.

—Muy bien, Lourdes, ¿preparada para partir el domingo por la tarde hacia Bruselas? —me preguntó Fabio.

—Preparadísima—le respondí.

Era jueves y todavía tenía un par de días por delante...

En honor a la verdad, debo decir que la cara de Fabio cuando exclamé que yo era la ganadora fue de satisfacción. Ojalá hubiera podido decir que fue de alegría, pero esa palabra no parecía entrar en su vocabulario.

—Quédate unos minutos cuando la clase acabe y te comento un poco cómo va todo, ¿te parece?

—Me parece estupendo.

—Le debes la vida a Patricio, lo he visto todo, qué tío más grande—me dijo Gema al oído.

—Cojonudo, es cojonudo, no sé cómo le voy a pagar esta...

—Yo creo que con un gigoló o algo parecido será suficiente...

—De eso nada, nos lo vamos a llevar este finde de marcha y este liga, por Dios que liga, aunque sea lo último que haga.

—Hija, no seas dramática. Que a veces es verdad que yo misma lo ahogaría en un cubo, pero que el chaval es buena gente, a la vista está.

Miré a Patricio y me dedicó una sonrisita. Fabio parecía también atento a la jugada, como si no se le hubiera escapado que allí habíamos hecho una trampichuela de las buenas.

Durante aquella hora de clase, que para más inri fue algo más técnica de lo habitual, me costó concentrarme. Aun así, reconozco que cada una de las clases que él nos impartía eran una joya y le presté la atención que merecía. Claro que esa atención se mezclaba con mi fantasía y mi imaginación terminaba volando como una cometa.

—¿Te esperamos esta noche para dormir o directamente te vas con él ya a Bruselas? —me preguntó Gema.

—No tienes tú guasita ni nada. —Eran las diez de la mañana.

La clase había terminado y me acerqué a su mesa.

—Fabio te esperan en la sala de dirección—le comentó desde la puerta otro de los profesores.

—Es cierto, no lo recordaba, qué cabeza la mía. Perdona, Lourdes, ¿te importaría acercarte a mi despacho a las dos?

—No, claro, allí nos veremos...

A su despacho, me resultaba de lo más interesante. En cuestión de unas horas me sentía como niña con zapatos nuevos, no solo iba a entrevistarme con él a solas, sino que ¡en pocos días partía con Fabio para Bruselas!

Capítulo 4

La que tenía un tic era mi amiga, pero la que llegó dando saltitos hasta el despacho de Fabio fui yo.

Toqué con los nudillos en la puerta y no tardó en decir un “adelante” que me permitió adentrarme en parte en su mundo.

—Perdona, ¿te pillo bien?

Me azoré un poco después de decir aquella improvisada frase e incluso mi libidinosilla mente pensó en que yo sí que lo pillaría, pero bien, y allí mismo.

No sabía lo que me pasaba, pero que ese hombre sacaba mi lado más salvaje era un hecho.

Lo siguiente que me ocurrió fue que la barbilla se me descolgó súbitamente al observar ese despacho en su plenitud.

—Guauuuuuuuuuuuuuuu. —No pude evitar expresar mi admiración.

Con unas dimensiones suficientes para rodar allí una película, aquel despacho era enorme y su decoración minimalista causó mi fascinación. La perfecta fusión de los blancos y los negros solo se veía ligeramente alterada por el toque verde que le otorgaban algunas plantas que se veían de lo más cuidadas.

Aunque allí no parecía que el término descuidado se conociera, porque todo estaba perfectamente dispuesto, creando un ambiente armónico que hizo mis delicias.

—¿Te gusta? —me preguntó mientras me invitaba a sentarme.

—Me ha dejado totalmente rayada, yo quiero uno de estos. —Me reí.

—No tengo duda de que lo tendrás, dispones de mucho talento, Lourdes.

—Apenas me conoces, ¿por qué dices eso? —Enarqué las cejas, dado que Fabio no me

parecía una de esas personas que alaben por alabar.

—Porque el diablo reconoce al diablo y veo que le pones pasión a las cosas. Incluso a la hora de hacer trampas, reconozco que tienes gracia...

Un volcán fue lo primero que vino a mi mente a la hora de definir cómo ardieron mis mejillas en ese instante.

—Yo, yo... No sé qué decir...

—Pues entonces no digas nada, que es lo mismo que he hecho yo cuando me he percatado del asunto. Eso sí, respóndeme a una pregunta, ¿amas la fotografía?

—Mucho, de eso no te quepa duda—le contesté sin vacilar porque lo cortés no quita lo valiente.

—Pues entonces está bien, no tengo inconveniente en que seas tú en lugar de tu compañero quien venga. Ese lugar está reservado para un amante de la fotografía y si vosotros lo habéis decidido así, ¿quién soy yo para meterme en vuestros asuntos?

Eché una visual, por aquello de que no sabía ni hacia dónde mirar después de que nos hubiera pillado y me topé con gran cantidad de fotografías, muchas de las cuales cubrían las paredes de su despacho.

Todas en blanco y negro parecían recoger infinidad de momentos vividos por el hombre que las había tomado.

La mayoría de ellas correspondían a escenas cotidianas inmortalizadas en diversos paisajes que yo situé en distintos lugares del mundo. Sin embargo, las que más llamaron mi atención estaban encima de la mesa, como si él hubiera querido darles ese privilegio para sentirlas más cerca.

En ellas aparecía un niño de unos cuatro añitos que era la viva imagen de Fabio. Solo había una que debía haber tomado otra persona en la que ambos aparecían juntos. De haber podido destacar alguna característica de esa foto, poca duda habría tenido; la complicidad entre ellos era evidente.

Pero, por encima de todo, lo que más me gustó fue que en esa fotografía Fabio mostraba una sonrisa que competía en amplitud con su despacho.

—¿Es tu hijo? —le pregunté.

—Sí, Marco—me respondió.

—Es una auténtica preciosidad—le comenté pensando en que no podía ser de otra forma, dado que era un calco de su papá.

—Muchas gracias. —Su gesto se tornó todavía más serio de lo habitual, como si se hubiera molestado.

—A ver si lo traes un día por aquí y lo conocemos, me gustaría darle un achuchón a ese rubiales—le dije por intentar enmendar la plana.

—Eso no será posible, Lourdes. Por cierto, ¿tienes tu documentación en regla? Me refiero al DNI, mi secretaria sacará ahora mismo los pasajes para Bruselas.

—Claro...

A buen entendedor pocas palabras bastaban y Fabio había evitado abiertamente hablar del tema de su hijo. Me sentí no mal, sino peor, pensando en que yo le veía un parecido con mi padre. ¿sería posible que él también hubiera perdido a su hijo?

Eso lo explicaría todo, explicaría esa amargura que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Entrecerré los ojos por un momento y divisé en su rostro el mismo gesto que en el de mi padre.

Sus pocas ganas de hablar del tema, que no fuera posible que lo viéramos por allí...

—¿Te pasa algo? —me preguntó.

Si él había pasado por un trance similar, yo quizás pudiera ayudarlo. Sabía del tema, ayudé a mis padres con la pérdida de Oliver lo mejor que pude, y creo que lo hice bien.

—Siento lo de tu hijo, en mi familia hemos pasado por algo parecido. Mi hermano también nos ha dejado hace poco—le comenté antes de ni siquiera valorar la conveniencia de mis palabras.

—Pero, no entiendo muy bien, ¿qué me quieres decir con esto?

—Yo... no sé, creí haberte entendido, ¿tu hijo está bien?

—Perdona Lourdes, pero no son temas que yo suelo hablar con mis alumnos. De todos modos, te diré que sí, que todo lo bien que se puede estar cuando tu madre te traslada de ciudad y hace todo lo posible por apartarte de tu padre.

—Ains, menos mal—me desplomé en la silla.

—¿Menos mal? ¿Tú en qué habías pensado? —me preguntó irguiéndose en su silla.

—Déjalo, Fabio, que me he montado yo sola una película...

Oliver siempre me decía que yo era muy peliculera y ahora le daba la razón. Por unos momentos yo le había dado matarile al chiquillo, pero por suerte no era así...

Eso sí, la actitud que adoptó su padre al hablar de él me dio la clave. La infelicidad de Fabio tenía que ver con que la madre de su hijo no se lo dejaba ver. Ya me imaginaba yo tipo Agustina de Aragón luchando por el niño al lado de su padre en los tribunales. Lo dicho una peliculera.

—Todo esto es un poco raro. Por cierto, tendrás que darme la ubicación de tu casa...

—¿De mi casa? —Ahora sí que acababa de montarme una película total, pensando en que de repente se me iba a declarar, entrando por la puerta de mi humilde morada con un ramo de rosas.

—Sí, mujer de tu casa. No sé si tendrás coche y es probable que prefieras que te recoja el domingo para llevarte al aeropuerto.

—Ah vale, que es por eso. —Ya me volvió a salir la vena esa de bocazas que tenía...

—Sí, sí, por eso—carraspeó como indicando que por qué otra cosa podía ser.

—Ok, ok...

—Por cierto, quiero comentarte que en Bruselas hay ahora mismo vigentes un par de exposiciones de fotografía que también me encantaría visitar. ¿Te importaría que prolongáramos nuestra estancia un día más para verlas? Volveríamos el miércoles por la mañana.

¿Si me importaría? No solo acababa de tocarme la lotería, sino que acababa de tocarme el premio gordo.

A continuación, Fabio me estuvo explicando algunos pormenores del viaje y del premio. Sin querer pecar de pretenciosa, tenía la sensación de que él tampoco deseaba que me fuera.

Por último, me dijo que si no tenía ninguna duda más nos veríamos directamente el domingo, pues él no daba clases los viernes.

—Claro, sin problema. Nos vemos el domingo a las cuatro de la tarde.

—Una cosa, toma mi número de teléfono personal. Si necesitas localizarme en el fin de semana por algún motivo, no podrás hacerlo en el profesional.

—Gracias, lo anoto. Toma el mío si...

—No te preocupes, lo tengo en tu ficha de alumna. Nos vemos el domingo, pues...

Esperaba una despedida algo más efusiva, pues nuestra charla había sido medianamente distendida, pero no fue así. Con Fabio sentía como si quisiera darme una de cal y otra de arena. No es que yo pensara que fuera de esos que tiran la piedra y esconden la mano, pero sí que por alguna extraña razón yo le atraía, pero le costaba aceptarlo.

—¿Todo listo para el viaje más emocionante de tu vida, capulla? —me preguntó Gema cuando llegué a casa.

—Eso parece, gracias a Patricio, que es un tío sensacional. —Le di un beso en la frente.

—Sensacionalmente idiota, pero sí qué se le va a hacer—se dijo a sí mismo en un tono que nos hizo reír.

Pasé la tarde repasando mis apuntes mientras en mi mente reproducía las palabras y los gestos de Fabio, ¿qué iba a hacer con él? Todavía no sabía cómo, pero yo era consciente de que con él me iba a meter hasta en adobo. Y sabía que no me resultaría demasiado fácil porque parecía estar revestido de una coraza. No pasaba nada, ¡retos a mí!

Capítulo 5

Viernes al mediodía y yo más contenta que unas castañuelas...

—Todavía no me puedo creer en el embolado que nos han metido estos—le comentaba a Gema en referencia a la propuesta que nos acababan de hacer unos compañeros.

—No seas sosa, ¿eh? Que yo lo veo de lo más divertido, ya verás lo que nos vamos a reír...

—¿Vosotras creéis que aquello va a acabar en bacanal? —Patricio entrecerró los ojos.

—Tú estás muy, pero que muy necesitado y esta y yo vamos a hacer algo por ti, porque si no vas a acabar fatal... —Gema estaba decidida a que nuestro amigo triunfara esa noche. Y yo más, con lo mucho que tenía que agradecerle.

—Mírala, es que como no sea en una de esas, no pillo cacho. Vosotras, como ya vais bien servidas...

—¿Bien servidas? Pero si no nos hemos comido todavía ni un rosco.

—Sí, pero tú a Adán lo tienes a punto de caramelo, que cada vez que entramos en su local se nos pega como una lapa, y en cuanto a la Lourditas de nuestros amores, esa sí que va a triunfar como Los Chichos en Bruselas...

—En Bruselas, sí, como las coles—bromeé.

—Pues no se diga más, fiesta romana esta noche, nos vamos a poner que no nos va a reconocer ni la madre que nos parió...

Patricio estaba exultante con la idea que habían tenido nuestros compañeros de improvisar una quedada romana para esa noche, todos ataviados de época.

—Sí, sí, como si fuéramos a rodar Espartaco—le contestó Gema que por lo visto se conocía todas las pelis romanas porque era el género preferido de su abuelo.

—¿Es-par-taco no es nombre de preservativo? —lo pronunció él con sílabas separadas con idea de hacer el chiste.

—Un preservativo bueno se tenía que haber puesto tu padre antes de hacerte a ti, cafre.

La tarde se presentaba de lo más divertida. Iríamos de shopping, pero en plan modesto, que tampoco era plan de gastarnos el oro y el moro para echar un buen rato con los amigos.

—Me han dicho que hay una tienda de disfraces de segunda mano que es una pasada y por lo visto podemos alquilarlos, yo quiero ir de centurión...

—Tú ve de lo que te dé la gana, que esta y yo nos vamos a poner de lo más sexys...—Gema tenía sus propios planes para nosotras.

—Sí, con el frío que yo tengo, más que en un traje romano estoy pensando en un poncho peruano, pero bueno...

—De eso nada, tú por encima te pones lo que te dé la gana, pero abajo un vestido de esos blancos asimétricos con su cinturón y su capita...

—Porque has dicho asimétrico que, si no, hubiera pensado que ibas a vestir a la chiquilla de Supermán, fíjate...

Allí parecía que competíamos a ver quién decía la mayor tontería, por lo que nos echamos a reír con la ocurrencia de Patricio y Gema hizo como que empezaba a volar con la capa...

Picoteamos algo y del tirón a buscar los susodichos vestidos.

—Yo me voy a pelar de frío con esto, ¿lo sabes? —le comenté cuando nos probamos aquellos vestidos con la tela tan fina y caída que parecía un papel de fumar.

—Tú te vas a callar ya y no seas aguafiestas, anda, que eres muy cansina. Estás guapísima y vamos a juego. Ahora nos vamos a ir a un chino a buscar algunos complementos. Ahí te quedas, Patricio—le indicó mientras él seguía en los vestidores.

—Gracias por esperarme y, sobre todo, por darme vuestra opinión, guapas. Dios os lo pague

con siete hijos pelones...

—Y a ti con una suegra de esas que ejerza, ¿tú me entiendes?

—Ah, no, de eso nada. El que se acerque a mí tiene que ser huérfano, yo con esas señoras no me llevo, nos desmoñaríamos en un periquete.

Lo dejamos despotricando y nos metimos en un bazar de esos tan grandes que te da la impresión de que pueden hasta secuestrarte en ellos sin que nadie se entere.

—Mira, este adorno me encanta para los brazos y para el pelo, que tenemos que llevar un semi recogido de esos guapos, vamos a quedar divinas.

—¿Tú lo ves?

—Yo lo veo, lo veo...

Un par de horas después estábamos los tres en casa mirando nuestros disfraces y fantaseando con lo bien que nos lo íbamos a pasar esa noche.

—Una copita para ir abriendo boca—nos dijo Patricio mientras venía con unos chupitos de Pedro Ximénez que eran una delicia.

—Anda que no sabes tú crear ambiente ni nada...

—Por supuesto, ¿qué os habéis creído? Yo en mi tierra, en Cáceres, soy el que parte el bacalao en las fiestas...

—¿Y aquí qué te ha pasado? ¿Por qué estás de capa caída? —se burló Gema.

—De capa caída vas a estar tú como me sigas dando caña. —Mi amiga acababa de probarse su vestido y él le dio un tirón, ella salió corriendo y, como debía tener ya mil trescientos lavados, se quedó con la capa en la mano.

—¡Idiota! Mira lo que has hecho, ¿y ahora qué?

Con lo ilusionada que estaba con la fiesta, se le saltaron hasta las lágrimas.

—Yo de ti me quitaba de en medio, que esta te muerde—le dije por los bajinis mientras él cogía las de Villadiego para su cuarto.

—¡¡Y una mierda!! ¿Tú no dices siempre que eres la caña de España y muy apañado...? Pues ahora me lo coses... Y como se den cuenta al devolverlo, ya te puedes rascar el bolsillo.

Esa fue la forma en la que, mientras nosotras nos arreglábamos, Patricio se pasó la tarde de lo más hacendoso, silbando y cosiendo.

—Qué gracioso, si parece la ratita presumida—le dije guiñándole el ojo.

—No me des caña tú también, anda Lourditas, que yo soy bueno contigo.

—Ains, sí, más bueno que el pan, cariño mío, que cada vez que pienso que me voy a plantar en Bruselas con Fabio me tiemblan hasta las cuerdas vocales...

El cuadro era de traca. Antes de salir los tres nos tomamos varios selfis que subimos a las redes, entonamos muy solemnes eso del “uno para todos y todos para uno” y pusimos rumbo a una fiesta que no podía pintar mejor.

Patricio no se equivocó. Gema debía tener a Adán loquito, porque fue vernos y deshacerse en atenciones. Mi amiga estaba encantada de la vida y no paraba de coquetear con él.

—¿Esa no es Irene? —entrecerré los ojos y miré a lo lejos, donde un ser humano de lo más vanidoso se lucía, rodeada de una corte de súbditas que parecía rendirle pleitesía.

—Sí, esa es ella con todas sus chupaculos. Esto es la monda, parece que está haciendo prácticas para trabajar en Tele 5.

—Pues si no quiere trabajar en Tele 5 que hubiera estudiado—bromeó Patricio, quien estaba de lo más atractivo con su disfraz de centurión.

Nos reímos con él y seguimos echando una visual por todo el local.

—Aquí está la clase al completo, todos ataviados de romanos, solo faltan los profes—dijo Gema mirándome.

—Yo no sé el resto, pero a Fabio no lo veo muy fiestero...—concluí.

—Eso digo yo, que cuando te cases con él, ¿cuál va a ser vuestra principal diversión, hacer calceta? —ironizó y yo me mordí la lengua por no liarla.

—Sí, sí, que te lo has creído tú, ese, con toda la pinta de amargado que tiene, seguro que luego es un empotrador de primera, qué suerte tienen algunas—me miró suspirando de arriba abajo Patricio.

—No es un amargado y no me busquéis más, venga, ¿no tenéis nada más interesante que hacer que conjeturar sobre mi futuro? Un poquito de aire...

—Pues tienes razón, vamos a brindar porque nuestra amiga folle de lo lindo en Bruselas—le soltó Patricio a Gema como quien lava y no enjuaga.

—Qué romántico te ha quedado, amigo—suspiré.

—Bueno, pues porque haga el amor con su querido Fabio en Bruselas, que no puedes ser más cursi.

—Hombre, un termito medio, mejor...

—Tú lo que quieres es que me coja el toro, haz con él lo que te dé la gana, pero a mí no me lo cuenten, que tengo un ataque de envidia de la mala que no me aguanto...

Patricio se fue a por las copas y Gema y yo nos quedamos bailando.

Cinco, diez y quince minutos y él que no volvía...

—Tengo la lengua ya como un zapato, te lo juro—me decía ella entre canción y canción.

—Ahora voy a buscarlo, que seguro que ha ligado y no le vemos el pelo en toda la noche...

—Pues igual y el muy desgraciado nos tiene aquí secas... Hombre, que primero es la obligación y después la devoción.

—Claro, claro, seguro que tú hubieras hecho lo mismo.

—Pues sí, lista...

—Venga, que voy a buscarlo, que si no cualquiera te aguanta.

La dejé bailando y me dirigí al fondo de la barra. Patricio estaba allí y, como era de esperar no solo.

Me quedé un poco impresionada por las muchas risas que estaba echando con Adán. Corrijo, no por las muchas risas, sino por la complicidad que parecía estar naciendo entre ellos.

Miré a mi espalda y, por suerte, vi que Gema iba a lo suyo y que no se estaba enterando de nada.

No es que Adán fuera de su propiedad, eso estaba claro, pero que tampoco creía yo que fuera a hacerle demasiada gracia ver cómo le estaba poniendo el brazo por encima a Patricio, quien se dejaba llevar...

Madre mía, que igual eran cosas más y no había maldad ninguna en el gesto, pero que a lo mejor...

Sí, sí que había maldad. O, mejor dicho, sí que había tomate porque antes de que llegara hasta ellos, Adán le dio un beso de tornillo a Patricio que este no esquivó, precisamente.

—Pero ¿se puede saber qué estáis haciendo? —les dije mientras Adán retiraba su lengua de la campanilla de mi amigo.

—Pues besándonos, guapita, ¿te lo tengo que explicar? —me contestó Adán.

—¿Y a ti? ¿No te da vergüenza? —le pregunté a Patricio.

—Pero bueno, ¿tu amiga es homófoba o cómo va esto? Ya solo falta que entren un grupito de

skin heads por la puerta y estaremos todos...

—No es eso, él sabe muy bien por qué se lo digo...

—¿Eres bi y estás liado con ella? Mira que por mí no hay problema, por un ratito nos podemos liar los tres.

—Aquí se va a liar, sí, pero el dos de mayo como nuestra amiga os vea, chalado...

Adán me miró sin entenderme y Patricio le explicó.

—Gema está por ti y pensaba que tú por ella, por eso de que solías estar cerca de nosotros.

—Joder, pero yo miraba tu culito respingón y no el suyo, anda que tenéis un ojito vosotros tres...

—El ojito se lo va a poner morado a este, como se entere, se va a liar parda...

—Oye, guapa, que aquí no estamos cometiendo ningún crimen, ¿eh? Que solo nos estamos besando.

—Sí, sí, pero eso se lo tendréis que explicar a ella.

—Pero ¿tiene que ser hoy? —Patricio me miró con miedito.

—No, si te parece lo dejamos para pasado mañana...

—Eso, eso, para pasado mañana está bien...

—Niño, que lo decía de broma, coge el toro por los cuernos y apechuga—le insté a que fuera sincero.

—Me da miedo—me confesó mirando al suelo mientras Adán entraba a seguir poniendo copas.

—A mí sí que me da miedo, se avecina un temporal y de los buenos.

—No le digas nada, todavía no, Lourditas, por favor. Me debes una, hazme ese favor.

Maldita la hora en la que yo había ido a por las copas. Ahora compartía con Patricio y Adán un secreto que me pesaba demasiado... Esa noche no pude disfrutar demasiado de la fiesta ni pegar un ojo cuando volvimos a casa.

Más valía que él sacara la lengua a pasear pronto o ese secreto me iba a corroer por dentro.

Capítulo 6

El domingo a la hora del almuerzo allí no había abierto la boca para hablar ni el Tato de Jerez...

A mí me entraban sudores fríos cada vez que pensaba en que Gema podía cometer un homicidio doble cuando se enterara, dándonos de baja a Patricio y a mí, pues ella mentaba a Adán a cada momento.

Por mi parte, me hacía la sorda y me limitaba a preparar la maleta, pues necesitaba concentrarme en mi viaje y olvidarme de la trifulca que allí se iba a formar.

—¿Has metido lencería fina? —bromeaba ella.

—Y un buen puñado de preservativos, que yo no quiero ser tío tan pronto—le seguía Patricio el rollo.

Pese a sus muchas bromas, en los ojillos de mi amigo se vislumbraba también el miedo por la que se veía venir.

—Chicos, ahora sí que me despido—les dije cerca de las cuatro, después de que hubiéramos almorzado, tomado café y conspirado hasta la extenuación juntos.

—Capulla con suerte, pásalo genial. —Los dos me abrazaron y yo bajé a la puerta de la calle.

Unos minutos antes de las cuatro ya estaba Fabio allí como un clavo. Atractivo a rabiarse, con sus jeans lavados, su camisa verde agua y su jersey azul marino a juego con sus deportivas, estaba de dulce.

Yo había elegido un atuendo casual compuesto por un vestido vaquero que era una monería, mis Converse blancas y una chaqueta de cuero que me acompañaba desde hacía años y que Oliver siempre me decía que era “la de la suerte”. No podría llevar otra ese día...

—Hola, Lourdes, ¿preparada? —me dijo cuando ya estuve sentada en el asiento del copiloto, después de que me ayudara a meter el equipaje en el maletero.

—Claro, preparada. —Le dediqué la mejor de mis sonrisas mientras el rugido de su deportivo se dejaba notar en toda la calle.

—Pues entonces vamos, Bruselas nos espera.

—Veo que vas descalzo—le dije mientras avanzábamos por las calles.

—Sí, me encanta la velocidad, ¿y a ti?

—También, yo tenía que haber sido una Fernanda Alonso de la vida, pero todavía no tengo ni coche.

—Tiempo al tiempo, ya te he dicho que lograrás todo lo que te propongas—añadió con decisión.

—Ya, ya, antes en Canarias cogía el coche de mi padre, pero ahora la verdad es que echo de menos conducir.

—Si quieres un día te dejo el mío...

—¿Y si le pasa algo? Me daría pavor hacerle daño a esta preciosidad...

—A esta preciosidad segurito que no le pasaría nada en tus manos, pero, de ser así, no creas que tampoco le tengo tanto apego a lo material...

Me pareció todo un detalle. Lejos de ser el típico adinerado excéntrico que mirara a todos por encima del hombro, Fabio parecía ser un tipo sencillo que le daba importancia únicamente a las cosas que de verdad tenían valor...

—Gracias, aun así no me quedaría demasiado tranquila, créeme. Según están las cosas, cuando empezara a trabajar, iba a necesitar diez años de sueldo para pagarte la reparación—bromeé.

—Seguro que no, tú piensa en grande para que todo lo que te ocurra sea gigantesco—concluyó.

—Gracias de todas formas—le respondí mientras admiraba los detalles de aquel cochazo.

—De todos modos, si quieres, te acompaño un día mientras lo conduces y damos una vuelta con él. Igual así te quedas más conforme.

¿Acababa de decir lo que yo creía? Por Dios que no me puse a dar saltitos en la silla como Gema de milagro, ¿eso no era transgredir la relación profesor-alumna? Yo creía que sí, pero el tiempo lo diría...

Llegamos al aeropuerto con tiempo suficiente para embarcar y tomar algo, como era de esperar, pues si algo iba yo descubriendo en Fabio es que se trataba de un hombre de lo más metódico.

—¿Qué te apetece? —me preguntó mientras yo lo esperaba con las maletas cómodamente instalada en la mesa de la cafetería.

—¿Puede ser un zumo de naranja natural?

—Puede ser lo que tú quieras—me dijo mientras giraba sobre sus talones y se dirigía al mostrador.

Lo que yo quisiera... lo que yo quisiera tendría más que ver con darle un bocado al culo aquel que sobresalía de sus pantalones que con otra cosa, pero eso no se lo podía decir a él, al menos de momento.

Fabio volvió con dos zumos de naranja y se sentó. Su gesto seguía siendo serio, pero afable, aunque yo diría que esa seriedad ya se iba flexibilizando un poco. Obvio que no hasta el punto de que apareciera en su rostro esa sonrisa que yo tanto ansiaba, pero al menos sí para mostrarse más distendido, que no era poco.

—Cuéntame algo sobre ti, Lourdes—me comentó con interés.

—Pues no sé qué decirte, tengo veintidós años y soy canaria, como ya habrás podido observar por mi acento. Y en mi gusto por la fotografía influyó bastante mi hermano, Oliver, que en paz descansa.

—Creí entenderte el otro día que tu hermano había fallecido, ¿hace mucho de eso?

—No hace demasiado, todavía andamos en pleno duelo.

—Lo siento de corazón.

Noté que el tema le sensibilizaba especialmente, más aún por las especiales circunstancias que él mismo estaba viviendo con su hijo.

—No es fácil prescindir en nuestro día a día de aquellos a quien amamos—di pie a que me contara lo que quisiera sobre su peque, si es que le apetecía.

—No, no lo es, aunque supongo que perder a alguien definitivamente debe doler como...

—Como si te clavaran un hierro candente, esa es la verdad, por eso yo soy de las que piensa que mientras hay vida, hay esperanza.

Un pequeño suspiro por parte de Fabio y un movimiento de cuello que se lo hizo crujir fue el prolegómeno de una conversación bastante intensa.

—La madre de Marco nunca fue una mujer fácil, esa es la realidad. Su carácter era bastante huraño, pero jamás pensé que pudiera llegar a ese punto.

Apenas podía creer que Fabio mostrara una cierta predisposición a hablar del tema conmigo, por lo que aproveché para meter el dedo un poco más en la llaga, hasta donde él me permitiera. Y luego estaba lo de empezar la frase diciendo eso de “la madre de Marco” que me hacía imaginarme a la de los dibujitos animados, aunque esta no se había ido a la gran puñeta ella sola; no, esta se había llevado al niño.

—Vaya, lo siento—le dije pensando que este último pensamiento me lo podía ahorrar.

—Gracias, no suelo hablar demasiado de ello, esa es la verdad...

—¿Y cuál es la situación ahora si no es mucho preguntar?

—Pues ella vive con Marco y su nueva pareja en San Sebastián y las cosas no son precisamente sencillas.

—Pero tendrás un régimen de visitas, como es lógico.

—Sí que lo tengo, pero Romina, que así se llama mi ex, se lo pasa por el arco del triunfo.

Qué completa era la muchacha, Romina, como la de Romina y Albano. Casi sin pensarlo, allá estaba yo tarareando la canción de “*Felicitá...*” y él se me quedó mirando como si me faltara un tornillo.

—Perdona, perdona, que lo que estás contando no es precisamente nada feliz, pero que se me ha ido la pinza.

—Eres un personaje curioso, Lourdes...

—Y tú otro un poco serio, pero me he propuesto hacerte reír y te digo que lo consigo en breve.

—¿Y no crees que te sería más productivo buscar a alguien de tu edad con quien compartir esa “*Felicitá*” en estado puro?

—Mira, una cosita te voy a decir, Fabio, por muy profesor mío que seas; no me vayas a decir con quién tengo que ir o no, ¿qué viene a ser esto? —Puse las manos en jarra y él negó con la cabeza.

—Lo que yo digo, un personaje. Te voy a dar un consejo, preciosa, aléjate de mí, no soy buena compañía en este momento.

—¿Y en otros momentos? —le pregunté con interés.

—¿Cómo en otros momentos?

—Que si has sido buena compañía en otros momentos. Oye, tú estás un poco empanado, ¿no te parece?

—Palabra que es la primera vez que una alumna se atreve a decirme algo así. —Fabio parecía

desconcertado.

—Pues te informo de dos cosas; que los chicos de tu edad me parecen más interesantes que los de la mía y que yo me atrevo a eso y a todo lo que me echen por delante, no soy de amilanarme.

—Ya lo veo, ya lo veo... Voy a serte igual de sincero que estás siendo tú, porque me has demostrado que lo mereces. Creo que eres una chica de lo más interesante y que cualquier hombre se daría un chocazo por estar contigo, no pierdas el tiempo conmigo. Además, eres una de mis alumnas y... como guinda del pastel, me pillas en el peor momento de mi vida, no puedo aportarte nada.

—¿Y quién te ha pedido ninguna aportación, señor carcamal, que según te vendes parece que fueras un carcamal?

—No es eso, pero unos años sí que te llevo...

—Conozco perfectamente todos los contras, ¿y si me dejaras que te enseñe yo cuáles son los pros?

—No creo que pudiera verlos ahora, me cuesta mucho centrarme en nada que no sea Marco y la lucha que he entablado con su madre para lograr tenerlo más tiempo conmigo, entiéndelo.

—Y dale con la madre de Marco, aquí solo nos falta el mono Amedio ya... Que ya me he enterado, ¿y si yo te echara una manita para que recuperaras a tu hijo? Estoy segura de que juntos tendríamos más fuerza.

—Pero tú eres una cría, ¿crees de verdad que se te ha perdido algo en una lucha encarnizada en los tribunales entre dos ex por la custodia de un niño?...

—No, a mí me va más jugar a las Barbies o con el Nenuco y los coches de capota, no te digo... Anda que estás tú peor que mi padre, que a veces me trata como si tuviera diez años.

La tensión de la conversación me estaba afectando un poco, aunque la parte positiva, muy positiva o más bien positivísima era que yo no lo veía cerrado en banda a que entre nosotros pudiera surgir algo; más bien lo que parecía es que Fabio trataba de protegerme y en ese terreno podría yo jugar mis cartas...

Me levanté y le dejé un poco ensimismado en sus pensamientos. Llamé por teléfono a mi madre y le conté que ya estaba en el aeropuerto. De lo más cariñosa, me recordó lo muy orgullosa que se sentía de mí.

Mientras, Fabio buscaba algo en su teléfono. Cuando me senté, me enseñó la pantalla.

—Este es Marco el pasado mes de julio. Debía permanecer conmigo un mes y su madre se las ingenió para que solo fueran cuatro días, desde entonces no he podido volver a verlo.

La cara del peque era de entusiasmo total, y la de su padre al mirar su foto, de nostalgia incontenible.

—Hagamos un trato, ¿si soy capaz de sacarte una sonrisa antes de que volvamos de Bruselas me dejarás que te ayude a recuperarlo?

—Lourdes, eres una alumna, yo nunca...

—¿Por qué no aparcas el “yo nunca” y te permites vivir, Fabio? Yo tampoco me he visto nunca en otra así y a mí no me da miedo.

—Porque tú eres muy joven...

—Ya, y tú eres Matusalén, qué hartita me tienes con la canción. ¿Hay trato o no hay trato?

—Ok, de todos modos, estoy seguro de que no voy a sonreír, yo ya no uso de eso, pequeñaja— me dijo en referencia a su sonrisa.

—Ah, ¿no? Pues por mi madre de mi alma que a ti te van a terminar cogiendo para un anuncio de dentífrico, toma nota desde ya...

Fabio se me quedó mirando y yo puse mis ojos en los aviones que se veían en la pista a través de las enormes cristaleras. Tenía por delante dos días para darle la vuelta como un calcetín al hombre más serio que había conocido nunca, pero también por el que más me valía la pena luchar. Algo me lo decía en mi interior y ese no solía fallarme...

Capítulo 7

Aterrizamos en Bruselas a eso de las ocho de la tarde...

Nos dirigimos en taxi hasta el hotel y al llegar vimos que allí había más gente que en la guerra...

—¡¡Qué barbaridad!! Si parece el metro de Madrid en hora punta—le comenté.

—Sí, bueno, es que este es el hotel de referencia para los participantes en el certamen de mañana, que cuenta con todo tipo de categorías. Ya me habían advertido desde la organización que iba a ser bastante multitudinario, pero nunca imaginé que tanto.

—Madre mía, a ver si esta gente va vestida como para la gala de los Óscar, que esto me huele a alfombra roja—le dije mientras tiraba de mi maleta hacia el hall en el que una enfervorizada muchedumbre se agolpaba.

—No, mujer, tú estás bien te pongas lo que te pongas—me dijo Fabio y su comentario me hizo soltar un “tú sí que sabes” con el que terminó por echarse las manos a la cabeza, mientras negaba.

—Niega, niega todo lo que te dé la gana, pero que sepas que de aquí a nada tú te vas a estar riendo a mandíbula batiente.

De todos modos, con mi comentario disimulé un poco lo mucho que me había molado el suyo, que pareció salirle sin darse apenas cuenta, pero que me hizo albergar esperanzas de que algún día pudiera caer rendido a mis pies, que para algo era yo muy peliculera.

—Lo que tú digas—me comentó resignado mientras me seguía.

Llegamos a recepción y su perfecto inglés hizo que me encandilara todavía más.

—¿Lo que yo te diga? Pues lo que yo te quiero decir es que tienes un piquito de oro, hijo de mi alma...

—¿Tú crees que esto es serio?

—Pues no, ni falta que hace. Te voy a enseñar yo a ti lo que es diversión de la buena.

Pero lo que no fue sería fue la organización del hotel...

—¿Los señores Altamirano? —le preguntó la recepcionista, de lo más convencida.

—Todavía no, pero en breve—le respondí yo y él me miró atónito.

—No, yo soy el señor Altamirano y ella es la señorita Pérez, tenemos reservadas dos habitaciones individuales.

—No puede ser...—le respondió la chica igualmente en inglés y yo comencé a disfrutar con lo que ya se avecinaba.

—Claro que puede ser, yo me apellido Altamirano y ella Pérez, puede verlo en nuestros documentos de identidad—ironizó él.

—Ya, ya... ¿Pero no son ustedes matrimonio? Tenemos reservada una sola habitación con cama doble para ambos. No sé qué está pasando hoy, pero no es el primer error que veo...

Fabio me miró como pensando que aquello era una catástrofe y yo le devolví una sonrisa con unos dedos en “V” que lo dejaron todavía más loco.

—No, ya le he dicho que no, ¿sería posible que alguien arreglara este desaguisado, por favor? —El tono de su voz denotaba enfado.

—Huy, pues yo lo veo complicado, la verdad, con toda esta gente, a ver quién es el guapo que les dice que tienen que esperar hasta que lo nuestro se resuelva—le solté con total parsimonia y noté que a Fabio le estaba dando hasta un gracioso tic en un ojo, que guiñaba sin poder evitarlo.

—Me estoy poniendo un poco histérico—dijo intentando contener el dichoso tic, que ya no era solo Gema quien tenía uno.

—¿Entonces a lo del guiño del ojo no le puedo echar cuenta? —bromeé y el tema fue que el

guiño se le agudizó.

—Bonita, a ti lo mismo te hace gracia, pero para mí es un marrón. Vamos a tener que buscar otro hotel, a estas horas, como esto no se arregle...

—Pues le advierto que eso va a ser como buscar una aguja en un pajar, señor, porque el certamen al que ustedes van a acudir coincide con un importantísimo congreso médico y mucho me temo que no hay habitaciones por ningún lado estos días en la ciudad.

—¡¡Bingo!! —bromeé alzando el puño.

—Lourdes, por lo que más quieras, que me busco la ruina—se quejó él.

—¿La ruina? Oye que tengo veintidós años, me puedo meter en una habitación de hotel con quien quiera, a ver si te crees que voy a parvulario.

—Ya, visto desde ese punto de vista tienes razón, pero...

—¿Pero no hemos dicho que ya nos vamos a dejar de tonterías? Venga y tira ya, hombre...

Cogí la llave de la habitación y lo dejé allí con dos palmos de narices...

—¿Vienes o tengo que avisar a una grúa para que te recojan? Qué leches, me estás poniendo de los nervios...

Y lo que no era de los nervios, me estaba poniendo a secas. Ver su cara de no saber por dónde iba a salir el sol en aquellas circunstancias, me ponía como una moto.

Por su parte, yo pienso que el que mi menda lerenda fuera de todo menos una chica convencional y modosita también llamaba poderosamente su atención, pues lo cierto es que yo intuía que por horas se estaba interesando más en mí.

—Esto no debería trascender, Lourdes, no es nada correcto. Y sobra decir que yo duermo en el suelo, faltaría más...

—Claro, claro, no puede trascender. Como director de una guardería que eres ciertas cosas

podrían hundir tu reputación en la miseria. ¿Te quieres dejar ya de tonterías? Tú eres un hombre y yo una mujer, aquí no hay más...

Le hice un gestillo como aflamencado y él volvió a echarse las manos a la cabeza.

—No es eso, pero no es correcto...

—Desde luego que no sé qué me ha gustado a mí de un tío tan soso como tú, anda que eres como para correrse una juerga—le dije pensando que como volviera a negar con la cabeza o a echarse las manos a ella, le iba a montar un numerito.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —me preguntó con tono decidido.

—¿Y esa es la parte del asunto con la que te has quedado? Porque te recuerdo que te he dicho que me gustas...

—Ya lo he escuchado, ya. Tú estás desmelenada, ¿no? No me ha pasado esto con una alumna en la vida.

—Y dale Perico al torno, como me repitas que soy una alumna, me vuelvo para Madrid y recoge el premio contigo Rita la Cantaora, ¿estamos?

—¿Tampoco puedo decir que eres una alumna? Pues sí que estoy yo apañado.

—Si quieres que te responda no, y otra cosa te voy a decir, date prisa que habrá que cenar...

—Ve preparándote tú y déjame digerir un poco todo esto, anda, que se me está atragantando...

—¿Y se puede saber qué tienes tú que digerir? Si todavía no te he besado ni nada, es más, no pienso hacerlo hasta que no sonrías, *quid pro quo*.

—Estás loca, lo estás, no tienes remedio.

Volvió a sonarme el teléfono y era mi madre de nuevo para saber si había llegado. Le hice una señal para que se callara y él a mí a otra de que descuidara...

—Sí, claro, mamá. Estoy en un hotel fabuloso, con una habitación inmensa para mí sola, luego te mando una panorámica...

Mi madre estaba encantada y yo más viendo la situación, que era de chiste. Me despedí de ella y seguí un poco a la carga.

—Tu suegra que es como tú, un poco cansina, pero que ya te cogerá cariño, ya lo verás. ¿Te gusta el mojo picón? A ella le sale de muerte...

La cara de Fabio no tenía desperdicio.

—Pero vamos a ver, Lourdes, tú dime la verdad, ¿esto es una broma o qué? Seguro que me estás grabando y luego vais a montar todas las imágenes en un vídeo para subir a las redes...

—Tú lo flipas, esta soy yo en normalidad. Si fuera para una cosa de esas, entonces sí que te iba a montar un fandango que no olvidarías... Voy a ducharme.

Entre en la ducha y, una vez que me estaba secando, me puse a cantar la canción de Dani Martín, Emocional “*y dejar a las cosas pasar y que digan su nombre y pensar que lo que hay es verdad y no ponerle nombre...*”

—Lourdes, Lourdes...—me decía él como intentando impedir que siguiera por ahí.

—Ni Lourdes ni leches, capaz eres de no sabértela...

—Pues sí que me la sé, lista, otra cosa es que tenga ganas de cantar.

—¿Y yo soy la lista? Así farda cualquiera, seguro que no tienes ni pajolera idea porque al final un poco aburridillo sí que me vas a salir.

Fabio suspiró y debió tomarse unos segundos para pensar. Cuando ya creí que no había cante que valiera me sorprendió con un “*esperarte bajar siempre tarde es igual porque al verte me muero...*” que me convenció de que se la sabía.

—¡¡Ole el arte!! Ahora me echas ya una sonrisita y de cine, momentazo total....

—Déjame que me arregle yo también, anda—me dijo, con tono condescendiente, pero sin que hubiera suerte.

—Pues te lo advierto, ¿eh? Cada vez te queda menos tiempo y al final la sonrisa va a ser más forzada.

—Pero qué sonrisa ni qué ocho cuartos, Lourdes, no me vuelvas loco, anda...

—No sabes tú muy bien lo loco que te voy a volver, pero ya te enterarás...

—A mí no me amences, anda...

—¿Eso ha sido un principio de broma? Esas cosas se avisan, ¡un médico, necesito un médico, que me da un jamacuco! —Hice como que me daba un infarto y él me indicó con la mirada que no podía ser más payasa.

En un ratito estábamos los dos listos para cenar, enfilando la sublime escalinata de aquel señorial hotel.

—Ahora es cuando deberías tenderme el brazo para bajar, como en las pelis. No le quites glamur al momento...

—Lourdes por Dios, que aquí hay hasta prensa, solo faltaba que se piensen lo que no es y salgamos en todos los medios...

—¿Y qué, tonto? Así adelantamos la exclusiva. Si tú quieres, la voy pactando yo y con lo que me den de más, me compro el coche.

—¿Tú de dónde has salido con tantísimo desparpajo? Si lo sé me traigo a tu compañero, fíjate lo que te digo...

—Pues no creas que con él estabas tampoco a salvo. Ya es cuestión de tu gusto, pero tú mismo...

—¿Tu compañero también pensaba entrarme? Os habéis vuelto todos locos, sois una promoción de auténticos chiflados...

—Un poco solo...

Tras una cena en la que tampoco le di ningún cuartelillo, volvimos a subir al dormitorio y Fabio se dispuso a dormir en el suelo, tal y como había prometido.

—Yo no es por nada, pero la tarima está más dura que un leño y la camita no puede ser más mullida, yo de ti me subía de un salto.

—Sí, hombre, del salto del tigre. Mira, Lourdes, duérmete ya por lo que más quieras, que no sé cómo hemos llegado a esa situación.

—Ha sido el destino y contra ese es mucho mejor no luchar.

Normal que estuviera descolocando a Fabio. Desde que yo había visto algo de luz verde por su parte me había lanzado cuesta abajo y sin frenos... Total, otra situación así no se me iba a dar tan fácilmente.

—Vale, vale, pues no luchemos, pero apaga la luz, por favor...

La apagué y pensé qué posibilidades habría visto días atrás de dormir a un par de metros de aquel hombre. La vida me estaba poniendo en bandeja una oportunidad que yo no estaba dispuesta a desaprovechar. ¿Que igual él pensaba que yo tenía más cara que espalda? Pues vale, pero que el mundo es de los valientes y yo, a medias, no me iba a quedar...

Capítulo 8

—Deberías levantarte ya, que tienes una rueda de prensa—le dije a Fabio mientras hacía unos ejercicios de estiramiento.

—Ya voy, es que no he pegado ojo en toda la noche, no veas si es incómodo el suelo...—se quejó y yo me eché a reír.

—Allá penas, yo te lo advertí. Ahora no me vengas con tonterías.

—Gracias por tu comprensión, oye ¿tú sabes que tu nota de final de grado depende de mí? —Enarcó las cejas y yo me encogí de hombros.

—¿Y tú sabes que yo voy a ser la número uno de promoción? Ea, pues ya tienes la noticia en primicia.

—Le falta seguridad a la niña...

—Sí, y tablas también me faltan...

Bajamos a desayunar y después de cabeza a la rueda de prensa.

—Tú me tienes que esperar fuera, Lourdes, solo los periodistas acreditados pueden entrar—me informé.

—¿Y qué te hace a ti pensar que yo tengo interés en escuchar esas cosas tan aburridas que tienes que decir? No me dieran a mí más tormento que ese...

—Pues también tienes razón, vas a estar mucho más distraída yendo de tiendas o lo que sea que te guste hacer, nos vemos luego.

—¿Y ya está? ¿Nada de nos vemos luego, guapa o algo así? Lo dicho, un soso como un camión de grande.

—Nos vemos luego, guapa—resopló.

Así está mejor y seguro que te viene hasta bien para el estómago, te vas a ahorrar un dinerito en sal de heno.

—La sal de heno me la voy a tener que tomar por tu culpa, que estás como las maracas de Machín.

—Claro, siempre es bueno tener a una Lourditas al lado. Si no, ¿a quién le ibas a echar la culpa?

Fabio entró en la sala de prensa y yo esperé el tiempo suficiente para que se sentara. A continuación, logré burlar al de seguridad y me senté entre los periodistas.

Miré y, ¡¡bingo!! Uno que se había quedado dormido, y eso que la rueda de prensa no había ni empezado. Con cuidadito, retiré la acreditación que pendía con una pinza de su camisa y me la puse yo.

Mucho no es que nos pareciéramos, a decir verdad, porque él se daba más un aire a Don Potato. Gordo y calvo, ese hombre y yo éramos como la noche y el día, pero quién iba a venir a mirar la fotito. Y si alguien lo intentaba, que se preparara para que yo le sacara un ojo con la pinza.

Estaba allí plácidamente sentada esperando que comenzara la rueda de prensa, a salvo de la mirada de Fabio que charlaba con alguno de los directivos del certamen, cuando me llegó un mensaje de Gema.

Ella: “So petarda, ¿cómo te va? ¿Ya tienes fecha de boda? Por aquí todo bien. Por cierto, creo que el bribón de Patricio está enamorado”

Si me dan una patada en el estómago me sienta mejor, porque yo estaba intentando borrar esa cuestión de mi mente hasta mi vuelta.

Yo: “Por aquí todo bien. ¿Y por qué dices que está enamorado? ¿Te ha dicho él algo?”

Ella: “Nada, él no suelta prenda, pero no para de cantar “La Zarzamora” por toda la casa y eso me mosquea”

Yo: “¿La Zarzamora? ¿Pero eso de qué siglo es?”

Ella: “Eso es lo de menos, pero aquí se ve venir boda triple, que yo a mi Adán también lo pienso atrincar en cuanto pueda”

La rueda de prensa comenzó en ese momento y solté el móvil. Lo hice a tiempo, porque como siguiéramos con la conversación de marras, a mí me iban a tener que cortar las diarreas a golpe de gotero.

Uno a uno los compañeros de la prensa (ya me he metido yo como una más) le fueron haciendo preguntas a Fabio sobre su trayectoria profesional.

En un momento dado, cuando apenas quedaban más preguntas, levanté la mano y casi se le salen los ojos como si fuera un búho.

—Señor Altamirano, ¿podría decirnos qué valor le da usted a la sonrisa?

—¿¿Cómo?? ¿Me podría repetir la pregunta?

—Sí, claro...—allá fui yo mientras él tragaba saliva y ganaba algo de tiempo, pues estaba claro que era lo que necesitaba para aguantar las ganas de fulminarme que le habían entrado.

—Bueno, yo creo que la sonrisa es, sin duda, una de las armas más poderosas que los seres humanos tenemos, si no la que más... Sin duda es una gran aliada a la hora de mantener una actitud positiva y, a la larga, es capaz de reportarnos grandes beneficios que los expertos indican que redundan muy positivamente en nuestra salud.

—¿Y en el arte, al que usted representa? ¿Qué podría decirnos de la sonrisa en el arte?

Los ojos de Fabio me indicaban que parara ya si quería salir indemne de esa, pero yo había urdido un plan y estaba más que dispuesta a llevarlo a cabo.

—Bien, pues en el arte—carraspeó—siempre hay sitio para una sonrisa. Y es que una buena sonrisa no solo identifica, que lo hace, sino que recuerda y, a la postre, perdura.

—Me parece una respuesta magnífica, permítame preguntarle entonces que, si para usted una sonrisa tiene tanto valor, fuera y dentro del arte, ¿cómo es posible que nunca le veamos sonreír?

De sobra veía él venir la pregunta, como también la vieron el resto de mis compañeros, algunos de los cuales adoptaron incluso una postura más erguida en sus sillas para escuchar lo que tenía que decir. Por hacerlo, lo hizo hasta el calvo que yo había suplantado, que se echó mano a la camisa sin saber qué había pasado.

—Pues no sabría decirle, ¿de veras piensa usted que nunca sonríó? Quizás no lo haga tan a menudo como otras personas, pero...

—Visto desde fuera le garantizo que nunca, por lo que nos sentiríamos todos muy halagados si tuviera a bien dedicarnos una sonrisa como colofón a esta rueda de prensa, ¿no es así?

Miré a mis “compañeros” y todos asintieron, incluso el calvo, que seguía sin poder decir ni esta boca es mía...

—No sé qué decirles, sinceramente...

—Pues entonces no diga nada y dedíquenos esa sonrisa. —Me lancé a la piscina y pensé que igual me veía en dos días buscando plaza en otra escuela. “Sonríe, te ves más guapo” —le dije por los bajinis mirándole a la cara y finalmente...

¡¡Sonrió!!

Fabio nos dedicó a todos los presentes una amplia y sincera sonrisa que me pareció la más bonita de cuantas había visto en mi vida.

Sin mediar palabra, comencé a aplaudir y el resto de los participantes en la rueda de prensa me siguió. Fue un momento de lo más emocionante, tras lo cual yo no sabía qué me depararía el destino, por lo que simplemente me dediqué a disfrutarlo...

—Ahora es cuando me expulsas de la escuela, ¿no? —le pregunté cuando nos encontramos en el pasillo.

—Ahora es cuando te digo que eres la persona más ingeniosa de cuantas me he encontrado por

el camino—me sorprendió, pues no parecía enfadado, sino más bien todo lo contrario.

—¿Sí? Pues tú lo has querido, lo prometido es deuda...

—Lourdes que...

No le dejé acabar, acerqué mis labios a los suyos y lo besé...

—Lourdes, ¿qué? —le pregunté cuando por fin los separamos.

—Lourdes, esto...—me cogió por el cuello y me besó de un modo todavía más intenso al que yo le había besado a él.

No puedo imaginar un momento de felicidad mayor. Por fin había logrado no solo verlo sonreír, sino que reaccionara, pareciendo volver a una vida que hasta ese momento se negaba a disfrutar...

—Ya esto me va gustando más—le dije invitándolo a que me volviera a besar.

Un beso al que sucedió otro y luego otro más... Y allí nos estuvimos besando hasta que nos indicaron que teníamos que desalojar la sala.

—¿No nos pueden dejar un poco más? —le pregunté al encargado de apagar las luces como temiendo que aquel momento no se repitiera.

—Vámonos...—Fabio me cogió de la mano y llegamos corriendo hasta la calle.

—Eso, eso...

—Pero vamos a ver, bonita, ¿tú qué quieres de mí? —me preguntó volviéndome a dedicar otra sonrisa que me supo a gloria cuando ya estuvimos al aire libre.

—Yo quiero... enseñarte a vivir, que creo que se te ha olvidado un poco—le contesté.

—Un poco sí...—Fabio me dio un abrazo y salimos caminando—. Todavía no puedo creer lo que acabas de hacer, ¿en qué estabas pensando?

—Pues en que, si lograba lo que he logrado, no me importarían las consecuencias que pudiera traerme.

—¿Y si las consecuencias pasaran porque empezaras a gustarme? —me preguntó.

—Pues yo solita me lo habré buscado...

—Entonces, ¿me eximes de toda culpa?

—Si me sonrías cada día, te lo prometo...

Miré al cielo y diría que desde arriba vi a Oliver con su característico pulgar hacia arriba. Él fue quien me dijo eso de “vive” y yo estaba dispuesta a vivir, por encima de cualquier perjuicio o dificultad.

Fabio y yo buscamos un restaurante en el que mitigar el hambre. Después tocaría descansar un rato antes de prepararnos para la gran noche...

Capítulo 9

Sentí que aquel era el almuerzo más emocionante de toda mi vida. Me acordé de mis amigos y de la cara que pondrían cuando supieran lo que se estaba cocinando entre nosotros...

—Todavía no me puedo creer que estemos los dos aquí. —Negaba Fabio con la cabeza.

—¿Cómo? Oye que te recuerdo que fue idea tuya la de traer a un alumno a este viaje y el azar el que quiso que fuera yo la elegida. —Mi gesto era de victoria total.

—¿El azar? Un azar llamado Patricio, que vaya cóctel que formáis los dos... Pero ya sabes que no me refería a eso sino al hecho de que tú y yo...

—De que tú y yo, ¿qué? No vayas a empezar otra vez con el rollito ese de que estas son cosas prohibidas entre profesor y alumna, ¿eh? No me taladres, que cosas más raras se han visto, mira Woody Allen, que se casó con su hijastra...

—Pero no me vayas a comparar a mí con ese personaje, por lo que más quieras te lo pido, que será toda una celebridad, pero que me parece a mí que tiene una buena tormenta en la cabeza.

—Sí, hombre, muy de fácil convivencia no creo que sea el hombre, no como yo, que por cierto te digo que soy un amor.

—¿Me estás dando coba? ¿Tú de dónde has sacado tantas tablas, si es que puede saberse?

—Una, que nació con arte...

—¿Sabes? Me alegra que estés aquí y eso que puedo garantizarte que me has puesto en el aprieto más grande de mi vida delante de un buen puñado de periodistas... Debería estar furioso y, sin embargo, solo tengo ganas de...

—De besarme, ¿me equivoco? Suele pasar, es un efecto que provoco mucho...

—Incorregible, eres incorregible. —Sonrió de nuevo y, en justa correspondencia, volví a besarlo.

—Eso, eso, tú no te cortes...

—Cortarme, ¿qué es eso? Oye que estaba pensando que, esta noche, ya si eso, te eximo de dormir en el suelo, que puedes subir a la cama. —Le guiñé el ojo y él se tapó los suyos con las manos.

—*Vade retro*, no me líes, por Dios bendito, que no soy de piedra y esto...

—Calla, calla, que se me olvidaba, que esto no puede ser. Y aun así va a ser, fijate lo que te digo, pero tú verás...

—Eres una niña a mi lado, ¿te has dado cuenta?

—¡¡Stop!! Por ahí no paso, no soy ninguna niña ni tú ningún abuelo. Tú eres un maromo, lo único que estabas un poco amargado, pero eso ya se ha acabado. Y no quiero escuchar ni una palabra más sobre el asunto o te pongo otra vez contra las cuerdas en la entrega de premios de esta noche.

—Dios me libre, ni se te ocurra, lo que tú digas...

—Bueno, pues ahora habrá que ir a dar una vueltecita por Bruselas, que tú no eres el ombligo del mundo y no todo gira con relación a ti. Después del postre, quiero que me hagas un tour por la ciudad que, seguro que tú la conoces bien, que tienes una pinta de pijito que tiras para atrás.

—Sí, he estado un par de veces, será un placer pasear contigo.

—Pues en cuanto nos tomemos el postre ya estamos dándole a las piernas, que hemos tenido más suerte que un quebrado y el día no puede estar más bueno...

—Te propongo algo, ¿y si alquilamos unas bicis y damos un paseo en ellas? Si es que te gusta pedalear, claro.

—¿Qué si me gusta? Yo soy una Indurain de la vida, chaval, ¿con quién te has creído que estás hablando? La duda ofende...

—Pues nada, dale al postre y luego pedaleamos...

—¿Cómo que le dé yo? El postre hay que compartirlo, no me seas pavisoso, ¿eh?

—No, no, qué va, yo no tomo azúcar...

—Tú no sonrías, tú no tomas azúcar, tú no te diviertes... si no fueras de lo más varonil pensaría que estoy con Victoria Beckham, guapito de cara, pues mira tú por dónde hoy te vas a tomar un postre conmigo.

—No, de veras que...

—¿No me fastidies que tampoco te gusta el chocolate? Porque he visto pasar para allá una tarta de tres chocolates que levanta a un muerto. Venga, ánimo...

—Venga, yo cojo una cucharadita, pero no suelo tomar dulce...

—Pues a no ser que seas diabético, eso va a cambiar, porque ya se sabe eso de que a nadie le amarga un dulce y tú necesitas endulzarte a tope, que te veo muy perdido en la vida, esa es la verdad...

—Tú eres una loquilla, simplemente es que me gusta cuidarme, ¿eso es malo?

—Mira, malo, malo, solo es meterse por el culo un palo—le dije y, de repente, el último sorbo de cerveza que estaba apurando a punto estuvo de aterrizar en mi cara.

—Pero ¿y esa barbaridad? —me preguntó atónito.

—¿Acaso no es verdad? Barbaridades son otras cosas, no me seas tiquismiquis, anda...

Al que no le gustaba el chocolate no tardó en dar buena cuenta de una tarta que era una verdadera delicia...

—Oye, me alegra ver que al final mueves bien el bigote con el chocolate, ya me había entrado el miedo de que fueras vigorético o algo...

—¿Vigorético? No, mujer, es cierto que me gusta mucho cuidarme, pero hasta ahí...

—Sí, sí, es que mi amiga Claudia, de Canarias, salió con uno de esos y no duraron ni dos telediarios.

—¿Y eso? Cuéntame...—Se le veía interés por saber de mis cosas y yo me regodeaba en todos los detalles.

—Que sí, que sí, lo que yo te diga. Que salían a cenar y pedía para ella un botellín de agua y una pechuguita de pollo a la plancha. Y luego la utilizaba para hacer sentadillas mientras estaban haciendo, ya tú me entiendes...—Hice un gestito lujurioso.

—No jodas...

—No, no, los que terminaron sin joder fueron ellos, que un día mi amiga lo dejó en medio de una sesión amorosa y le dijo que se fuera a hacer gárgaras, que ella lo único que quería era un tío normal, que se metiera los musculitos por donde le cupieran...

—No me extraña, menuda pesadilla...

—Eso, eso, de todos modos, vamos a darle a esa bicicleta que tengo que estar divina de la muerte esta noche y me siento la panza como si me hubiera tragado un pavo...

—Créeme que esa panza está muy, pero que muy bien—suspiró.

—Huy, huy, para mí que tú ya me habías echado a mí el ojo. Lo que pasa es que unos tienen la fama y otros cardan la lana, pero me da a mí que sí...

—Mis labios están sellados—me contestó él con gesto picarón.

—Pues yo te voy a comer los labios y hasta el sello...—Me abalancé hacia él y lo besé de tal suerte que una de las patas de su silla estaba “mírame y no me toques” y a punto estuvimos de caernos ambos de espaldas...

—¡¡Cuidado!!

—Salimos en la prensa sin que todavía hayas recibido premio ni nada, te lo digo yo... Mira que si acabamos en la fuente...—señalé a una que había tras él.

—Lo dicho, me vas a buscar la ruina. —A diferencia de los días anteriores, la sonrisa afloró a su rostro al decir aquella frase.

—Sí, sí, menuda ruina, la lotería es lo que te ha tocado chaval. ¿Y cómo lo vamos a hacer?

—¿Hacer qué? De momento voy a ir pidiendo ese postre y luego pagando la cuenta que no me da la vida para pensar más...

—Venga, sí, pide y paga, que esto debe costar un riñón y la vida de estudiante no da para tirar cohetes—bromeé.

Un ratito después nos pusimos de pie y salimos andando. Noté cómo vacilaba y, por enésima vez, me lancé yo a la piscina.

—No te cortes, puedes cogermelo de la mano si eso es lo que te apetece. —Lo miré con descaro.

—Sí, claro que me apetece. —No solo me cogió de la mano, sino que me acercó mucho a él.

De esa guisa, como si fuéramos una pareja de enamorados más de las que iban haciendo turismo por la ciudad, nos dirigimos a una empresa de alquiler de bicicletas que Fabio buscó con su móvil y que estaba cerca de donde nos encontrábamos.

—¿Preparada para hacer turismo? —me dijo cuando estuvimos subidos....

—Preparada. —Me eché a reír...

—¿Se puede saber de qué te ríes tanto? —me preguntó con cierto mosqueo.

—De que pareces la hormiga atómica con el casco ese que me llevas. Yo soy así, me río hasta de mi sombra, así que ve acostumbándote porque tienes tela de faena por delante...

—Tela te voy a dar yo a ti—le escuché reír por los bajinis.

—¿Puedes hablar más alto? Es que no me he enterado y me interesa bastante...

—No sé lo que voy a hacer contigo, definitivamente no lo sé...

—Pues a mí se me ocurren dos o tres ideas, todas sensacionales, por cierto...

Echamos a pedalear y nos dispusimos a ver lo más llamativo de Bruselas. Teníamos aún varias horas por delante antes de que llegara el momento de arreglarnos para la gala y ambos estábamos deseando disfrutar de la tarde juntos.

Por muy bien que yo hubiera podido pensar que se nos iba a dar ese viaje, nunca habría imaginado que tanto.

En cuestión de poquísimos días, yo había pasado de soñar un acercamiento con Fabio a estar en Bruselas para compartir con él una noche importantísima, ¡y encima dando ambos rienda suelta a una pasión desbordante!

Viendo el panorama de la ciudad, enseguida comprobamos por qué Bélgica le hace sombra a Holanda en aquello de ser el país de la bicicleta. Observé que eran muchas las personas que iban allí a trabajar en bici y que también había gran cantidad de padres que tenían habilitadas las suyas para transportar a los niños en este divertido medio de transporte.

Fabio me explicó que eran varias las rutas que podíamos escoger para visitar y, de entre las que me ofreció, no tardé en decantarme por la de los miradores...

—Este es uno de los más icónicos de Bruselas, tenías que verlo—me comentó mientras yo lo miraba embelesada y pensaba que por supuesto, pero que las mejores vistas las tenía en ese momento delante de mí.

—Guauuuuuuuuu, es una preciosidad. —Me di la vuelta y comprobé que tenía toda la razón, que el *Mont des Arts* era digno de ser contemplado.

—Tú también eres una preciosidad, ponte ahí anda. —Me indicó mientras sacaba de la

pequeña mochila que portaba una cámara de fotos.

—Vale, ¿cómo quieres que pose?

—Muy sencillo; sonríe, te vas más guapa. —Hizo un claro guiño a mis palabras...

—Y tú un copión, lo que tienes que hacer es atinar bien y sacarme la foto de mi vida...

Dicho y hecho. No me cupo ninguna duda al ver esa foto de por qué Fabio era un grande de su profesión.

—¿Te parece lo suficientemente buena? —Enarcó una ceja.

—¡¡Es la leche!! Me la tienes que pasar...

—Solo si me das un beso. —Se aventuró a decir y claro, él lo quiso. No le di uno sino un ciento...

—Ahí los llevas...

—Tendremos que mover el culo si quieres ver otros puntos de la ciudad...

—Me planto—le dije con decisión.

—¿Cómo que te plantas?

—Pues que quiero disfrutar ahora mismo de este momento y de este sitio, sin prisas. Prefiero la cantidad a la calidad...

Lo escalonado de la estructura de aquel lugar nos ofrecía unas espectaculares vistas de la ciudad, además estaba rodeado de jardines.

—Ven aquí y quítate los zapatos y los calcetines ya—le dije tirando de su mano.

—Espera loquita, tendremos que llevar con nosotros las bicicletas...

Cada uno tomamos la nuestra y nos dirigimos con ella hacia los jardines, donde nos sentamos relajadamente a disfrutar de uno de los grandes placeres de la vida; el de no hacer absolutamente nada...

Capítulo 10

De vuelta al hotel la situación no podía ser más morbosa. Pese a que Fabio no podía evitar que se le notara lo atraído que ya se sentía por mí, la caballerosidad le podía.

—Dúchate tú antes—me dijo mirando de reojo cuando me quedé en camiseta de algodón y shorts, dada la calefacción del hotel.

—Puedes mirar, ¿eh? Que no estoy en paños menores ni nada...

Me reí internamente pensando en los chicos y en cuando me recomendaban que él me hiciera un reportaje erótico. Si me lo quería cargar en ese momento, no tenía más que proponérselo. Claro que no era precisamente cargármelo lo que yo quería...

—Tira para la ducha, anda, que no respondo...

—¿Quieres venir? Una ducha compartida es la bomba... Venga, no me seas aguafiestas—le propuse desde dentro de aquella maravillosa cabina, que parecía especial...

—Lourdes, calla y dúchate, que me estás haciendo sudar la gota gorda.

Pero no, la gota gorda se la hice sudar cuando salí a la habitación únicamente con una toalla por encima...

—Bonita, yo no sé cómo voy a gestionar esto, te lo digo de verdad.

—Pero ¿tú debes tenerlo todo siempre bajo control? Ainss, qué muermo eres...

Dejé que él se metiera en el cuarto de baño y en ese momento llamaron a la puerta.

—Gentileza del señor Altamirano—me dijo el chico que traía aquella caja.

—¿Cómo?...

—Si no es de su gusto, todavía estaríamos a tiempo de hacer algo.

—Bueno, bueno, ya veremos—le dije sin saber muy bien de qué se trataba y el chico me dirigió una graciosa mirada.

Abrí la caja y saqué aquel precioso y elegante vestido rojo... El que yo llevaba preparado para la ocasión era bonito, pero nada que ver con aquella maravilla de escote palabra de honor y amplia caída, elegante y súper sexy a la vez.

Lo cogí y, sosteniéndolo, me puse a bailar con él por la habitación.

—No sé si será de tu gusto, pero veo que al menos te ha hecho feliz y eso es lo que importa—me dijo mientras me miraba desde el quicio de la puerta, una vez salió de la ducha.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —Le miré encandilada.

—El suficiente para pensar que no sé si esto es o no buena idea, pero que es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo...

—Así se habla, ya vas aprendiendo. Y tú, ¿qué te vas a poner?

—Me probé uno como el tuyo, pero no me favorecía. Al final me temo que voy a ir en esmoquin.

—Muy agudo...

Solo de pensar en lo guapo que iba a estar se me puso la piel de gallina.

—Si necesitas algún complemento para el vestido, solo tienes que bajar a la boutique del hotel y estarán encantados de atenderte.

—Cómo os lo montáis los ricachones... No es necesario, muchas gracias, las sandalias que traía preparadas le van genial. —Las señalé...

—No te muevas...

Fabio sacó su cámara y tomó una maravillosa instantánea en la que yo aparecía agachada,

señalando a las sandalias. Me gustó tanto que le pedí que me la pasara y no tardé en ponerla de perfil de WhatsApp.

Patricio reaccionó *ipso facto* a ella con un mensaje:

“Asquerosa, ya nos estás dando envidia a “las” demás”

Me eché a reír y enseguida me dispuse a decidir cómo recogía mi rubia cabellera. Por suerte, la peluquería y el maquillaje eran otros de mis fuertes, heredado de mi madre. Ella no podía ser más coqueta y a mí me encantaba imitarla desde que no levantaba un palmo del suelo.

A menudo, cuando era niña, mis amigas hacían cola en casa para que las peinara y las maquillara. Mi madre decía que yo era una buscavidas increíble, porque les cobraba un par de euros a cada una, por lo que al final de la tarde reunía una cantidad que para mí era una fortuna. Luego me iba con Oliver a comprar chuches y siempre volvíamos con alguno de sus tebeos favoritos, mientras él me cubría de besos.

Si me hubiera podido ver aquella noche, persiguiendo mis sueños, sin duda que hubiera estado de lo más orgulloso.

Fabio me miraba mientras yo me hacía pruebas delante del espejo que había enfrente de la cama.

—¿Qué haces? —Me volví y le cogí la cara, depositando en ella un buen puñado de besos.

—Mirarte, ¿qué voy a hacer?

—Tú no serás uno de esos artistas raritos y excéntricos, ¿no? —le pregunté con la sonrisa en los labios.

—No, yo solo soy uno de esos artistas que admiran la belleza y de eso tú acumulas mucho.

—Gracias...—Hice una graciosa reverencia y él esbozó otra sonrisa, lo que supuso para mí un premio.

—De nada. —Nueva sonrisa al canto.

—Míralo, si ya le salen solas, ¿ves?

—Sí, se ve que, contra todo pronóstico, esto es como lo de aprender a montar en bicicleta, que nunca se olvida.

—Así es. Y otra cosita para que vayas tomando nota, sabes que te voy a volver loco, ¿verdad?

—Loco me estás volviendo ya, de eso no te quepa ninguna duda...

—No seas bobo, me refiero a loco por mí...

Fabio negó con la cabeza, aunque sus ojos me decían que yo tenía más razón que un santo.

Una hora después salíamos por la puerta exultantes.

—¿Nos vamos? —Me tendió el brazo después de que me hubiera repetido una y mil veces lo preciosa que estaba.

—Nos vamos y que sepas que esta noche nos tenemos que ir de juerga, no te creas que te voy a permitir que sigas siendo un soso y que nos vengamos del tirón al hotel después de la ceremonia.

—¿Salir por la noche? Huy, huy, mira que para eso sí que estoy oxidado. Pero sí, iremos a la fiesta que ofrecen tras la ceremonia, si te parece.

—¿Oxidado? Anda que eres tú la alegría de la huerta, no sé si este negocio me conviene— bromeé.

—Yo tampoco lo sé y no dirás que no te lo he advertido...

La ceremonia fue de dulce y yo no pude emocionarme más cuando le llamaron para subir al escenario. De hecho, vi cómo algunos periodistas me enfocaban por lo mucho que aplaudía. Algunos de ellos se rieron al reconocer en mí a la infiltrada en la rueda de prensa.

Me sentía pletórica y Fabio, tras dar las gracias a todos los asistentes y decir unas bonitas palabras sobre el mundo de la fotografía y del arte en general, me invitó a subir...

—Señoras y señores del público, esta noche tengo el honor de presentarles a una alumna que apunta maneras ya desde las primeras semanas de clase. Su nombre es Lourdes y ha tenido a bien acompañarme hasta esta ciudad en representación de todos sus compañeros. Ella aúna todos los valores de una generación que viene pisando fuerte y que estoy seguro de que hará de la fotografía una filosofía de vida. Lourdes es fresca, vivaz y atrevida... No hay más que verla...

—Bueno, yo... En realidad, no sé si soy todas esas cosas que el profesor Fabio acaba de decir, pero sepan ustedes que tengo el firme propósito de aprender cada día de él y del resto de profesores de nuestra escuela. Y si algún día soy la mitad de buena que cualquiera de ellos, ya me daré por satisfecha.

—Señores, se me había olvidado, también es humilde—dijo y arrancó las risas de los presentes.

Durante los breves minutos que permanecimos en el escenario tuve la oportunidad de comprobar que Fabio no iba de divo ni nada que se le pareciese, pues realmente me ensalzó más a mí que a él.

En definitiva, me enamoró todavía un poco más y, al bajar de nuevo a nuestros asientos, yo ya moría porque aquello acabara y empezara la fiesta.

Dicho esto, a mí me hubiera gustado más podernos escapar los dos por cualquier rincón de Bruselas, pero tengo que reconocer que la organización del evento era brutal y la fiesta posterior prometía.

Fue llegar y tomar conciencia de que no me había equivocado en absoluto. Lo que ya me hizo menos gracia fue la cantidad de mujeres que lo devoraban con la mirada.

—Huy, huy, yo creo que aquí hay mogollón de lagarta suelta, ¿tú les has dicho ya que eres mío? —le pregunté con toda la gracia.

—Qué va, pero ahora mismo se lo digo y de paso me pongo la chapa y todo—señaló como si fuera un perrito.

—Y hasta un chip soy capaz de ponerte, que lo sepas.

Ahí ya no sonrió, sino que se rio abiertamente y el sonido de su risa me dejó hipnotizada.

—¿Y lo dices tú que tienes a todos los hombres de la sala fascinados?

—Pues eso se arregla fácil, nos damos un morreo aquí mismo y les callamos la boca a todos.

—Oye, ¿tú quieres que tu padre me cape? Porque si es eso, vas por buen camino, no te quepa duda...—De nuevo esa venita irónica que tanto me podía.

—Paparruchas, mi padre te terminará queriendo como a un hijo.

—Claro, pero en cuanto me haya capado.

—Esa lo ha querido—le dije y le di un besazo con lengua hasta la campanilla en medio de la fiesta.

—¿¿Cómo?? —Fabio no podía zafarse y yo lo besaba mientras le sonreía a aquella alemana que hablaba cerca de nosotros sin dejar de mirarlo en ningún momento.

—Esa, esa, la que parece que tiene un polvorón en la boca—le dije señalándola con los ojos.

—Ah, esa es Erika, una vieja conocida del mundillo, ni caso...

—Pues tiene toda la cara de una alpargata vieja, a mí que no me mire más así que me está poniendo negra...

A continuación, empezaron a pasar bandejas con todo tipo de vinos y licores. Fabio y yo brindamos por su próspera carrera y por la mía, todavía incipiente...

—Pero no me seas soseras, también por lo nuestro...

—Ok, también por lo nuestro—suspiró.

—Menos mal que estoy logrando meterte en cintura, que si no...

—Es verdad, pero una cosa, cuando lleguemos a España vamos a tener que hacerles una visita a tus padres para explicarles la situación.

—Que sí, don correcto, pero no tengas tú tanta prisa. Se la hacemos en Navidades que es cuando yo tenía pensado ir a tomarme los turrone.

—Pero si para eso falta mucho...

—Hombre, a ver, que yo primero tengo que estar segura, que de momento ni siquiera he probado el material—bromeé.

—Tú eres una cabrilla loca, pero como quieras.

Las bandejas con exquisiteces para picar también se sucedieron, y Fabio y yo comimos a dos carrillos. Después llegó la música...

—No te hagas el tonto, que es hora de bailar—le advertí—. Y no me vayas a decir que de eso hace también mucho tiempo que no...

—No, no te iba a decir eso. Es más, no te iba a decir nada, solo iba a...

No me dejó decir ni una palabra más. Fabio me besó y yo le correspondí. La tal Erika nos miró como si deseara que una legión de dragones escupiera fuego sobre nosotros, aunque la que le hubiera escupido, por descarada, hubiera sido yo.

—Pero esta tía qué es lo que quiere contigo, que me está poniendo de una mala leche impresionante.

—Nada, no quiere nada. Olvídala.

Todavía no había terminado de decir esas palabras cuando se acercó a Fabio.

—Tú y yo tenemos un tema pendiente, no creas que me he olvidado—le dijo en inglés, pues ella no hablaba en castellano.

—Erika, ¿no ves que estoy acompañado? —le recriminó.

—Deberías elegir mejor a tus acompañantes, es guapa, pero demasiado joven...

Mi mirada iracunda no se hizo esperar.

—No como tú que eres fea, y encima se te va ya a pasar el arroz.

Fabio me miró alucinado y la otra tiró millas sin contestarme.

—Pero Lourdes, ¿qué has hecho?

—Ni Lourdes ni nada, a mí no me toca las narices ni Dios, que lo sepas.

Más negra que el sobaco de un grillo, le dije que siguiéramos bailando.

—¿Te gusta la fea? —le pregunté sin disimulo.

—No, mujer, no me gusta...

—Pero parece que tenéis mucha confianza, ¿no? Vamos, me lo ha parecido a mí.

—¿Estás celosa? No me lo puedo creer, estás celosa.

—¿Yo celosa? Vamos hombre tú no sabes lo que son celos...

Un tanto azorada porque ciertamente estaba celosa, en cuanto acabó esa canción, me dispuse a que él supiera lo que eran celos y acepté bailar con un chico que no me quitaba ojo de encima.

Fabio se mordió el labio y miró la escena con calma y con esa educación tan suya, aunque se notaba que el humo le estaba saliendo por las orejas y eso me encantaba.

Un par de canciones aguantó hasta que se acercó hasta nosotros.

—¿Me permites? —le preguntó al otro chico, que de mala gana le cedió el sitio.

—¿Estás celoso? —le pregunté parodiando sus palabras.

—Tú sabes, lo mismo un poco. —Se rio.

Creo que acababa de descubrir que yo era de armas tomar y que mejor reconocer el tema antes de que quisiera enseñarle alguna cosita más al respecto.

Arreglado ese asuntillo, el resto de la noche la pasamos de maravilla. Yo le hacía reír con todo tipo de tonterías y él no podía estar más relajado.

Aunque estábamos reventados, nos dio pena cuando la velada tocó a su fin. Fabio me llevó por la cintura hasta el taxi y durante el trayecto cayó algún que otro beso que el taxista aguantó estoicamente, como si no hubiera visto nada.

—Hoy no te vayas a quedar en el suelo, que al final te vas a hacer polvo la espalda y la culpa va a ser mía—insistí en la idea que ya había apuntado antes cuando llegamos a la habitación.

—No es por la espalda, es porque me apetece mucho dormir abrazado a ti—me dijo en el oído.

—¿Solo abrazado? Mira que la noche es joven y tú y yo podríamos sacarle mucho partido.

—Vamos por pasos, Lourdes, no quiero que parezca que me estoy aprovechando de la situación.

—¿Aprovechándote dices? Más bien sería yo la que me aprovechara de ti, pero si tú lo dices —le solté con todo el descaro.

Fabio me miró incrédulo...

—Palabra que no había conocido nunca a una mujer como tú.

—Ni la conocerás, ¿qué te has creído? Conmigo partieron el molde, como se suele decir. Y hablando de tópicos, yo soy ese tren que tienes que coger sí o sí porque solo te va a pasar una vez en la vida.

—No, si como un tren estás, de eso no me cabe ninguna duda—bromeó.

—Mira, estoy para una sesión de fotos *boudoir* de esas que están en boga.

—Estás para mucho más, créeme, pero no me provoques más por Dios bendito.

Nos metimos en la cama, nos besamos y casi fusionamos nuestros cuerpos, pero sin llegar a ningún contacto íntimo. Fabio necesitaba ir paso a paso y en el fondo yo veía que también era lo mejor. Una cosa es que estuviera loquilla y otra que no supiera apreciar que él no quería un polvo conmigo, allí se estaba fraguando mucho más...

Capítulo 11

Abrazados vimos el amanecer del que iba a ser nuestro último día en Bruselas, pues el miércoles por la mañana pondríamos de nuevo rumbo a Madrid.

—¿Cómo has dormido, bonita? —me preguntó tan pronto como abrí los ojos.

—Yo, perfectamente, no como tú, que te has pasado la noche coceándome...

—Se me olvidó advertirte, es mi sueño inquieto, una anomalía que tengo en los últimos meses. Debe dar gloria dormir conmigo así...

—Bueno, un poco paliza sí que es, que debo tener hasta moretones, pero ha valido la pena por pasar la noche contigo. —Le saqué la lengua.

Nos levantamos con la mejor de las sensaciones y nos dispusimos a bajar a desayunar. Ambos habíamos dormido en ropa interior y nos costaba separar nuestras pieles.

—Nos lo vamos a pasar sensacional hoy también, ya lo verás—me aseguró y a mí no me cupo ninguna duda.

—Pues claro que sí, ¡levanta ya! —Le di un almohadazo y a continuación salí corriendo por todo el dormitorio con Fabio persiguiéndome.

Cuando llegó hasta mí, me cogió en sus brazos y yo le rodeé con mis piernas... Nos besamos con pasión y él acarició el contorno de mi cara con delicadeza.

—Eres encantadora, ¿lo sabes?

—Mis amigos dicen que algunas veces lo soy, pero de serpientes, ten cuidado. —Hice como que le picaba.

—No lo creo, eres la persona más pura que me he encontrado en la vida. Sé que me voy a enamorar perdidamente de ti...

—¿Ah, pero no lo estabas ya? —le pregunté riendo a mandíbula batiente.

—Un poco sí, tienes razón. Pero sé que me voy a enamorar mucho más porque solo de pensar en llegar a Madrid y dejar esta habitación que compartimos, ya te echo de menos.

—Ains, no sigas así, que te como...

Salimos a la calle y desayunamos con total tranquilidad, mirándonos felices.

—Mira que eres bonita, te imagino posando de mil maneras—me dijo.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer en cuanto lleguemos a Madrid, coger la cámara y hacerme un buen reportaje.

—Ya he visto que posas bien, será todo un placer.

—¿En serio me lo dices? El placer es mío, no todos los días la fotografía a una uno de los grandes del mundillo. Claro que, si ya somos novios, la cosa cambia. —Torció el rostro y él me miró embelesado.

—Sí, somos novios. Y te haré uno o un millón de reportajes, los que tú quieras.

—Un millón está mejor, pero podemos empezar por uno...

Cogidos por la cintura y, dando una vuelta, nos fuimos a ver ese par de exposiciones por las que él mostraba tanto interés y sobre las que me estuvo dando uno y mil detalles.

Al salir me invitó a almorzar en un selecto restaurante en el que volvimos a compartir risas, platos y postres. Esta vez no se resistió al dulce.

—Yo te voy a ayudar a recuperar a tu hijo—le espeté cuando estábamos degustando aquella deliciosa tarta.

—Bonita, esa es una batalla muy ardua. Tú no sabes cómo es Romina...

—Pues mira no, no tengo ni idea de cómo será Romina. Y la verdad, no me interesa tenerla.

Pero sí voy sabiendo cómo eres tú y, ¿sabes qué? Que no me parece que seas de los que tiran la toalla a las primeras de cambio.

—Nadie ha hablado de tirar la toalla, lo que pasa es que no quiero que Marco sufra.

—¿Y por qué iba a sufrir Marco?

—Porque cuando nos separamos ella inició una contienda legal de padre y muy señor mío y metió al niño a tope en ella. Psicólogos arriba y psicólogos abajo, lo tuvo como un panderetillo de brujas.

—¿Eso hizo? Hace falta ser mala madre...

—Yo nunca lo hubiera pensado, pero en la separación no miró nada.

—¿Hubo terceras personas? Es que igual cuando pasa eso se pierden los estribos, ¿no tendrías tú a alguien por ahí?

—Para nada, yo no soy de esos, pequeña. Otras faltas tendré, pero soy un hombre fiel.

—Claro, eso decís todos, qué vas a decir tú...—bromeé queriéndole creer por la parte que ahora me tocaba.

—Lo que tú me has preguntado, yo no llevo un cartel de “soy fiel” en la frente, pero si me preguntas, te contesto, ¿no se trata de que empecemos a conocernos?

—¿Y entonces? ¿Fue ella la que se buscó a otro?

—En aquel momento, no, la verdad. O al menos que yo supiera. Ya con el tiempo sí se encargó de hacerme saber que tenía pareja, e incluso de decirle a mi hijo que él era su “papi” también, pero mientras estuvo conmigo me parece que no sacó los pies del tiesto.

Me gustó su sinceridad, pues no aprovechó para atacar gratuitamente a Romina como hubieran hecho otras personas para arrimar el ascua a su sardina. Fabio parecía llamar a las cosas por su nombre y abordarlas en su justa dimensión.

—¿Y entonces? ¿Qué pasó?

—Pienso que simplemente se cansó de mí. Romina es un tanto caprichosa y, cuando logra lo que quiere, a menudo se cansa con facilidad. Ella quería volver a su tierra, a San Sebastián, no se adaptaba a Madrid, siempre decía que no le gustaba nuestra vida.

—Y se fue, llevándose a Marco...

—Sí, yo tenía la escuela en Madrid, me iba de fábula, había luchado encarnizadamente por levantarla y, cuando todo iba sobre ruedas, ella me pidió que lo tirara todo por la borda. Y me dijo que, de no hacerlo, me acordaría para los restos, que apartaría a Marco de mi lado.

—Eso es lo que en mi tierra se llama un chantaje puro y duro, tú no podías ceder, lo entiendo.

—No, porque además tenía muy claro que, si cedía, no sería la última vez que ella aprovecharía para utilizarme como su particular saco de boxeo y para descargar en mí la frustración que parecía empezar a sentir por la vida.

—Qué situación, no te la envidio, ¿eh?

—No, no y mira que incluso llegó un momento en el que me puso tan en la punta de la picota que a punto estuve de ceder, por mi Marco, al que quiero con todo mi corazón.

—Pero lo único que le hubieras demostrado de haber cedido es que eras un pusilánime y eso no mola mucho, la verdad.

—No, no mola y antes muerto que darle a mi hijo un ejemplo así de debilidad, aunque ahora no sé ni qué concepto debe tener de mí...

—Pues el de que eres una versión a imitar, seguro que sí...

—No creas, entre su madre y el novio de esta le han comido mucho el coco, lo noto cuando hablo con él. Ya no me coge el teléfono con la misma ilusión ni me cuenta sus cosas como antes. A veces tengo la impresión de que, poco a poco, se está olvidando de mí.

—¿Olvidándose de ti, dices? Pues que sepas que a partir de ahora nos va a tener hasta en la

sopa...

—No es tan fácil, ya te digo que su madre siempre me está poniendo excusas para no dejarme verlo.

—Pues dile que se va a armar de nuevo la de Troya en los tribunales y ya verás cómo va aflojando. Aprovecha que ahora, si tiene nuevo novio, igual conseguimos tocarle la fibra sensible, a bien que él le estará tocando otras cosas—ironicé.

—¿Fibra sensible? Tú no conoces a Romina...

—Ni ella me conoce a mí...

—Pero es que, además, ya te lo he dicho, yo no quiero que mi niño se vea nuevamente delante de un juez...

—¿Qué te juegas a que eso no pasa? Una cosa es que le adviertas de que estás dispuesto a luchar y otra muy distinta que de verdad llegue la sangre al río. Muéstrate contundente, pero dale también una de cal y otra de arena, así la vas a desconcertar.

—Sí, quizás tengas razón. Por miedo a que mi hijo sufra soy yo siempre el que cedo...

—Y ella te ha cogido el pan debajo del sobaco, que se dice...

—Bueno, algo así. —Sonrió por mi manera coloquial de hablar.

—Pues ha llegado el momento de darle con el pan en toda la cabeza. Dile que en dos fines de semana vamos a ir a San Sebastián y que tiene que dejarte al niño.

—¿Vamos...?

—Hombre claro, ¿tú qué te has creído? Yo no voy a dejar que semejante bombonazo vaya solo por el mundo, hasta ahí podía llegar la broma.

Le guiñé el ojo y salimos andando, después de que él volviera a pagar una cuenta que debía ser astronómica.

Estábamos llegando a la habitación del hotel, para descansar un poco antes de afrontar nuestra última tarde en Bruselas, cuando le llegó un mensaje a su móvil.

—Bonita, me vas a tener que disculpar, pero debo salir un rato...—Su cara se tiñó de color y los mofletes parecía que le iban a estallar.

—¡¡¿¿Pero adónde vas??!!

—Tengo que atender un asunto urgente, luego te lo explico...

—Espera, que voy contigo.

—No, por favor, es privado...

Me quedé un tanto cortada viendo cómo salía por la puerta de la habitación y me senté en el filo de la cama. ¿Qué sería eso tan urgente que debía atender?

Yo tenía culillo de mal asiento y no me veía con fuerzas para quedarme allí de brazos cruzados. Además, tampoco podía evitar ser un poquito mal pensada, ¿qué conocía yo realmente de Fabio aparte de lo que él me hubiera querido contar?

Ni corta ni perezosa, salí detrás de él. Vi que tomaba un taxi y, sin que él se percatara de mi presencia, tome otro y le dije al taxista que siguiera a su compañero.

Al llegar a una pastelería de postín, en un barrio que parecía de lo más adinerado, él se bajó del suyo. Lo que vi no me gustó nada y le dije al taxista que se esperara, sin llegar a bajarme. No me iba a quedar allí mientras él había ido corriendo, como un perrito faldero, en cuanto Erika le había mandado aquel mensaje. No en esta vida y es que sí, había quedado con ella.

De vuelta al hotel no pude reprimir las lágrimas. Maldita sea, demasiado bien me estaban saliendo las cosas. Menos mal que a él no le gustaba, que si le llega a gustar...

Y menos mal también que no era infiel, cuando todavía no habíamos empezado y ya me la estaba dando con queso. Normal que fuera un asunto íntimo, al menos en eso había tenido vergüenza, porque si me llega a invitar a semejante fiesta le cruzo la cara allí mismo.

—Patricio—le dije llorando mientras escuchaba su voz a través del teléfono...

—Dime reina, ¿por qué lloras? ¿No te han salido las cosas con Fabio? Ay, Dios, Lourditas, dime algo...

—¿Tú no tenías un amigo que estaba de Erasmus aquí en Bruselas?

—Sí, cariño, ¿lo necesitas?

—Sí, dame su dirección y dile que necesito asilo político por una noche, *please*.

—Eso está hecho, pero mañana te vienes como una bala y me cuentas...

—No te quepa duda, os necesito a ti y a Gemita.

—Ok, prepararemos las mantitas del sofá y litros y litros de helado de chocolate, mi niña.

Capítulo 12

En casa de Vicente, el amigo de Patricio, me negué en rotundo a volver a cogerle el teléfono a Fabio.

Ese gusano miserable me las iba a pagar. Vicente era también gay y tenía tal arte que logró hacerme reír varias veces antes de irnos a dormir.

—¿Y dices que la tía tiene toda la cara de una alpargata? Pues que Dios le conserve la vista al tal Fabio, porque tú estás como un queso. Andando yo te iba a cambiar a ti por ella si no fuera porque me gusta más un...

—Me lo puedes ahorrar, de veras que ya me hago cargo de lo que te gusta, Vicente...

—Hombre, y tanto que te puedes hacer cargo, porque es lo mismito que te gusta a ti. Cosa distinta es que nosotros nos tengamos que aguantar con un cerdo entero para comernos un buen chorizo, de eso nada... Antes muerto.

—Claro, claro...

—Y anda que no es pesadito el menda, bloquéalo ya o déjame que yo le diga las verdades del barquero. Qué locura, me va hasta a desalinearse las chacras, le voy a tener que pedir una indemnización por daños y perjuicios. No para de sonar el dichoso teléfono.

—Venga, pues si se la sacas, vamos a medias...

—Te refieres a la indemnización, ¿no? Porque sacarle lo otro te es a ti más sencillo que a mí...

—Eres un demonio, vámonos a dormir ya. Bueno a intentarlo, porque a ver quién es la guapa que pega un ojo con semejante disgusto...

—Huy, pues tienes que intentarlo, porque si no mañana vas a estar hecha unos zorros, menudas bolsas en los ojos que me vas a llevar...

—Una zorra es la alemana esa y él un zorro también y de la peor calaña. Y pensar que he sido tan tonta que estaba dispuesta a ayudarle a tope con lo de su niño y todo. Menuda idiota...

—Pues nada, que lo parta un rayo, nena... Tú a lucir tu mejor sonrisa mañana en el aeropuerto y él que vuelva a estar más serio que un plato de habas, que ese tío no merece ni agua, por lo que me estás contando.

La estancia allí de Vicente había sido providencial e incluso él me acompañó al día siguiente al aeropuerto, cosa que le agradecí. Yo ya tenía todas mis pertenencias conmigo, porque las había recogido la tarde anterior en cuanto hablé con Patricio.

Me despedí de Vicente y, minutos después, me encontré con Fabio, como era de esperar.

—Pero Lourdes, por Dios, ¿se puede saber dónde te habías metido? Te prometo que estaba desesperado, anoche visité comisarías y hospitales, he estado horas en danza...

—Serás patético, en danza sí que has estado. O, mejor dicho, lo habrá estado Erika, que seguro que ha bailado la danza del vientre para ti...

—No me lo creo... ¿Me seguiste?

—Eso, eso, ahora acúsame de ser una celosa patológica, una loca o lo que te dé la gana, cuando lo único cierto es que ya me estás poniendo los cuernos... ¡¡menudo récord!!

—Pero ¿qué cuernos, preciosa?

—No, habéis estado rezando toda la noche a Santa Rita, Rita, por eso de lo que se da no se quita... Que, por cierto, lo que os habréis dado vosotros es un buen lote...

—Lourdes, para el carro. Es cierto que Erika tiene fijación conmigo, pero lo que nosotros teníamos pendiente no era un polvo, sino la entrega de un informe—sentenció.

—¿Cómo la entrega de un informe? Oye a mí no me hagas comulgar con ruedas de molino que va a ser todavía peor, ¿eh? Yo prefiero digerir las cosas en su momento y no aplazarlas.

—Pues déjate de darte malos ratos. Erika no solo es fotógrafa, también es periodista de investigación y hace un tiempo me advirtió de que en su redacción estaban investigando a la empresa que dirige el novio de Romina por unos asuntos turbios.

—¿Algo que podría ayudarte con Marco?

—¡Bingo!

—¿Y por qué no me lo contaste ayer cuando estuvimos hablando del tema? Joder, pues sí que eres reservado.

—Porque no teníamos todavía la confirmación y no podía echarle mierda a una persona que quizás fuera inocente, no es mi estilo. Yo soy más prudente que eso.

—Pues por reservado y prudente casi te quedas sin novia, que lo sepas. ¿Al menos has logrado algo?

—Sí, parece ser que Gonzalo, que así se llama el pájaro de cuenta, está metido en mierda hasta el pescuezo. Y eso me da un buen hilo del que tirar...

—¿Un buen hilo? Si te llego a atrincar yo anoche te ahorco con una soga, fijate lo que te digo.

—Palabra que me das miedo cuando te pones así. ¿Querrás seguir ayudándome con lo de Marco?

—Si te portas como es debido, probablemente sí... Pero como vuelvas a dejarte parcelas así para ti solito, yo cojo la puerta y te digo que me olvides, como los de Pimpinela.

—¿Tú conoces a Pimpinela? Pero si eres muy joven...

—Tu suegra es la fan número uno de ellos, así que ya verás. He crecido con sus peleas.

—“Mi suegra”, suena bien...

—Suena bien porque no se ha enterado de la movida esta que, de otro modo, ya te diría yo como te hubiera sonado. Mi madre te llama y te pone vestido de limpio en menos de lo que canta

un gallo.

—Yo te voy a cuidar siempre, bonita. No será necesario que nadie me tire de las orejas...

—A ver ese informe, que lo vean mis ojos y quizás así me convenza de que debo darte otra oportunidad.

—¿Otra oportunidad? Pero si yo no he hecho nada...

—Pues eso, imagínate si llegas a hacerlo.

Cogí el informe y vi que el tal Gonzalo tenía más peligro que Al Capone. Ese no era precisamente de los que se ganaba el pan con el sudor de su frente.

—¿Convencida ya? —me preguntó cuando vio cómo resoplaba.

—Madre mía que me estoy emparentando con la mafia y yo sin saberlo. Convencida, pero si eres capaz, me vuelves a ocultar información en otra ocasión.

—No seré capaz, no...

Se echó a reír y me abrazó.

—No puedes imaginarte lo que supuso para mí anoche pensar que te había perdido, me estoy ilusionando tanto... Hacía mucho, mucho tiempo que este no latía así. —Llevó mi mano a su pecho y comprobé que latía con fuerza.

—Venga, venga, te perdono. Pero de esta semana no pasa que me hagas ese reportaje de fotos, que tengo que fardar delante de mis amigos.

—Lo que quieras...

—Y otra cosa, yo he estado pensando y a mí no me vayas a pretender ocultar en la escuela. Si somos novios, somos novios...

—Jamás trataría de ocultar a un tesoro como tú, Lourdes, cualquier hombre querría presumir

de llevarte a su lado y yo el primero.

—Así se habla, sí señor, por ahí vas ganando puntos, venga sigue haciéndome la pelota.

—Eso sí, tus compañeros van a tildarte de enchufada...

—Sí, pero ya les demostraré yo que no apruebo por la gorra, menuda soy...

Llegamos a Madrid a primera hora de la tarde. Fabio me dejó en mi casa, con la ilusión de volver a vernos al día siguiente por la mañana.

—Y no olvides que el viernes tenemos sesión de fotos—le recordé mientras dejaba de nuevo el sabor de mis labios en los suyos.

—¿Cómo podría olvidarme? Tú eres mi musa, pequeña. Lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Desde el portal me volví para mirarlo y allí seguía en el asiento del piloto, mirándose a baba caída. Le lancé un último beso desde lejos y subí volando para abrazar a mis compañeros.

—¡¡Rata de dos patas, culebra ponzoñosa!! —escuché que Gema le decía a Patricio.

—¿Y qué hubieras hecho tú en mi lugar? Yo estoy enamorado de él y para ti solo parece ser un capricho.

—¿Un capricho? Tú hoy te vas chocado para el hospital, te lo advierto.

—Pero ¿se puede saber qué está pasando aquí? —les pregunté cuando abrí la puerta.

—¡Hola, Lourdes! Pregúntale a la culebra esta robaamores que tenemos por compañero de piso, que me da hasta náuseas mirarlo.

—Gema, por Dios, contén esa lengua. Tú tienes que entender que Patricio también...

—Espera, espera, espera... si lo estás defendiendo es porque ya sabes lo que tengo que contarte, ¿o me equivoco?

—Si lo sé, Gema y sé que puede dolerte, pero tú también tienes que entender que...—reiteré.

—Yo lo único que tengo que entender es que sois tal para cual, por mí como si os cagáis encima. De un tío todavía podía esperar algo así, Lourdes, pero de una amiga... Yo nunca te lo hubiera hecho. —Se encerró en su cuarto y dio un portazo.

—Madre mía parece un anuncio de esos de perros abandonados—se quejó Patricio cariacontecido.

—Te dije que tenías que confesar, ¿cómo te ha pillado?

—Por lo visto nos vieron anoche y alguien le ha venido con el cuento.

—¿Alguien? No se me ocurre quién ha podido querer meter cizaña así, a no ser que...—Se me iluminó la bombillita de repente.

—Pues sí, ha sido Irene. ¿Pasa algo? —contestó Gema desde dentro.

—¿Irene? Será vil...

—Sí, sí, no como vosotros, que me habéis demostrado ser unos amigos de esos para toda la vida... Que os zurzan, me voy.

—¿Dónde vas? No entiendo nada...

—Tu lío con el profesor te ha dejado más enajenada de lo que yo pensaba. Me voy al piso de Irene, se les ha quedado una habitación vacía.

—Y la otra en breve, cualquiera vive con ese mal bicho.

—Pues prefiero vivir con un bicho que se vea venir que no con dos moscas muertas traicioneras como vosotros.

Dio un nuevo portazo y esta vez casi nos perfora los tímpanos. Después salió con su maleta, tipo peli americana cuando la protagonista huye con una rabieta y se esfumó por las escaleras...

Capítulo 13

El jueves por la mañana la escuela estaba de lo más revuelta. Por un lado, Gema e Irene parecían haberse hecho de lo más amiguis. Y por otro, la cara del personal en general, cuando nos vieron a Fabio y a mí de la mano, no tuvo precio.

—Antes de que comiencen las especulaciones quiero informaros de primera mano de que vuestra compañera Lourdes y yo tenemos una relación—le dijo Fabio al resto de los alumnos una vez en el aula.

—Pues sí que se os ha dado de sí el viajecito—comentó Irene.

—Irene, no voy a permitir comentarios sarcásticos en esta escuela. Si alguien no está de acuerdo con la situación, no tiene más que salir por esa puerta y los honorarios pagados hasta el momento le serán devueltos.

—Acabáramos y ahora encima nos quiere perder de vista para que no boicoteemos su “relación”. —Irene entrecomilló con los dedos en el aire y Fabio la miró con cara de pocos amigos.

—Irene, solo lo voy a decir una vez y espero que con ello podamos dar esta polémica por zanjada. Esto no es el “Sálvame” de las escuelas ni nada parecido. Si quieres dar juego, hay muchos *realitys* a los que puedes acudir. Seguro que en más de uno te hacen un hueco...

—Yo no me voy a ningún lado, Fabio y tú deberías reconocer que esto no es precisamente lo que nuestros padres esperan de ti. Más de uno se va a llevar una sorpresa.

—Irene, que yo sepa, Lourdes es mayor de edad, igual que el resto de mis alumnos. Si lo que estás insinuando es que soy un asaltacunas, te vuelvo a invitar a que te marches. Y quizás deberías pensar si tendrías el mismo concepto de mí de haber estado contigo y no con tu compañera.

Zasca en toda la boca para la engreída mayor del año. Pero a mí no era eso lo que me dolía, pues de ella no podía extrañarme nada. A mí lo que me dolía era ver lo distante que estaba Gema, que incluso nos había negado el saludo a Patricio y a mí.

—Espero que al menos te haya valido la pena, almendruco, porque hay que ver la que has liado—le comenté a la hora del descanso.

—Sí, sí, si yo te contara... Qué asaltos, fíjate cómo serán que he tenido hasta que pedir hora para el fisio.

—Qué burrada, mejor no me cuentes esas cosas.

—Claro, claro, como tú eres tan modosita... Y qué me cuentas de Fabio, ¿empotra o no empotra?

—Pues todavía no lo he probado, pero yo juraría que sí...

—Hija mía, qué pérdida de tiempo de viaje. Me tenía que haber ido yo con él y entonces sí que hubiera chillado...

El viernes, las aguas seguían igual de revueltas con Gema, pero yo estaba ensimismada con la idea de que Fabio me hiciera el reportaje prometido, al punto que ese día me salté las clases.

Caímos por fin en Torrelaguna, un pequeño pueblo al norte de la comunidad de Madrid, a unos 70 kilómetros. Digo al fin porque un accidente a mitad de camino, en el que se vieron involucrados tres coches, nos obligaron a estar parados en aquel punto más de una hora.

Uno de los vehículos se había quedado atravesado en la carretera, provocando un embotellamiento tremendo que no se disolvió hasta mucho después de que la Guardia Civil se personase para redactar el informe.

A pesar de lo aparatoso que parecía el asunto, no hubo heridos de gravedad. O al menos eso fue lo que me pareció a mí cuando llegó la ambulancia. Tan solo se llevó a una persona y esta se subió por su propio pie.

Fabio no se inmutó ni lo más mínimo ante todo aquello, pero a esta que está aquí le había dejado muy mal cuerpo. Aunque la situación hubiera sido diferente, me hizo recordar el percance en moto de mi amiga Rosa, ocurrido cinco años atrás, que casi le cuesta la vida.

La vida no la perdió, pero todas sus ilusiones se fueron de golpe al garete al quedar

tetraplégica, postrada para siempre en una silla de ruedas. Los pensamientos me fueron saliendo en voz alta en esos momentos a la espera de poder continuar la marcha.

—¿Y no tiene posibilidad de mejorar nada en un futuro? —me preguntó Fabio—. Quiero decir... alguna operación... algo.

—Nada. La operaron sobre la marcha y los médicos hicieron cuanto pudieron por ella, pero fueron bastante claros en ese sentido. Los daños en la columna eran irreversibles.

—Vaya tela. Está visto que todos tenemos el destino marcado desde el día en que nacemos.

—Lo mismo pienso yo. Que me lo digan a mí...

El recuerdo del accidente de Rosa dio lugar en mi pensamiento a la muerte de mi hermano, a raíz de ese último comentario de Fabio sobre los destinos marcados. Es más, el haber aterrizado en Torrelaguna tenía cierta conexión con él.

Cuando mi novio me había dado la opción de escoger el lugar donde hacerme la sesión de fotos, elegí aquel pueblo rodeado de campo porque me recordaba bastante a un rinconcito de mi localidad donde solían llevarnos mis padres a pasar los domingos.

La diferencia es que en Torrelaguna había un pequeño río y en aquel otro de mi niñez, no. Serían aproximadamente las once de la mañana cuando llegamos al pueblo, por lo que entramos en un bar a desayunar antes de ponernos en marcha para cumplir con el objetivo que nos había llevado hasta allí.

—¿Sabes? Hace un par de años estuve por aquí con un grupo de amigos —me soltó de golpe.

—¿En serio? —pregunté con cierto asombro.

—Y tanto que sí. ¿Acaso me has visto titubear a la hora de coger la carretera?

—Tienes razón.

—Te digo más. Mi colega Alejandro vive en Patones, otro pueblecito a unos 6 o 7 kilómetros de aquí.

Al terminar el desayuno volvimos al coche para recoger la cámara y los mochilones con las jarapas y los bocatas. Incluso un par de sillas de playa habíamos metido en el maletero, y es que, ya puestos, pensábamos pasar el día en aquel idílico paraje natural, pues el día no estaba demasiado frío.

La idea la había tenido yo, que cada día junto a él se me hacía corto y nunca sabía cómo prolongar el tiempo a su lado. En aquel caso tenía la excusa perfecta y bien que la aproveché. Por suerte, no tuve que insistirle para nada cuando le hice el planteamiento.

Al contrario, pareció encantado con mi propuesta. Eso sí, se calló como una perra y no me comentó nada entonces de que conociera aquellos lares. Pero sí que los conocía, sí...

—¿No traes más calzado que ese? —me preguntó mientras bajábamos por un estrecho sendero de arena que conducía hacia el río.

—No. ¿Por qué?

—Has hecho mal poniéndote esos escaarpines de goma.

No hice más preguntas entonces, pero pronto descubrí lo que quería decir. Aunque aquel caminito desembocaba directamente en el río, para poder asentarnos tendríamos que atravesarlo hasta la otra orilla.

Apenas nos separaban de ella cinco o seis metros, pero según metí los pies en él, me di cuenta de que la cosa no era tan sencilla como parecía. Los cantos al fondo del agua hacían que te resbalases que daba gusto. Además, la corriente se había empeñado en arrastrar mis escaarpines río abajo.

Era angustioso. Me costaba mantener el equilibrio sin ningún punto de apoyo, sin nada a lo que agarrarme. Para colmo, el peso de la mochila y mi silla bajo el brazo no hacían más que entorpecer mis movimientos.

De hecho, cuando ya me encontraba a un metro más o menos de mi meta, pudo más la fuerza de la corriente que la de mis dedos de los pies encorvados aferrándose a los escaarpines, pugnando por no perderlos. Vi de repente cómo el derecho se alejaba a toda pastilla diciéndome adiós.

En un acto reflejo, quise cogerlo, pero ya era tarde y fue peor el remedio que la enfermedad. Con el brusco giro y la inclinación de mi cuerpo al tratar de agacharme, lo único que conseguí fue perder finalmente el equilibrio y caer de espaldas al agua.

Tal cual. Menos mal que pegué un culetazo y Fabio, que venía pegadito a mí por detrás, me rodeó rápidamente por la cintura con su único brazo libre y logró enderezarme antes de que mi mochila se empapase.

Que se me echaran a perder los bocadillos que llevaba dentro habría sido lo de menos, pero que se me hubiesen “ahogado” el móvil y la cartera me hubiese hecho ya menos gracia.

Mi silla también había salido despedida con la caída, aunque se quedó atascada contra unos pedruscos en un recodo pocos metros más allá y mi fotógrafo pudo rescatarla.

Después del “susto” inicial, dejamos las cosas en aquel terraplén rodeado de árboles y comenzamos nuestra sesión. Aunque no me considero físicamente un portento, he de decir que me sentía como una verdadera top model posando por aquí y por allá, siguiendo siempre sus indicaciones. Me sentía feliz.

—Levanta un poco más esa pierna, Lourdes.

—¿Así?

—No. Un pelín más, mujer. Flexiona más la rodilla. Y ladea ligeramente la cabeza hacia la izquierda...

Creo que no quedó aquella mañana ni un solo tronco de árbol en las inmediaciones sobre el que no me recostase o no abrazase desde atrás para ser fotografiada bajo distintos planos de luz. Fabio también estaba en su salsa.

Se le veía disfrutando como un enano, a la búsqueda de los rincones más atractivos del entorno. De todas las de aquel *book*, la foto que más me gusta es una que me hizo sentada junto a la orilla, con los tobillos metidos en el agua y una pamelita de paja en la cabeza.

En ella, tengo el cuello un poco girado hacia un lado, la mirada perdida y se supone que debía

tener la mente en blanco. La realidad era muy distinta a la teoría. En esos momentos, mi pensamiento se enfocaba en una ilusión... Para mí, estaba pasando una jornada dominical cualquiera junto a mi novio.

De todas maneras, el resultado de la foto fue espectacular. Es lo que tiene el enamoramiento, imagino. Pero no puedo atribuirme todo el mérito. Fabio era un auténtico profesional y eso se veía a leguas en aquella foto en la que supo jugar bien con los contrastes, los colores, la luz solar, el desenfoque del fondo...todo.

En esa y en las demás, claro. Como decía antes, yo también me lo estaba pasando pipa, aunque he de reconocer que en un momento dado me puso en un aprieto cuando se le antojó fotografiarme en la cumbre de un altísimo peñasco.

No sé cuánto mediría aquello, pero la escalada se me hizo eterna. Peor aún resultó el descenso. Ahí sí que llegué a pensar que pegaría un resbalón y que me caería al agua, pero ya con todas las de la ley. No sabía dónde agarrarme ni quería mirar hacia abajo para que no me entrase el vértigo.

—¡Qué exagerada eres! —exclamó Fabio una vez que me vi en tierra firme.

—¡Oye, guapo!, se nota que nos has sido tú el que ha tenido que subirse. Y encima con los pies descalzos —le contesté.

—¿Quieres ver cuánto tardo en llegar hasta ahí arriba?

—¡Serás capaz!

Y tanto que lo fue. Mi acompañante salió disparado hacia aquel montículo rocoso y fue subiendo por él como los lince. No contento, cuando llegó a la cima, extendió los brazos y puso los dedos en “V” como señal de victoria. Le pedí que no se moviera y aproveché para coger su cámara e inmortalizarle allá en lo alto.

—¿Ya, señorita? —gritó.

—¡Ya! ¡Baja cuando quieras! Te he hecho cuatro o cinco fotos súper chulas.

—Pon la cámara en modo de grabación —pidió.

—¿De grabación?

—¡Sí!, ¡de grabación!

No entendía lo que pretendía, pero le hice caso y comencé a grabar. Justo en ese momento, Fabio extendió los brazos hacia delante juntando las palmas y, al grito de ¡allá voy!, saltó al agua.

No sé lo que me entró en ese instante. Por un segundo, pensé que se abriría la cabeza contra las piedras del fondo, pero mi acompañante, según se sumergió en el río, salió a flote chillando.

—¡Yujuuuuuu! ¡Está fresquita! ¿Tú no te animas o qué?

—¿Yo? ¡Ni de coña, vamos! Antes muerta...

Lo que para él era fresquita, para mí era helada, cosa que ya había comprobado primero al caerme de culo cuando llegamos y luego con los pies metidos en la orilla mientras me hacía aquella foto a la que me refería antes.

Terminada la sesión, comimos plácidamente y acabé claudicando más tarde, metiéndome con él en el agua. Me moría de frío, porque ya no era tiempo de baños, pero... En conjunto, fue un día maravilloso que no olvidaré mientras viva...

Capítulo 14

Aquel, sin duda, había sido un día de fiesta. Un día en el que yo me salté las clases, pero solo en teoría, pues al lado de Fabio (que no trabajaba los viernes), aprendí tela marinera.

Y no solo aprendí de fotografía, que también, sino de él. El hombre que estaba delante de mí poco tenía ya que ver con el que yo había conocido semanas atrás... Este se había convertido en un Fabio sonriente y comunicativo al que yo estaba ya deseando devorar vivo.

—¿Tú y yo cuándo vamos a volver a dormir juntos? —le pregunté.

—Cierto, porque no sé si te he dicho ya que te echo de menos por las noches, me acostumbré mal en Bruselas—me confesó mientras metía sus manos por debajo de mi jersey para darme calor...

—No, no me lo has dicho, pero dame calorcito, que tengo más frío que el piojo de un oso polar, venga frótame.

—Lourdes que me buscas y me encuentras. —La excitación de ambos quedaba patente en cada uno de nuestros gestos.

—Eso es lo que quiero, encontrarte ya, ¿o qué viene a ser esto? —bromeé.

—¿Tú estás segura de que es lo que quieres? Mira que yo tengo por delante una buena lucha y tú no tienes por qué verte metida en nada de esto...

—Que sí, pelmazo, ¿cuántas veces voy a tener que decirte que estoy segura? Yo creo que igual aquí mismo podríamos rematar la faena—lo provoqué de lo lindo.

—Mira que no será por falta de ganas, preciosa, pero así no. Me niego, prefiero que sea algo especial, más íntimo, no aquí... Estás aterida de frío, no es plan. ¿Te gustaría que reservara una habitación en un hotel de esos románticos, por ejemplo?

—No, de veras que gracias, pero no hace falta. Yo soy más sencilla. Además, prefiero que me lleves a tu casa, allí estaremos mucho más a gusto, ¿no te parece?

—Me parece, me parece. Podríamos salir mañana a cenar y quizás después...

—Después me quedaré a dormir, pero desde ya te advierto que no llevo pijama.

—¿Y hoy qué harás?

—Hoy me quedaré en casa, que estoy agotada. Todavía no me ha dado tiempo a recuperarme después de nuestro viaje relámpago a Bruselas, sobresalto de última hora incluido.

—Ni me lo recuerdes. Yo ya te dije que nos reunimos la pandilla de amigos para celebrar el cumple de Jesús, pero pensaré en ti.

—Más te vale, que ya sabes que me da por seguirte y tiro de la manta en un periquete.

Llegué a casa y me encontré a Patricio llorando a mares.

—Pero ¿qué te pasa a ti ahora, alma de cántaro? Por Dios que en esta casa no ganamos para disgustos.

—Pues que Adán me ha dicho que es mejor que esta noche no pase por el pub.

—Jolines, pues menuda tragedia griega has montado. Será que el chaval está súper atareado.

—Sí, sí, súper atareado trajinándose a otro, a un tal Germán que es un puto posturitas que parece sacado de “Mujeres, Hombres y Viceversa...”

—Un perfecto gilipollas... ¿Y para eso nos ha hecho quedar como el rosario de la aurora con Gema? Pues vaya un negocio que hemos hecho.

—Sí, y ahora la echo de menos. Y tú te irás esta noche con Fabio y yo me quedaré solo como la cuchara inmunda que soy, que eso es lo que me merezco.

—Ni tú eres una cucharada inmunda ni te mereces nada malo. Y para demostrártelo te diré que tienes al universo de tu lado, me quedo contigo esta noche.

—Pero ¿qué dices? —Sus ojillos se iluminaron—. No puedo permitirlo, tú tienes que irte con Fabio, que para eso lo nuestro sí que parece que marcha.

—Dios te escuche, porque yo me hago la chulita y todo lo que tú quieras delante de él, pero la realidad es que me voy por la patilla.

—Anda ya, tonta. Si se ve que está coladito por ti, yo soy el que se va a quedar para vestir santos a este paso. No merezco ni agua, soy una mala persona...

No sabía si abrazarlo o darle un coscorrón, pero opté por lo primero porque el aspecto de Patricio era lamentable. En pocos días, nuestras vidas sentimentales estaban dando vueltas como si fueran montadas en un tiovivo y aquello era un sinvivir total.

—Venga tonto, ¿tienes todavía el helado que compraste para cuando viniera yo de Bruselas?

—Claro que sí, te compré ingentes cantidades, pero como al final volviste como unas castañuelas, ahí se quedó, para qué echarnos más grasa en las caderas.

—Claro, claro, pero hoy urge.

—Yo no quiero fastidiarte el plan, vete tú y yo me lo como todo.

—Que no me fastidias nada, tonto. Fabio está en un cumple con sus amigos, así que de paso me ayudas a elegir la ropa que me pondré mañana, que tengo un plan de esos irresistibles.

—¿Mañana por fin te encamas con el maromo?

—Sí, digamos que hay formas más finas de describirlo, pero que esa puede valer.

—La madre que me echó al mundo, ¡todo llega! Y pensar que mi vida sexual va a volver a ser la de un calamar...

—No insultes a los pobres calamares, que seguro que lo tuyo es todavía peor—bromeé dándole un beso en la frente.

—Ay, mi niña, yo no sé si este curso me va a traer cuenta o mejor me vuelvo para mi casa...

—No me seas blandengue, ¿eh? Que ahora no puedes flaquear. Y otra cosa te digo, con Gema tenemos que arreglarnos.

Capítulo 15

Dicen que todo llega y a mí me había llegado ya aquella noche de sábado el momento de estar a solas con él en la intimidad, después de cenar y de tomarnos unas cuantas copas en el pub de mi amigo Charly. Fue Fabio quien me lo recordó al salir de allí.

Era ya tardísimo y a esas horas no quedaría ni un solo local abierto en todo Madrid, pero se notaba que se sentía tan a gusto conmigo como yo lo estaba en su compañía. Y seguimos nuestro plan inicial...

Aunque había pensado en muchas ocasiones en cómo sería su casa y me la imaginaba muy bonita, la verdad es que esta superaba con creces a la de ficción creada en mi fantasía.

Fabio vivía en uno de los tantos antiquísimos edificios de la calle Fuencarral, con interminables escaleras de mármol deslucido por el tiempo y fachadas rococó, como yo las llamo.

Nada tenía que ver su “guarida” (así la denominaba él) con esos aires señoriales de todo el bloque. Pese a la oscuridad, al cruzar el umbral de la puerta de su vivienda ya me quedé pasmada, y es que la poca luz de la luna que se filtraba por las ventanas dejaba ya entrever su buen gusto.

Era un piso tipo loft, de esos en que los tabiques brillan por su ausencia, de manera que, según entras en él, ya te encuentras en un salón que hace igualmente las veces de dormitorio y de cocina. De milagro no te ves el wáter también allí en medio...

En su caso, aquel habitáculo debía medir por lo menos ochenta metros cuadrados, calculé por encima. Fabio encendió todo un universo de luces cuando entramos para que no me perdiera detalle.

En realidad, no es que tuviera una decoración recargada, al contrario. Era al más puro estilo de su despacho. Las paredes pintadas de suave tono gris contrastaban con los pocos, pero lujosos, muebles lacados en blanco, entre los que destacaba un enorme sofá *chaise longue* de no sé cuántas plazas que debía haberle costado un ojo.

Sobre este, colgaba una fotografía en blanco y negro enmarcada que debía medir por lo menos un metro y medio de ancho por uno de alto. Se trataba simplemente de la tierna mirada de un niño cuya identidad se intuía claramente...

—¡Tu peque! —Exclamé para romper el hielo y es que debía parecer una idiota a la que le hubiera comido la lengua un gato, contemplando todo aquello como un pasmarote.

—Exacto. Es mi hijo Marco. Ahí tenía unos nueve meses.

—Ya... Es una monada. Y una faena el que...

—Prefiero no hablar de eso ahora —me interrumpió Fabio. Estaba claro que yo no daba ni una en el clavo, debido a ese ligero nerviosismo al verme allí dentro a solas con él.

—Perdona...

—No te preocupes y relájate, cielo, que te veo un poco tensa. ¿Qué te apetece tomar?

—Me da igual. Lo que vayas a tomar tú.

—Vale, siéntate y ponte cómoda.

El chico que desde hacía tiempo estaba haciendo palpar mi corazón a todo trapo apagó todas las luces del techo y encendió una original lamparita de sobremesa que consistía en dos esferas pegadas entre sí. Aluciné al ver el efecto óptico que las sombras provocaban en el techo.

Aquellos inocentes globitos de cristal, colocados sobre esa mesilla como quien no quiere la cosa, proyectaban una erótica imagen sobre la escayola, y es que parecían totalmente dos pechos femeninos, pezón incluido.

Mi anfitrión no tardó en aparecer con un par de copas de balón, coronadas ambas por una rodaja de limón prendida en el borde. Nunca un *gin tonic* me supo tan rico como aquél.

Recuerdo que brindamos por nosotros y por una supuesta fotografía que podríamos tomar en conjunto en el futuro, con la que daríamos mucho que hablar.

—Por cierto...—dijo acto seguido. Ufff, espera un segundo. ¡No te muevas!

—¿Qué pasa?

Reconozco que, por un momento, me sobresalté, y es que pensé en la posibilidad de que me hubiera caído algún bichillo en el pelo o sobre los hombros.

Fue justo entonces cuando le vi sonreír a placer. Es más, incluso soltó una leve carcajada al ver la cara de susto que debí poner al levantarse de golpe y porrazo del sofá, pidiéndome que no me moviera.

—Tranquila, chiquilla.

Fabio se dirigió a la estantería del fondo y agarró una de sus mejores cámaras de fotos. Ahí entendí de qué iba el tema. Cualquiera cosa hubiera podido imaginarme, menos que tuviese intención de hacerme fotos a esas horas y en aquellas circunstancias.

En realidad, tan solo me hizo una, pero con tan buen tino que me sacó divina de la muerte en ella, al punto de que, desde entonces, la tengo fija como imagen de perfil en WhatsApp.

—¡Guauuuuu! —exclamé al verla —¡Me encanta! ¡Es preciosa!

—La que vale, vale.

A pesar de que su respuesta sonó como música celestial en mis oídos, no pude evitar sonrojarme porque no me la esperaba. En ese momento nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos y nuestras cabezas se fueron acercando la una a la otra, dejándose llevar por la mecha que acababa de encenderse de sopetón.

Empezamos a besarnos con suavidad, como a cámara lenta, rozándonos los labios y separándonos varias veces hasta terminar fundiéndonos en un largo beso de esos de película.

Al término, ninguno de los dos nos veíamos capaces de articular palabra. Dimos un buen trago de nuestros respectivos cubatas sin atrevernos casi ni a mirarnos ya a la cara.

En él no era tan extraño el asunto, dado su carácter, pero en mí... ¡ya me vale! Siempre había sido más suelta en esas lindes, pero con Fabio me estaba pasando algo especial.

No sé, imagino que ese hombre me gustaba ya mucho a esas alturas y no podía o no quería verle como un simple polvo de una noche loca. Se me antojó que debería tomar yo las riendas para que el tema no se enfriara, si bien no me hizo falta. Se puso en pie y me cogió de la mano.

—Ven —me dijo.

—¿Estás seguro?

Tonta de mí nuevamente, ya que eso fue justo lo que solté por mi boca al verle mirar hacia la gigantesca cama ubicada en la pared de enfrente, discretamente apartada de la vista por un pequeño muro de bloques de cristal.

—¿Y tú? —me preguntó.

Ya no tuve tampoco necesidad de responder nada. Mi fotógrafo favorito me guio hacia ella y me sentó en el borde. Él se quedó de pie y comenzó a desabrocharse la camisa con una parsimonia que a mí me estaba encendido más y más por segundos.

Se desabrochó los vaqueros y los dejó allí en el suelo tirados. Yo creía estar viviendo un sueño, pero sus labios sobre los míos besándome, alternando con su boca diciéndome al oído lo bonita que era cuando ya se encontraba tumbado sobre mí, me decían que no, que todo aquello era real.

Tan real como que nunca me había topado con un hombre tan sensual y tan delicado en la cama, y es que Fabio me lo hizo con tanta dulzura aquella primera vez que parecía que yo fuese virgen y tuviera miedo de hacerme daño o yo que sé...

Esa fue mi primera conclusión sobre mi amante, amigo y profesor a la par, porque muy distintas fueron la segunda y la tercera sesión, ya que fueron tres veces las que nos amamos sobre aquel lecho antes de que empezara a clarear.

En aquellas dos ocasiones siguientes, su exquisita lengua del principio lamiendo mi sexo dio paso a una verdadera fiera mordisqueando todos los rincones de mi ser.

Aparcado quedó para entonces el protocolo por su parte y por la mía de la primera experiencia, que de algún modo nos “contuvo” el vocabulario y los gritos.

Si Fabio aulló como un lobo al alcanzar el orgasmo en esas dos últimas ocasiones, mi sarta de gemidos debió escucharse hasta en Honolulu. Esa madrugada que permanece intacta en mi memoria comenzó a fraguarse nuestro futuro en común...

Capítulo 16

—Recuerda que nos vamos a San Sebastián el viernes por la tarde, amor—le dije a Fabio el martes siguiente cuando llegamos a la escuela.

—¿Cómo no iba a acordarme? Estoy de lo más nervioso, ¿crees que podremos verlo?

—Pues claro que lo creo, se va a volver majara cuando lo llevemos a todas partes...

—Eso deseo, antes teníamos una onda sensacional, espero que la recuperemos.

—Eso está hecho, hombre de poca fe. Además, pienso enamorar a tu hombrecito, ¿lo sabes?

—¿Igual que al padre? Porque debes saber que al padre...

—Lo tengo en el bote, lo sé, lo sé...

Cerré la puerta de su despacho y me fui para clase. Me encantaba darle allí los buenos días, habida cuenta que yo seguía viviendo en mi piso con Patricio, aunque soñaba con el día en que me fuera a vivir con mi amor.

—Hoy viene a ver la habitación el chico ese nuevo, creo que se llama Enzo—me dijo Patricio al entrar en clase.

—Ya lo sé, lo he dejado todo de punta en blanco, a ver si se le mete la habitación por los ojos, porque si no nuestros padres nos van a fusilar, que los gastos han aumentado considerablemente al irse Gema.

—¿Y si hacemos un nuevo intento de convencerla antes de meter en casa a un extraño? Porque a mí me apetece eso tanto como que me claven alfileres debajo de las uñas.

—Pues haberlo pensado, alcornoque, que cuando babeabas por Adán no pensabas en las consecuencias.

—Oye, que estaba enamorado—se quejó—. Tú deberías entenderlo mejor que nadie.

—Lo mismo tienes razón, pero es que se ha liado la de San Quintín y ahora las consecuencias son para todos...

Vimos venir a Gema y el gesto se nos cambió.

—Gema, Gemita, corazón, contigo queríamos hablar—le comentó tan pronto nos la cruzamos por el pasillo.

—¿Conmigo? ¿Y a santo de qué? ¿Quizás es que habéis comprado una daga bien afilada y estáis buscando una víctima para clavársela? Que os escuche mi prima la del pueblo, ¡iros a tomar viento fresco!

Patricio y yo nos quedamos mirándonos un tanto descorazonados.

—Pues a mí me ha parecido que está algo más blandita, ¿no? —Mi amigo quiso consolarse.

—Blandito te voy a dejar yo a ti el cachete de la cachetada que te voy a dar, esta es dura de pelar y más nos vale ir poniéndole nuestra mejor sonrisa al italiano.

—¿Ya le has dicho a tu amorcito que vamos a meter un maromo en casa? Porque lo mismo no le hace ni pizca de gracia.

—Hombre, no creo que le importe, que Fabio no es un troglodita, es un tío moderno...

—Yo qué sé, como es de otra generación, se me ha ocurrido pensar que igual no le gusta.

—Sí, a ver si te crees que de pequeño se alumbraba con lámparas de carburo, que lo has dicho como si mi novio fuera Matusalén, ¿a que cobras?

—No, si el caso es que Patricio no puede abrir la boca, porque es hacerlo y todo son amenazas, ¡qué hartito estoy!

Al mediodía comí con Fabio y, por aquello de lo que me había dicho mi amigo, pensé que sería recomendable que al menos se lo comentara.

—Cariño, esta tarde viene un chaval a ver la habitación que se nos ha quedado vacía en el piso.

—¿Un chaval? ¿Y es guapo? —bromeó.

—Y yo que sé, si lo único que me ha dicho el mendrugo de Patricio es que es italiano y que se llama Enzo.

—¿Italiano? Mira que esos tienen mucho peligro y encima un piquito de oro que...

—Que no le llega al tuyo ni a la suela del zapato, que lo sepas.

—No seas cobista, preciosa, que no es el pico precisamente lo mejor que yo tengo...

—Hombre, también es verdad, que a mí me gusta más tu pala que el pico.

—¿Qué pala? —me preguntó extrañado.

—Pues la pala excavadora esa que tienes ahí abajo, que es capaz de mover cualquier cosa. — Lo miré con lujuria y él me miró con gesto de que le había caído el premio gordo.

—Te prometo que no había conocido a nadie como tú en mi vida. —Rio.

—Hombre, claro, eso te pasa por haberte juntado con gente muy sosa. Y otra cosa te voy a decir, a ti te queda tela por delante que aguantarme, después no quiero excusas. Tú lo has querido.

Me despedí de Fabio hasta el día siguiente y me fui para casa donde ya estaba Patricio de lo más hacendoso, incluso había traído flores que colocó en la jarra del agua a modo de florero.

—Pero ¿qué es eso, chalado?

—Pues son flores, ¿o es que no lo ves?

—Ya, ya, si ojos en la cara todavía tengo. Me refiero a que dónde puñetas las has colocado.

—Pues en una jarra, le he preguntado por teléfono a mi madre y me ha dicho que si no

teníamos jarrón, que las pusiera en la jarra del agua.

—Animal, pero la mujer se referiría a la típica jarrita, no a la Brita, quita eso de ahí, que nos vas a envenenar.

—Ah, no, de eso nada. No me da la gana de quitarlo, ¿qué dices tú? Pues anda que no me ha costado trabajo encontrarlas, son mis preferidas, una variedad de...

Lo dejé hablando solo, como solía hacer y me estaba poniendo cómoda en mi cuarto cuando sonó la puerta.

—Hola, yo soy Enzo—dijo el chico con aquel acento italiano que era para chochear, otra cosa es que yo tuviera novio y ya estuviera chocheando con él.

—Bienvenido a nuestra humilde morada, Enzo—le comentó Patricio dejándolo entrar.

—Hola, Enzo, yo soy Lourdes y este es el novelero de mi compañero, Patricio, el florista oficial de la casa—bromeé.

—Es cierto, qué curioso, estoy acostumbrado a que los pisos de estudiantes parezcan más bien la selva del Amazonas, no a que en ellos haya flores y tal.

—Ya, ya, pues con este no te va a faltar un perejil, ya lo verás. Es muy completo mi Patricio,

Le enseñamos la habitación y le pareció fantástica.

—Pues nada, esto tampoco tiene ningún misterio, hablamos con el casero y mañana mismo te puedes traer tus cosas—le informé.

—Pues no sabéis la alegría que me dais, porque estoy ya de mis compañeros, ¿cómo se dice? Hasta la punta de la coronilla, ¿no?

—¿Son muy camorristas o qué? —le pregunté.

—No lo sabes tú bien. Siempre andan a gritos y casi llegan a las manos en más de una ocasión.

—¿Qué dices? No me puedo creer, pero si esta casa es paz y amor, nada que ver. —Patricio lo miraba embelesado.

Despedimos a Enzo y me quedé a solas con mi petardo preferido.

—Conque paz y amor, ¿eh? Qué poquito te acuerdas ya de la que se formó con Gema.

—Pues claro que me acuerdo, pero si te parece se lo meto todo por el culo así de sopetón, no es plan...

—No me tires de la lengua, no me tires de la lengua que a saber lo que habrás pensado tú del culo del pobre chaval. —Reí.

—Pues lo suficiente para escribir un relato erótico, palabrita del niño Jesús.

—No hace falta que lo jures, pues ya tenemos nuevo compañero. Ahora a ver si te comportas, ojito con liar otra.

—Hija mía, qué cansina, anda que para una vez que maté un gato...

—Sí, sí, te voy a llamar mata gatos por los siglos de los siglos, que lo sepas...

—Anda que no le ha caído nada al pobre Fabio, ¿él está seguro de querer aguantarte?

—Cállate, que te veo suplicándome que no me vaya con él...

Capítulo 17

El viernes al mediodía Fabio y yo comenzamos a cantar al salir de Madrid y casi que no paramos hasta llegar a San Sebastián.

—Me duelen hasta las pestañas de cantar y de reír—me dijo cuando llegamos a esa ciudad que yo no conocía y que estaba próxima a enamorarme.

Una compañera donostiarra ya me había comentado que muchos consideraban que su ciudad era una de las más bellas del país y yo lo comprobé en cuanto nos bajamos del coche.

—Guauuu, qué preciosidad...

—Es una pasada, ya lo verás, y el hotel creo que también va a ser de tu gusto.

—No me cabe la menor duda, si tú el gusto es lo que mejor tienes—bromeé y me cogí de su brazo.

Fabio, para no variar, había dado en el clavo. Además, desde el finde pasado que no habíamos vuelto a dormir juntos y nos moríamos de ganas de hacerlo.

Llegamos a aquel maravilloso hotel de diseño donde relajarnos se convirtió en nuestra afición favorita porque, nada más hacerlo, comprobamos que las grises nubes que amenazaban tormenta por el camino se habían convertido en copiosa lluvia al entrar en nuestra suite, ya en plena noche cerrada en Donostia.

—Me da a mí que para hacer mucho turismo no está hoy—le comenté.

—Pues no, y lo mejor es que podremos sustituirlo por otro turismo que me gusta mucho más.
—Empezó a recorrer todo mi cuerpo con sus dedos mientras me tumbaba en la cama.

—¿Te refieres al de mis curvas? —La lujuria se dejaba ver ya en mis ojos.

—A ese mismo, que tienes más curvas que el circuito de Mónaco—me contestó.

—Mira que serás pijo, tú no puedes decir el de Jerez, tiene que ser el de Mónaco.

Aquellas fueron mis últimas palabras antes de dejar paso a los más insinuantes de los gemidos. Decidido como estaba ya a compartir su vida conmigo, mi chico tomó las riendas de la situación, llevándome a la cima del placer en cuantiosas ocasiones.

Aunque yo tampoco es que fuera manca y me tomé mi tiempo para demostrarle a lo largo de aquella madrugada que, en las cuestiones amorosas, iba a encontrar en mí a una rival digna...

Al amanecer, descorrí las cortinas y encontré a un Fabio que ya tenía los ojos abiertos como platos.

—Cielos, si nos dormimos a las tantas... Es que estás nervioso, ¿verdad? Seguro que lo estás más que un tartamudo pidiendo fiado.

—Pero chiquilla, ¿a ti quién te ha enseñado esas cosas? —Al menos conseguí que se riera.

—Eso lo dice siempre mi abuelo Arturo, que es de lo más chistoso, ya verás, te va a caer genial y ahora levanta, que tenemos por delante un día intenso.

Una hora después estábamos delante de una especie de mansión que era donde vivía la ex de Fabio.

—Toma ya con la tal Romina, esta no debe envidiarle nada a la “Señorita Escarlata”. —Imité la voz de Mammy, el célebre personaje de “Lo que el viento se llevó”.

—Sí, veo que cada vez se conforma con menos. Es muy sencillita ella...

A la hora acordada, se abrió la puerta y una persona de servicio nos entregó a Marco.

—Papá, papá, ¡has venido! —chilló.

—Pues claro que he venido, mi niño, estaba deseando verte. ¿Estás contento?

—Sí, papá, porque antes estaba un poco enfadado contigo.

—¿Un poco enfadado, Marco? ¿Por qué?

—Porque mamá y mi nuevo papi me dijeron que tú ya no tenías ganas de venir a verme y yo no sé por qué, ¿es que tienes otro niño y ya no me quieres mucho?

—No, mi vida. Yo te quiero con todo mi corazón y si algún día tengo otro niño, mi amor no se va a dividir, sino que se va a multiplicar, ¿lo entiendes?

—No mucho, papá. —Dio un saltito y me recordó a Gema cuando le daba su famoso tic.

—Pues que papá entonces tendría más amor para repartir, pero nunca te tocaría menos. Yo te adoro, Marco y quiero que sepas que nunca me han faltado ganas de venir a verte.

—¿Y entonces por qué no vienes? —Clavó su mirada en la de su padre y noté que a Fabio le faltó el canto de un duro para llorar.

—Porque a veces las cosas entre los mayores son un poco difíciles y mamá lo ha debido entender mal, pero ya lo hablaré yo con ella para que otra vez lo entienda mejor, mi niño.

Fabio y yo nos miramos y nos lo dijimos todo con la mirada. Cuantísima maldad se escondía tras los anchos muros de aquella mansión.

—¿Quién eres? —El niño me miró y descubrí en su mirada los mismos ojitos que los de su papi.

—Yo soy Lourdes, Marco—le respondí.

—¿Vienes a ser mi nueva mamá? Porque la mía me ha contado que, si alguna vez viene una nueva, va a ser mala y fea.

—Pues entonces esa no soy yo, cariño, porque yo no quiero ser tu nueva mamá. Yo soy la novia de tu padre y te voy a querer mucho, pero eso no me convierte en tu madre.

—Eso es, Marco—asintió Fabio—. Es igual que el tema de Gonzalo, que tampoco es tu papá, por mucho que te digan que lo llames así.

—Pero entonces, ¿él no es mi nuevo papi? No entiendo nada—resopló.

—Ya lo irás entendiendo poco a poco, mi niño, de momento quédate con la idea de que yo te adoro y de que vamos a pasar un fin de semana de fábula.

—¿Un fin de semana? Pero si mamá dice que tengo que estar hoy de vuelta a las seis, como muy tarde.

—¿Sí? Pues va a ser que no, hijo mío.

—¿De verdad? ¿Entonces te apetece que pasemos la noche juntos? —Sus ojitos echaban chispas.

—Pues claro que sí, y nos quedaremos hasta tarde contando cuentos...

—Papá, que yo ya soy muy mayor para los cuentos, yo prefiero las pelis.

Aunque para cuentos, los de la madre de la criatura. Y eso que los humos se le debieron bajar un poco cuando recibió el mensaje de WhatsApp que le envió Fabio.

“Tengo derecho a pasar con mi hijo todo el fin de semana, si tienes algo que objetar, díselo al juez”

—¿Te parece lo suficientemente clarito? —Me lo enseñó.

—Me parece perfecto.

Cada uno cogimos a Marco de una de sus manitas y nos dispusimos a pasar un día maravilloso con ese pequeñajo.

—¿Dónde quieres que vayamos, mi niño? —le preguntó su padre pletórico.

—Yo quiero que vayamos al autochoque, papá. Se lo he dicho muchas veces a mamá, pero Gonzalo nunca tiene tiempo de ir. ¿Me llevas tú?

Dicho y hecho, para el autochoque que nos dirigimos con un exultante Marco que se volvió loco en ese parque único repleto de atracciones modernas y clásicas.

Autochoques, pero también tiovivos, mini-montaña rusa, una caseta para hacer puntería y hasta una caseta del terror en la que Marco estaba decidido a entrar fueron algunas de las muchas sorpresas que allí nos esperaban.

—Pero Marco, ¿no te va a dar miedo? —le pregunté mientras le revolvía el flequillo.

—No, yo soy valiente y si te da miedo a ti, yo te protejo—me dijo de lo más decidido.

Se lo agradecí, pero poco me conocía el renacuajo si pensaba que yo conocía el miedo.

Estábamos en el parque cuando me sonó el teléfono. Era mi madre...

—Pues nada mami, aquí estamos con Marco, el peque de Fabio—le dije y noté que la nostalgia se apoderaba de ella.

—Ay, Lourditas, si parece que naciste ayer y ya ejerciendo de madre. Vivir para ver...

—No exageres, mami, que no es para tanto. Espera que ahora te envío una foto familiar.

—Sí, sí, que tengo que conocer a mi nieto—bromeó.

—Venga, Marco, posa conmigo—le dije mientras su padre agarraba la cámara.

—¿Te gusta esta? —me dijo cuando me la enseñó.

—No está mal—bromeé—. Y con mi niño me tienes que hacer hoy muchas fotos, no vaya a ser que, en casa del herrero, cuchara de palo.

—Las que queráis, bonita, tú solo pide por esa boquita.

No había visto nunca tan feliz a Fabio. Conforme pasaban las horas, Marco se iba encontrando mejor con nosotros y más se abría y nos contaba todas sus cosas.

—Mira, papá, ese niño es un compañero del cole. —Marco señaló a un chiquillo que pasó por delante de nosotros y ambos se saludaron, igual que nosotros con sus padres.

—¿Cómo se llama tu amigo, Marco? —le preguntamos al salir andando.

—Se llama Iñaki y somos muy buenos amigos, pero yo quiero volver al cole de Madrid—nos confesó y a punto estuvimos de sacar a pasear las lágrimas.

—¿Y eso por qué, mi niño? —le preguntó su padre.

—Porque así podría verte más, papi, te echo de menos.

Fabio se abrazó al hombrecito de su vida y este le correspondió con un abrazo de lo más sincero.

El resto del día lo pasamos accediendo a todos sus deseos, a bien que, pese a la posición económica holgada de la pareja de su madre, no era un niño especialmente caprichoso.

Comimos en una hamburguesería, que él mismo nos recomendó diciéndonos que era una de sus preferidas y por la tarde nos fuimos al cine.

Marco se sentó entre Fabio y yo, encargándose de repartir las palomitas y las chuches.

—¿A él no le dices que tú no tomas azúcar? —Le guiñé el ojo.

—Ni a ti ya tampoco, no te quejes, que haces conmigo lo que quieres, anda, Lourditas.

Un poco de razón sí que tenía y más me valía callarme. Al final de la tarde, las nubes, que nos habían dado tregua durante el día, volvieron a amenazar lluvia y a lo justo volvimos al hotel antes de ponernos como una sopa.

Subimos a la suite y allí pedimos una deliciosa cena, muy del gusto de los tres, que tomamos en la parte destinada al relax, donde había una segunda televisión y un sofá que debía estar pensado para una docena de personas. Fabio no había reparado en gastos, como nunca lo hacía...

Cuando Marco por fin cayó frito, lo acostamos en la cama supletoria que nos habían instalado

en esa zona, contigua a la de nuestra cama, pero separadas ambas por una puerta corredera.

...Una puerta corredera que abrió Marco a primera hora de la mañana siguiente.

—Papá, papá, ya ha salido el sol, nos vamos al parque.

—¡¡A sus órdenes!! —le dijimos los dos haciendo un saludo militar que él nos devolvió.

Después del parque fuimos a una pizzería y de ahí a tomar un helado, hasta que a las seis de la tarde llegó la dolorosa hora de entregarlo en la puerta de su casa.

—Papá, ¿me prometes que volverás pronto? —le preguntó el pequeño sin poder reprimir las lágrimas.

—Te lo prometo, hijo mío. —Fabio también parecía muy afectado por la despedida.

—¿Y vendrás con Lourdes? Es que es guay. —Me miró mientras lo decía y yo me derretí.

—Claro, soy guay del Paraguay, colega. Y pronto también podrás venir a la casa de papá en Madrid e iremos a la Warner y a un montón de sitios molones más.

—¿Cuándo, cuándo? —Saltaba él.

—Pronto, mi niño.

Antes de que llamáramos a la puerta, esta se abrió y salió un hombre con cara de tener pocos escrúpulos.

—¡¡Hola, Gonzalo!! —le dijo Marco.

—¿Cómo que Gonzalo? —le recriminó él.

—Lourdes, ¿puedes acercar el niño a la puerta? —Me pidió mi chico.

No debió ser buen trago para Fabio hablar durante un minuto con ese hombre que, sin ninguna razón aparente, parecía detestarlo.

—¿Nos vamos ya, mi amor? —le pregunté una vez hube entregado al niño a una persona de servicio.

—Vamos, sí.

—¿Qué le has dicho? —La curiosidad me podía.

—Pues digamos que hemos aclarado los términos de la paternidad de Marco, solo eso...

Capítulo 18

—Voy a saludar a mi amor, le comenté el martes por la mañana a Patricio cuando llegamos a la escuela.

Solo había transcurrido un día desde nuestra vuelta y yo ya estaba soñando con nuestro siguiente viaje...

—Ains, los tortolitos, qué bonito. A ver cuando me tocará a mí.

—Pues con Enzo creo yo que no va a ser, porque a ese lo veo de lo más ensimismado en las bragas que tienden las vecinas, fijate.

—Sí, sí, yo anoche también me fijé. Qué tío, no se le va una. Y las vecinas parecen estar chorreando también con él, esto va a ser un “Radio patio”, pero en versión amorosa. Lo mismo sacamos una idea para hacer un *reality* y todo, vaya usted a saber.

—Pues lo mismo sí, jodido, y tú podías ser el presentador.

—De eso nada, yo me meto de cabeza en la casa, a ver si me cae una sesión de *edredoning* o algo.

—O una buena sarta de puñetazos, por pelmazo, que también te pueden dar, ya se verá.

—Gracias preciosa, yo también te quiero.

—Y yo a ti, te veo luego...

Entré con la más amplia de mis sonrisas en el despacho de Fabio, aunque el buen rollito no tardó en esfumarse.

—Buenos días, mi amor. ¿Te pasa algo? —le pregunté a la luz de lo que estaba viendo.

—Hola, Lourdes. —La frialdad de su respuesta me dejó de una pieza.

—¿Lourdes a secas? Tú estás muy raro. ¿Te faltan mimitos?

—No, no es eso. Tengo que hablar contigo, pero este no es sitio.

—Uff, no me desinflés, que no hay en la historia un “tengo que hablar contigo” que no haya olido a tragedia.

—Este no es lugar, Lourdes—me repitió.

—¿No? Pues mira, va a tener que serlo. A mí no me gustan los paños calientes, Fabio. ¿He hecho algo que te haya molestado? Porque si es así, deberías decírmelo y lo hablamos.

—No es eso, no eres tú...

—Calla, calla, que soy joven pero no estoy en la inopia y esa me la sé “no eres tú, soy yo...”

—Exacto—concluyó si perder en ningún momento esa seriedad que ya parecía haberle abandonado en los últimos tiempos.

—¿Y qué demonios se supone que te pasa a ti?

—Pues que me he dado cuenta de que lo nuestro no es lo que quiero, que me he visto arrastrado por los acontecimientos y que he sucumbido, pero que prefiero dejar las cosas como estaban. Tú eres una chica magnífica, no lo dudes.

—Claro que no lo dudo, lo que ya dudo más es cómo calificarte a ti. ¿Y cuándo te has ido dando cuenta de todo esto? Porque mientras nos acostábamos en el finde no debió ser, que ahí te vi yo de lo más a gustito.

—Lourdes, te lo suplico, no vayas por ahí. Sabes perfectamente que yo no he pretendido abusar de mi posición en ningún momento, solo puedes acusarme de haberme dejado llevar, pero de nada más.

—Sí, sí, de eso sí. Un día te dije que no podías quedar como un pusilánime delante de tu hijo y me diste la razón. Lo que omitiste es que quedar así delante de mí te importaría un bledo.

—Lourdes, yo...

—Ni Lourdes ni leches, ¡vete al infierno, Fabio!

Cerré la puerta de su despacho y caí en que la cortina de lágrimas que cubrían mis ojos no me dejaba ver ni en qué dirección avanzaba.

Me crucé con Gema y no hice ademán de saludarla. Reparé en que ella se había percatado de mi estado, pero tampoco articuló palabra.

Sin pensarlo dos veces, puse rumbo a casa. Allí estaría sola, que era lo que necesitaba en ese momento.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté al entrar y parecerme escuchar ruido.

—¿Lourdes? —Enzo salió de su dormitorio.

—Pensé que estabas también en clase. —Él estudiaba Derecho y tenía clases todos los días, igual que nosotros.

—No me he levantado demasiado cristiano hoy y he decidido quedarme. Ahora me alegro, por tu aspecto veo que no estás bien y puedo hacerte compañía, si quieres.

—No sé lo que quiero. Bueno sí lo sé, lo que quiero es matar a mi novio, que es un imbécil y un débil y yo no sé cuántas cosas más.

—Huele a que te ha dejado. ¿Quieres que te prepare una tila? Eso relaja mucho.

—¿Tú tienes tila? —le pregunté pensando que no era mala idea.

—No, yo no, yo soy más de bebidas alcohólicas—bromeó—, pero puedo bajar a comprar.

—No, déjalo, no quiero utilizarte de paño de lágrimas. Me voy a acostar, apenas te conozco y no quiero abusar.

—No abusas, no seas tonta, espera que me visto.

Todavía delante de mí, Enzo se quitó la camiseta que llevaba para dormir, dejando a la vista unos abdominales que hice un esfuerzo entre tanta lágrima para mirar.

Al final iba a tener que cambiar el chip, porque había muchos peces en el mar y algunos de ellos tan sabrosos como Fabio. Pero lo malo es que ya se sabe, cuando una está enamorada no quiere ni oír hablar de esas cuestiones.

—Ya estoy aquí de vuelta—me dijo veinte minutos más tarde Enzo, que venía cargado también con un cerro de donuts.

—¿Y eso? —le pregunté señalando a su bolsa.

—Eso es porque también te va a hacer falta un refuerzo de azúcar, e igual te cae hasta otro de mimitos.

—¡¡Cuidado!! Que yo no tengo el cuerpo para fandangos, ¿entiendes?

—Entiendo, entiendo....

La leche, el tío era un encanto, pero lanzado también más que un cohete...

Me senté con él en la cocina y he de reconocer que, pese al enorme disgusto que tenía, me hizo reír. Enzo era de lo más simpático y me comenzó a contar una sarta de historias de conquistas a cuál más desternillante.

—Y con todo eso que me has contado, ¿qué me quieres decir? Porque estoy ahí, ahí, que lo pillo y que no.

—Pues que la vida son dos días y que solo debemos esforzarnos en pasarlos con aquellos que están de acuerdo. Y a los que no, que les den...

Lo veía yo al chaval muy suelto en el castellano y en general.

Unas horas después llegó Patricio.

—Nena, pero ¿puede saberse dónde te metes? —me preguntó.

—Me he venido para casa.

—Eso ya lo veo, que ojos en la cara tengo, pero no entiendo que no me hayas avisado, ¿estás malita o qué?

—Un poco, yo creo que necesitaba mis mimitos—le soltó Enzo.

—Un momento, un momento, aquí qué está pasando. Los dos deberíais estar en clase y os encuentro aquí, ¿me he perdido algo? Lourditas no me jodas que juegas a dos bandas, ¿te ha puesto lo que hemos comentado de este antes?

—¿Qué habéis comentado de mí? —Se interesó Enzo mientras recogía los envases de los donuts, de los que habíamos dado buena cuenta.

—¿Os queréis callar los dos? No es eso, idiota, no estoy liada con Enzo, es que me he venido porque me quería morir, Fabio me ha dejado.

—¿Fabio te ha dejado? ¿Ese es tonto o es que no se ha tomado la pastillita? Te juro que el mundo se ha vuelto loco. ¿Y te ha explicado por qué? A ver si al final sí está en mi acera y tengo yo ahora mi oportunidad...

—La oportunidad de redimirte de todos tus pecados vas a tener, sí, porque te van a dar la extremaunción como sigas diciendo disparates.

—Yo qué sé, guapa. La mente de uno vuela. ¿Y por qué te ha dejado entonces?

—Porque por lo visto sigue con la tormenta mental y mira que yo creía que ya había escampado en su cabeza, pero se ve que de eso nada...

—Pues vaya una prenda que está hecho el tío. Mira, Lourditas, si eso es así, que le den dos duros, tú no vas a estar a expensas de lo que a él le apetezca a cada momento, con lo que tú vales...

—Ahí le has dado, yo valgo mucho más que eso y no pienso quedarme de brazos cruzados,

pero necesito reponerme, primero necesito que se me pase la pena esta que no me deja—intenté evitar que el agüilla descendiera de mi nariz antes de aceptar el abrazo de Patricio.

—Ay, mi niña, solteros nos vamos a quedar, qué pereza, cada vez la cagamos más—me comentó mientras me besaba en la frente.

—No me digas eso, que me da más pena, tonto.

—Pues ámate, así al menos podremos seguir compartiendo piso los dos toda la vida.

—¿Toda la vida? ¿Y a mí por qué me amenazas?

—¿Puedo unirme al abrazo? —nos preguntó Enzo.

—Yo no sé, ¿eh? Vale, pero como me seas pulpo, cobras. Y no es un decir, Patricio te lo puede corroborar.

—Sí, sí, que aquí la señorita tiene alma de repartidora. Vaya, que reparte leches que es un gusto...

—Pues nada, si hay que soliradizarse, se soliradiza, uno y a recibir...

—Será solidarizarse, amigo, pero tú dilo como te dé la gana, con ese acento que Dios te ha dado—Patricio quiso abrazarlo fuerte y él se resistió un poco.

Capítulo 19

—¿Estás segura? Puedo faltar yo también y me quedo aquí contigo—me dijo Patricio por la noche.

Teníamos que acudir a una exposición de fotografía que era actividad obligatoria para el curso.

—Pues claro que estoy segura, debes ir.

—¿Y por qué no te arreglas tú también y te vienes? Así le das por saco a Fabio, ponte guapa y que vea lo que se está perdiendo.

—No, no, a mí ya me da lo mismo ocho que ochenta, ve tú.

—No te preocupes por ella, amigo, ve, yo la cuido—le indicó Enzo.

—¿De verdad me puedo ir tranquilo? Mira que no quiero que te vayas a pasar un pelo con la niña, que está muy vulnerable.

—¿De verdad me crees tan insensible de querer aprovecharme de una situación así?
Patricio y yo lo miramos como con cara de no tenerlas todas con nosotros y Enzo se rio.

—Sois unos jodidos, anda, lárgate, que le voy a buscar yo una buena peli en el Netflix para que se harte de reír—repuso el italiano.

Después, mi amigo se despidió de mí y le deseé que pasara un buen rato con nuestros compañeros.

—Enzo, no me lo tomes a mal, pero yo prefiero acostarme. El día ha sido muy largo—le confesé mirando a mi móvil.

—Siempre pasa igual, uno dice que no, pero en el fondo moriría porque sonara una llamada o al menos un WhatsApp, ¿verdad?

—Míralo, pero si al final el italiano va a tener su corazoncito y todo...

—¿Esperas a alguien? —me preguntó él al escuchar el sonido del timbre.

—Yo no, ¿y tú?

—Yo tampoco—repuso.

—Pues seguramente será el fistro de pecador de Patricio, que se habrá dejado las llaves, le pasa muy a menudo.

Enzo fue a abrir mientras yo me marchaba a lavarme los dientes.

—Lourdes, preguntan por ti.

“Que sea Fabio arrepentido” pensé mientras salía hacia el salón, pero la persona que vi en él no era precisamente la que yo esperaba.

—¿Gema? —le pregunté mientras iba a abrazarla.

—Lourdes, yo... tengo que hablar contigo—titubeó.

—Claro, por favor, siéntate, me alegra mucho que hayas venido. Yo me siento todavía fatal por lo que pasó y me encantaría que pudieras perdonarme. Puedes hablar delante de Enzo sin problema, él es de confianza y está al tanto de lo sucedido entre nosotros, Patricio se lo contó.

—Lo pasado, pasado está, Lourditas. Yo te aprecio y te he visto salir de la escuela esta mañana hecha un mar de lágrimas. Y tampoco he actuado bien, aunque al final quizás te haya ayudado, fijate.

—Explícate, por Dios, que me estás poniendo nerviosa.

—Pues verás, cuando me crucé contigo, se lo conté a Irene. No debí decirle nada porque yo ya voy viendo del pie que cojea; ella se alegró, imaginó que Fabio y tú no estabais bien e intentó...

—Sacar tajada del asunto, como si lo viera.

—Exacto, eso es...

—No puede ser más puñetera, lleva la maldad en la sangre.

—Un poco, pero el asunto es que fue al despacho de Fabio y, viendo que este no le abría la puerta, pegó la oreja, porque por lo visto mantenía una conversación a grito pelado con alguien.

—¿A grito pelado? No entiendo, si él es de lo más pacífico.

—Pues no veas, el tío se llamaba Gonzalo y él le decía que si ya estaba contento, que ya te había dejado como él le había dicho y que si se le ocurría tocaros un pelo a ti o a Marco le juraba que lo mataba.

—¿Gonzalo? Maldito desgraciado, ese es el novio de la ex de Fabio.

—Pues todo eso me contó Irene y yo me he preocupado bastante. ¿Qué está pasando aquí, Lourdes?

—Gema, hay ciertas cosas que no puedo contarte, pero ese tal Gonzalo no es trigo limpio y a la vista está que ha chantajeado a Fabio. Ahora lo entiendo todo, joder y pensar que lo he vestido de limpio cuando el pobre lo único que quería era protegerme... Ahora mismo me informo del teléfono de su chica y la entero de todo, a ver quién sabe hacer más daño. Se va a enterar el mafioso de las narices, ese no sabe quién soy yo.

—¡Aguanta el genio! Ni tú sabes tampoco quién soy yo—me dijo Enzo en un tono provocador que no pudo mosquearme más.

—¿Tú? ¿Y quién mierda se supone que eres tú? Me estás tocando las narices, lárgate ahora mismo de mi casa—le respondí tan desconcertada como asustada.

—Lo siento, Lourdes, pero va a ser que no. De aquí no salgo yo ni sale nadie hasta nueva orden, Gonzalo sabrá cómo tiene que manejar esta situación.

Gema se quedó helada igual que yo y en una especie de “a la de tres” que hicimos con la cabeza nos levantamos con intención de derribarlo.

—Quietecitas las dos que estáis más monas—nos dijo mientras sacaba de su gemelo una pistola que nos dejó sin aliento.

—¡Joder! Lourdes, dime que esto es una pesadilla y que estoy soñando, porque vaya cague.

—Me temo que esta vez no va a ser todo tan fácil, Gema, esta vez la hemos cagado, pero bien.

Miedo lo que se dice miedo fue el que comenzamos a pasar las dos mientras él comenzó por inmovilizar a mi amiga de pies y manos con unas cuerdas.

—Y como alguien pretenda gritar, le corto el cuello. ¿Me he explicado?

—Te has explicado.

Mientras, yo, di un repaso mental a las muchas llaves de judo que Oliver se afanó en enseñarme durante los años que practicó ese deporte y me armé de valor.

Una vez hubo llegado a mi altura, me hice la tonta e incluso comencé a lloriquear para hacerle ver que no iba a mostrar resistencia.

—Tranquila, Lourditas, eres tan frágil que despiertas en mí ganas de...

—Quizás tú y yo podríamos...—Le guiñé un ojo.

—Creo que no va a poder ser, aunque quizás más tarde te dé un repaso, antes de deshacerme de vosotras.

—¿De quién te vas a deshacer? —le dije mientras me armaba de valor y le asestaba una patada con la que logré mandar la pistola a Pernambuco.

—¡¡Hija de puta!! —me chilló mientras me daba una bofetada.

Entre unas cosas y otras, alertamos a las vecinas, que comenzaron a preguntar por el patio de luces.

—Chicos, ¿qué ocurre ahí?

—Llamad a la policía, llamadla por favor—chillé.

Enzo dio un salto y yo otro que me hizo caer sobre él, con tal suerte que conseguí agarrar la pistola.

—¿Ahora quién puñetas tiene el mando? Siéntate y quédate ahí tranquilito hasta que venga la poli o te vuelo la tapa de los sesos.

—Qué cabrona, yo me vuelvo a vivir aquí con vosotros, ¿dónde voy a estar más segura? —me dijo Lourdes mientras el otro comenzaba a sudar a chorros por lo comprometido de su situación.

Y a largar de lo lindo de paso...

—Yo soy solo un enviado de Gonzalo, él es quien tiene la responsabilidad de todo esto....

—Canta, canta, que aquí dicen que quien canta sus males, espanta. ¿Por qué viniste a esta casa?

—Porque Gonzalo supo que Fabio estaba tras la pista de sus negocios y quiso tener la situación controlada. Que yo estuviera cerca de su chica le garantizaba información y, si las cosas se ponían más feas o él se negaba a colaborar, podríamos apretarle las tuercas.

—¿Y por qué tenía que dejarme? Explícate...

—Porque tú ejerces mucha fuerza sobre Fabio y él lo necesitaba debilitado.

—Y amargado de paso, ahora sí que me cuadra todo.

—Déjame ir, yo no he orquestado todo esto y ya te he dicho todo lo que sé.

—No, de eso nada, tú eres un gusano que no hubiera dudado en deshacerse de mi amiga y de mí a una sola orden de Gonzalo y vas a pagar por ello.

El lejano sonido de las sirenas de policía nos indicó a Gema y a mí que aquella pesadilla había llegado a su fin. En cuanto apresaron a Enzo, yo misma liberé de sus cuerdas a Gema, que

me abrazó con ganas.

—No veas si os he echado de menos, Lourdes, y eso que esta casa ya puede calificarse de cualquier cosa menos de tranquila.

—Esta es tu casa, mi niña, y ahora tu habitación ha vuelto a quedarse vacía. No te digo nada y te lo digo todo...

Después, saqué la cabeza por la ventana y miré al cielo, pensando que Oliver me había vuelto a echar una mano desde allí arriba una vez más.

Capítulo 20

Esa misma noche fui corriendo a buscar a Fabio a su casa... Y cuando digo corriendo, me refiero a literalmente corriendo porque eran tales mis nervios que no me permitieron ni coger un taxi.

—Fabio, mi vida, lo sé todo—le dije con lágrimas en los ojos cuando abrió la puerta.

—¿Qué sabes? —me preguntó tratando de tragar saliva.

—Creo que ya, bastante más que tú...

Le conté todo lo sucedido en las últimas horas y él me abrazó con fuerza, sin poder dar crédito aún a mis palabras.

—¿Puedo dormir aquí contigo esta noche? Es que lo necesito. —Lloré en su regazo después de soltar uno por uno los detalles.

—¿Bromeas? Puedes dormir aquí todos los días de tu vida, cariño. No quiero que te vuelvas a ir nunca de mi lado.

—Pero Fabio...—me quedé asombrada.

—¿Qué? ¿Tienes algo que objetar?

—Nada, nada, que después soy yo la echada para adelante, ¡toma ya!

—Lourdes, yo casi me muero de la pena esta mañana en mi despacho. Cada una de las palabras que vertía se me representaban un auténtico suplicio. No quiero volver a perderte mi niña, me niego a vivir sin ti, no concibo una vida en la que tú no estés.

—Qué profundo, mi vida. —En ese momento era yo la que se preguntaba si estaba soñando, tanto que, si era así, ojalá que no me despertase.

—Y, es más. Lourditas, hay una idea que lleva días rondándome, pero me costaba verbalizarla

por si me tomabas por loco...

—¿Qué es? Suéltalo ya...

—Pero es que no tengo... Espera un momento.

Fabio volvió como dos minutos más tarde.

—Sé que esta no es la más romántica de las formas, pero después de lo que ha ocurrido esta noche, ahora lo veo claro. Mi amor, cástate conmigo y me harás el hombre más feliz del mundo.

—¿Qué dices, cariño? En ese instante sí que no hubo fuerza natural que pudiera contener mi torrente de lágrimas.

—Lo que oyes mi niña, ¿te apetece?

—No es que me apetezca, es que ¡viva la locura! ¡Claro que me quiero casar contigo!

De papel de aluminio... así fue el improvisado anillo de pedida que Fabio me entregó y que yo sabía que guardaría toda la vida como el más bonito de los recuerdos.

Era probable que ese fuese sustituido en mi dedo por una sortija de mayor valor económico, pero en ningún caso sentimental.

Mi chico me lo colocó en el dedo y yo lo besé. Es decir, lo besé a él y luego al anillo.

—¿Igual te ves muy joven para dar ese paso?

—¿Tú me has visto a mí amilanarme ante algo?

De esa forma tan imprevista comenzó nuestra vida en común. La cara de Patricio y de Gema al día siguiente era la bomba.

—Al final nos dejás solos en el piso—se quejaron mientras me abrazaron, deseándome el mejor de los futuros.

—Yo misma os ayudaré a buscar a alguien que ocupe mi habitación—me ofrecí.

—No hace falta, no hace falta—me contestaron en referencia a que, tras la experiencia con Enzo, se lo iban a pensar una temporadita antes de meter a nadie nuevamente allí.

También fue digna de ver la cara de mis padres cuando les hicimos una videollamada para que conocieran así a quien ya era ¡mi prometido!

—Hija mía, ¿eres feliz?

—No puedo serlo más, mami.

—Yo sé que ustedes pensarán que su hija es muy joven, pero les prometo que voy a cuidar de ella cada uno de los días de mi vida.

—Hijo, no nos llames de usted que vamos a ser familia—le respondió mi madre.

—Más te vale, chaval, más te vale—añadió mi padre.

Pero, como el movimiento se demuestra andando, lo de Fabio no solo quedó en palabras, sino que lo plasmó todo en hechos. Así, para cuando en Navidades ambos aterrizamos en Canarias, mis padres ya le tenían un enorme cariño que era correspondido por él.

—¿Y por qué no os casáis en las islas? —nos preguntaron.

—Papi, mami, porque esta historia de amor se fraguó en Madrid y allí es donde queremos sellarla.

Y lo que sellábamos Fabio y yo a cada momento eran nuestros labios. Lo hacíamos con unos besos que siempre nos sabían a poco, pues la química entre nosotros iba *in crescendo* por momentos.

En aquellas fiestas aprovechamos para perfilar muchos aspectos de un enlace que se celebraría el verano siguiente y que supondría el broche de oro a una historia, la nuestra; personalizada y exclusiva.

Capítulo 21

— Anda, guapa... que te va a comer el Fabio hasta los pelos del sobaco cuando te atrinque esta noche. ¡Qué bonita vas, hija...!

No se me olvidará ni en la hora de mi muerte aquella frase en boca de Patricio cuando pasé a su altura, cogida del brazo de mi padre.

Con ella consiguió que yo entrara en la iglesia partiéndome ya de la risa y que todavía hoy me siga tronchando cada vez que la recuerdo. ¡Menudo personaje está hecho! No obstante, no es la única anécdota simpática de nuestro enlace.

No había pasado tanto tiempo desde que Fabio y yo nos habíamos conocido, pero la intensidad de nuestra historia hizo que tampoco quisiéramos demorar mucho el formalizar aquella relación casándonos.

Pese a la ilusión por ambas partes, ninguno de los dos queríamos darle más bombo del justo al evento, es decir, pretendíamos una boda sencilla en todos los sentidos, a la que asistieran solo los familiares y amigos más allegados.

Así pues, decidimos casarnos en una pequeña capilla del cercano pueblo de El Escorial, en la sierra madrileña. No fue porque sí, sino por hacer coincidir el escenario con el mismo donde celebrara años atrás Luis, el hermano de Fabio, su boda con Marta.

Eran dos personas con las que congenié desde el preciso instante en que las conocí. A ellos les hacía gracia ese detalle y a mis suegros mucha ilusión también, de modo que no tuve ningún reparo en darles el capricho, máxime cuando se portaban los cuatro tan bien conmigo y me consideraban ya como parte de la familia.

Fabio estaba totalmente de acuerdo, así que no había más que hablar. Que hablar, no, pero por hacer aún quedaba un trechillo, por mucho que fuera a tratarse de una boda más bien íntima.

Y aquellos preparativos recayeron exclusivamente en mí. Mi chico andaba bastante enredado por aquellos días y me pidió que me encargase de todo si podía ser. Y tanto que podía ser.

No ya porque las mujeres solemos apañárnoslas bastante bien para llevar todo para adelante solitas, sino que aquello me ofrecía la posibilidad de sorprender a mi futuro marido en las puertas de la iglesia con algo que le hiciera estremecerse sobremanera.

Así pues, el pequeño Marco ejerció de paje de boda junto a Laly, la sobrinita de Fabio. Ambos renacuajos hicieron conmigo aquel trayecto en coche que desembocaba en la capilla.

No sé si fue por el niño o por mí al verme tan radiante vestida de novia. Supongo que por las dos cosas, pero la cara que puso mi amado al vernos bajar de él... esa sí que era de foto.

Y mi cuñado, que estaba al tanto de lo que allí iba a ocurrir en ese preciso instante, se encargó de recogerla con varios disparos de la Canon y el zoom bien dispuesto de antemano. Se suponía que el chiquillo llegaría a la iglesia como un invitado más, acompañado por una de sus tías.

Con lo que no contaba Fabio era con el hecho de que yo hubiera incluido en el “espectáculo” a aquel dúo de enanillos para portar las arras. Ni yo con el de que, por enésima vez, mis nervios me jugaran media hora después una mala pasada e hicieran que la alianza de Fabio se me cayera de los dedos justo cuando iba a colocársela.

El anillo de oro blanco salió rodando y le perdí el rastro, provocando nuestras risas y las de todos los allí presentes. Suerte que los niños siempre andan ojo avizor y a Marquito no se le había ido por alto. Corrió a sacarlo de debajo del banco donde había ido a parar, pero lo cachondo del tema es que no volvió con intención de devolverla.

—Dámela, cielo —le dije cariñosamente.

—¡Nanai! Mi amigo Javier me dice siempre que lo que uno se encuentra es de uno...

—Ya, pero ese anillo es de tu papi, Marco.

—¡Ah! Pues dile que se la cambio por un hermanito. O una hermanita, me da igual...

—Te daremos más de uno si quieres, pero devuélvele el anillo a Lourdes, hijo.

Así son los niños. Y así logró convencer Fabio al suyo. Tengo que reconocer que con ese comentario me dejó además también un poco tocada a mí durante unos segundos. No por nada,

sino porque el tema de los hijos no lo habíamos hablado con anterioridad al enlace entre nosotros, por raro que parezca.

El hecho de que Marco pudiera estar en nuestra boda obedeció a que, tras la detención de Enzo, también Gonzalo fue a parar a chirona. Eso hizo que Romina se dignara a bajar al mundo de los mortales y a abandonar esa soberbia que le había acompañado en los últimos años.

Es más, a petición de Marco, su hijo y ella se trasladaron de nuevo a vivir a Madrid y, desde que esto ocurrió, Fabio no volvió a tener ningún problema para verlo. Como quiera que ella también se veía favorecida, ahora cumplía a rajatabla el régimen de visitas e incluso nos ofrecía la posibilidad de recoger al niño cada vez que quisiéramos, algo que hacíamos a cada momento.

Aclarado esto, ¿qué puedo decir del día de mi boda? Éramos 52 personas exactamente y casi todas se conocían entre sí, pues, como ya dijera al comienzo, queríamos rodearnos en tan señalada fecha solo de la gente más cercana.

Todo salió a pedir de boca, dentro que el enlace en sí no fuera nada del otro mundo. Quiero decir que no tuvo mucha parafernalia, pero fue muy divertido y sin contratiempos.

Nunca mejor dicho porque hasta el buen tiempo nos acompañó, y es que, aunque habían dado lluvia para ese sábado y yo temía que terminásemos como sopas desde el primero al último, lució un sol radiante durante toda la jornada y la noche se portó también.

Teníamos concertada la cena nupcial en los jardines de un bonito restaurante-asador del pueblo, por lo que las tormentas podrían haber supuesto una catástrofe. Por fortuna, las únicas tormentas que cayeron sobre nuestras cabezas fueron de emociones.

Una de ellas se produjo en pleno banquete cuando divisé a lo lejos a una persona en silla de ruedas, saludándome con el brazo en alto. Mis ojos no podían creer lo que estaban viendo según me acercaba, tras levantarme de la mía.

—¿Rosa?! ¡¡¡¿¿¿Eres tú???!—exclamé.

—Así me llaman desde que nací, guapita de cara...

—Pero ¿cómo tú por aquí? ¿No decías que no podías venir porque para ti era un engorro

montarte en un avión para pasar tan poco tiempo en los madriles?

—Ya, hija, pero al final mi madre me animó. Como supuse que quizás para ti fuese un jaleo meter a otro invitado de última hora, preferí no decirte nada. Mi idea era haber acudido por lo menos a la iglesia para verte casándote y luego irme a dormir a casa de mi prima Mari.

—¡Qué boba! —le dije.

—Boba, no. El caso es que un buen retraso en el vuelo ha hecho que no llegara tiempo a la iglesia, pero aquí me tienes... ¡En un taxi que me he venido desde “tus madriles”!

—¡Pues bienvenida seas, reina mía!

—Oye, Lourdes, ¿te encuentras bien? —me preguntó mientras la acompañaba para que se sentase por allí.

—Perfectamente, ¿por qué lo dices?

—No sé, te veo un poco como hinchadilla, pero no me hagas mucho caso. Es que a mí me pasó algo por el estilo durante esa temporada que estuve tomando corticoides, por eso pensé que tal vez...

—No, hija, no. No te preocupes por mí. Hoy por hoy me encuentro sana como una pera. Mañana no sé...

Evidentemente, no hubo ningún problema en hacerle hueco en una de las mesas y servirle su cena como a otro invitado cualquiera. Ahora bien, lo de que me viera “hinchadilla” ya no se me fue con tanta facilidad del coco, pues yo misma había notado en las dos semanas previas al enlace que los pantalones vaqueros me quedaban más ajustados de lo normal.

Como quisiera que fuese, el haber ganado un par de kilitos tampoco iba a amargarme ni un ápice la existencia, y menos en un día como ese, en el que mi gran sueño se hizo realidad. Y el de mis padres, que no podían estar más exultantes al ver casarse a su hija.

Para siempre quedará constancia de nuestra felicidad en el pedazo de álbum digital que nos regaló Ángel, un íntimo amigo de mi príncipe azul, y otro profesional como la copa de un pino, al

igual que él.

Hay fotos que no tienen desperdicio, como esa en la que aparece Gema mirando embelesadita perdida a un camarero, en tanto que él le pone por delante un plato de aperitivo y la mira a ella pícaramente de reojo. Quedó claro que lo suyo era catar a los del género de la hostelería...

O aquella otra en que aparezco de espaldas y se ve cómo mi ramo de novia va a caer... ¡en manos del mismísimo Patricio! Cuánta alegría, risas y complicidad juntas aquel sábado perpetuado en mi memoria, madre mía...

Epílogo

3 años después...

Cerca de tres años han pasado desde aquel célebre día y no puede decirse que mi felicidad siga intacta mientras escribo estas líneas. Simplemente, va en aumento por día que pasa.

Tenía razón Rosa cuando me dijo al verme con el traje de novia que me veía rarilla y como hinchada, algo que yo atribuí a un ligero aumento de peso debido a las panzadas que me había dado últimamente de comer por culpa de los nervios ante nuestra inminente boda.

Algo más de peso sí que tenía, sí, pero la causa era otra bien diferente, puesto que mi pequeña Lorena ya estaba encargada a la cigüeña, aunque ni siquiera su padre ni yo nos hubiésemos enterado aún.

Lo que para algunos hubiera sido tal vez un jarro de agua fría por aquello de que era un hijo que todavía no estaba previsto en el guion, para nosotros supuso una bendición de los dioses.

Parece que aún estoy viendo la expresión en el rostro de Fabio cuando le di la noticia. Para ello, según me enteré, reservé mesa aquella misma noche de viernes en uno de sus restaurantes preferidos, en pleno centro de Madrid.

Conocía bien al metre y solicité que me pasaran directamente con él para explicarle mis intenciones. Muy romántica yo, le pedí también que nos colocara, a ser posible, en la misma mesa en que cenáramos juntos la primera noche en aquel local.

Me puse en marcha a renglón seguido de colgarle y me encaminé hacia la panadería de la esquina para hacerle un encarguito personalizado a Sandra, esa chavalita que era capaz de hacer virguerías con sus manos y el horno.

Y así fue como ya en el restaurante, a la hora del postre, en lugar de la tarta que mi marido se había pedido, se encontró con que aquel buen hombre le puso por delante el curioso bizcocho con forma de chupete que a media tarde yo personalmente había llevado hasta allí.

De su propia cosecha, mi “compinche” le dejó también un paquete de clínex junto a los

cubiertos en tanto que me guiñaba un ojo a mí. A ese punto llegaba ya nuestra confianza. Por lo que respecta a la cara de Fabio, era un poema digno de Machado cuando el metre se hubo quitado de en medio.

—¿Pero esto qué es, Luli? —hacía ya mucho tiempo que me llamaba de ese modo.

—Más que “esto”, esta, querrás decir, porque me da a mí que va a ser niña—le solté así sin anestesia.

Hizo bien aquel poniéndole cerquita los pañuelos de papel porque, decir, lo que se dice decir, Fabio no pudo ya nada más en esos instantes; pero cuando fueron las lágrimas que se asomaron a sus ojos las que dijeron “aquí estamos”, ya no hubo quien las frenara.

Incluso yo terminé llorando como una niña al ver tamaña emoción por su parte. El resto del tiempo que pasáramos allí sentados mientras él se tomaba una copa de whisky y yo un licor de manzanas sin alcohol, la conversación ya solo giró en torno a lo mismo; la niña, la niña y la niña... Me sentía pletórica viéndole tan entusiasmado.

—En ese caso, deberíamos ir pintándole su habitación, ¿no?

—Ay, chico, no corras tanto. Ese dormitorio pintado tan clarito podría servir tal cual está —le contesté.

—Vale, pero... ¿y el carrito?, ¿y la cunita?, ¿has visto ya algo por ahí que te guste?

—¡Pero bueno! ¡Si yo también me acabo de enterar! Recuerda que me hecho el test esta misma mañana. ¿Cómo voy a haber visto nada todavía?

—Lo sé, lo sé, pero el tiempo pasa volando y...

—Sí, claro. A ver si va a nacer la criatura y va a tener que dormir en el suelo por dormirme yo en los laureles, ¿no? —En ese punto, no pude evitar echarme a reír—. Parece mentira que todavía no me conozcas, marido mío...

—Es verdad, cariño. Pero ve mirando ya sus cositas a partir de mañana, ¿te parece?

—Me parece. Quédate tranquilo, que así será.

Y así fue más o menos. Me puse en campaña antes de que el embarazo avanzase mucho y empezara a sentirme muy cansada por el peso de la tripa.

El dormitorio para nuestro bebé era como un cuento de Disney, en espera de que entrara por sus puertas la princesita. Por cierto, no se hizo mucho de rogar, ya que el parto se me adelantó tres semanas.

Pero nuestra pequeña Lorena era una jabata y eso no le supuso ningún problema físico, afortunadamente. Era otra gran estrella que había llegado a este mundo para alumbrar mi vida con la misma intensidad que su embobado papi.

Tuve que dejar mi trabajo durante un tiempo en los últimos meses, cuando mi barriga parecía ya un tonel de cerveza. Y permanecí en casa a su lado sin moverme hasta que mi bebida pasó de largo el año.

Sí, mi trabajo, porque en ese momento y, una vez acabado el curso de fotografía, yo seguía aprendiendo cada día del mejor, de Fabio, con quien tenía el honor de compartir actividad laboral. Pero claro, ese no era el mejor momento para enfocarme en algo que no fuera el embarazo y la niña.

Me daba penilla dejarla de recién nacida en la guardería, aunque pronto llegó un momento en que el cuerpo empezó a pedirme a gritos el incorporarme al mundo laboral. Siempre he sido una persona muy activa y trabajar con Fabio era para mí un atractivo añadido al que me suponía todo un sacrificio el renunciar.

No obstante, sigo todavía a media jornada para poder disfrutar también de su crecimiento. A propósito de crecimiento; aquello que le dijera Fabio a Marco ante el altar de que le daríamos un hermanito o dos, no sé si lo dijo al tuntún para salir del atolladero o si verdaderamente ya lo tenía previsto en su pensamiento.

El asunto es que no creo que tarde mucho en llegar otra criatura a nuestros brazos porque, de un tiempo a esta parte, cada noche al acostarnos me dice al oído “ven para acá, que vamos a buscar ahora el niño”.

Y cada noche me arranca las mismas carcajadas al escuchárselo. Le sigo con gusto la corriente y ya tengo más que asumido que en breve me tocará ir sacando del armario la ropa de premamá, pero no me importa en absoluto. Al revés, me ilusiona en la misma medida que a él la idea de volver a ser madre.

En cuanto a lo de ser madre, el mes pasado asistimos al bautizo de Chemita, el hijo de mi amiga Gema y Paco, aquel camarero con el que parece caérsele la baba en la foto de mi banquete nupcial.

Como suena. Ya decía yo que allí se estaba cociendo algo gordo, y es que la vi durante el baile retirarse demasiadas veces “para ir al baño” y en un par de ocasiones la pillé hablando con él. ¿No dicen que de una boda suele salir otra?

Pues en la nuestra, el dicho se cumplió. Estábamos en plena luna de miel por las Bahamas cuando la muy vacilona me envió un mensaje para ponerme en antecedentes del pasteleo que se traían desde aquella misma noche y que no me había pasado inadvertido.

Apenas un año más tarde se casaron en Guadalajara, tierra natal del chico. Y esa sí que fue un pepinazo de boda a lo grande, de estilo medieval. Mi marido y yo estábamos entre los primeros de la lista de invitados, por supuesto. Lo pasamos genial aquel día también, vestidos con sendos trajes de época acordes a la temática.

Puedo garantizar que Paco es otro hombre que se viste por los pies y que jamás he visto tan feliz a mi amiga como desde que están juntos. Muy lejos quedaron esos tiempos en que no quería verme ni en pintura a cuenta del follón entre ella, Patricio y ese otro camarero, con servidora por medio.

Y hablando de Patricio, ese sí que no sienta cabeza, pues se nos ha hecho un picaflor de libro y anda por ahí por el mundo haciendo fotos a diestro y siniestro... y de paso tirándole los tejos a todo lo que se menea, siempre que sea masculino, claro.

La vida nos ha sonreído a los tres y parece que haya pasado un siglo desde el día en el que fuéramos a caer como tres pardillos en aquel piso madrileño, llegados desde distintos lugares de España. Qué fortuna la mía de que pasaran también a formar parte de mi existencia...

Está claro que la vida sigue su curso para todo el mundo y que a veces, como dicen por ahí,

todo pasa por algo, pero lo que no pasa... también es por algo.